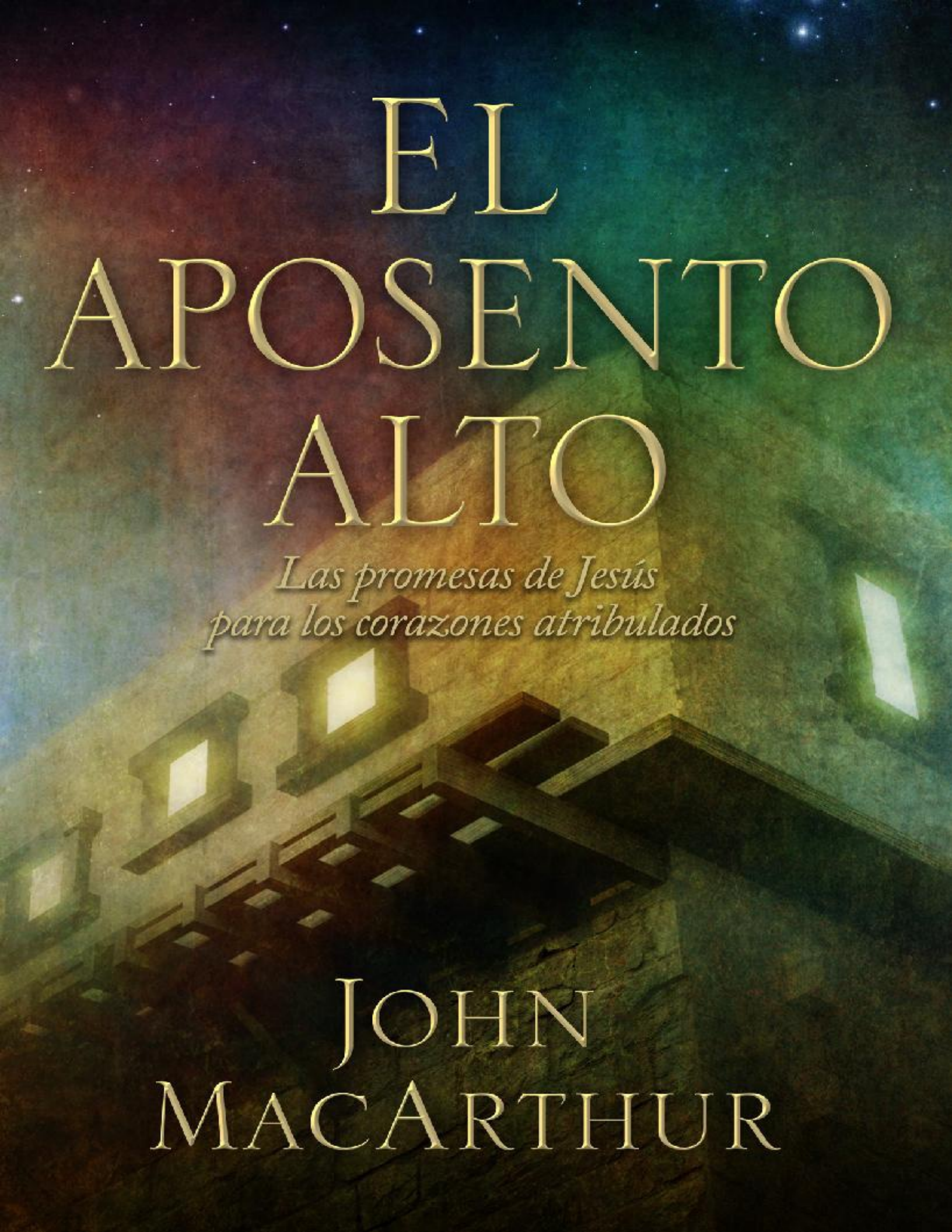
EL
APOSENTO
ALTO
Las promesas de Jesús
para los corazones atribulados
JOHN
MACARTHUR

EL APOSENTO ALTO

Las promesas de Jesús para los corazones atribulados

JOHN MACARTHUR

EDITORIAL MUNDO HISPANO
7000 Alabama Street, El Paso, TX 79904, EE.UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

El aposento alto: Las promesas de Jesús para los corazones atribulados. © Copyright 2015, Editorial Mundo Hispano, 7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Traducido y publicado con permiso. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Publicado originalmente en inglés por Kress Biblical Resources, The Woodlands, Texas, bajo el título *The Upper Room: Jesus' Parting Promises for Troubled Hearts*. © Copyright 2014 por John F. MacArthur.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada 2015. © Copyright 2015, Editorial Mundo Hispano.

Traductor: Eduardo Jibaja
Maquetación ebook: Sonia Martínez

Primera edición: 2015

Clasificación Decimal Dewey: 232.954

Temas: 1. Jesucristo
2. Vida cristiana

ISBN: 978-0-311-60094-6
EMH Art. núm. 40091

NO SE TURBE EL CORAZÓN DE USTEDES…

La historia se desarrolla en Jerusalén, en una sala de banquetes prestada o alquilada ubicada encima de una tienda o morada de una familia grande. Los acontecimientos y las enseñanzas registrados en Juan 13-15, más conocidos como “Discurso del Aposento Alto”, revelan algunas de las promesas más conmovedoras y poderosas de todas las Escrituras para los creyentes.

Jesús y sus discípulos estaban parados junto al precipicio de la noche más oscura en la historia del mundo: el Señor de gloria estaba a punto de ser traicionado y ejecutado, los discípulos se desperdigarían, y el más atrevido de todos ellos incluso negaría haberlo conocido.

El Señor sabía muy bien que pronto iba a pasar por un increíble diluvio de aflicciones. Iba a ser escupido y burlado por hombres perversos. Iba a cargar con los pecados del mundo. Iba a ser maldecido con la ira de Dios por los pecados de otros. Iba a sentir como si su Padre lo hubiera abandonado completamente. Cualquier otro hombre en esa situación hubiera estado en tal estado de incontrolable agitación que nunca hubiera podido enfocar su atención en las necesidades de otros. Pero Jesús era diferente: quería que sus seguidores conocieran la paz de aquel que ha vencido al mundo.

Durante esas últimas horas antes de ser traicionado, Jesús dio a sus discípulos (y, en consecuencia, a todos los creyentes a lo largo de la historia) unas promesas finales, su última voluntad y testamento: es la herencia de cada creyente en Cristo.



En *El aposento alto,* el pastor John MacArthur nos invita a volver a esa noche y a la gloriosa esperanza que tenemos en Cristo. Con su estilo clásico, MacArthur expone, desbordante de devoción por el Señor y de amor por el pueblo de Dios, el llamado a conocer y amar a aquel que nos amó hasta el fin.

Contenido

Reconocimientos

Introducción

Uno **- LA HUMILDAD DEL AMOR**

- "ÉL LOS AMÓ HASTA EL FIN"
- "AMEMOS... DE HECHO Y DE VERDAD"
- "SI NO TE LAVO NO TIENES PARTE CONMIGO"
- "EL QUE SE HA LAVADO... ESTÁ TODO LIMPIO"
- "USTEDES DEBEN LAVARSE LOS PIES LOS UNOS A LOS OTROS"

Dos **- DESENMASCARANDO AL TRAIDOR**

- JESÚS Y JUDAS
- LOS BIENAVENTURADOS Y LOS MALDECIDOS
- EL PLAN DE DIOS Y LA TRAMA DE JUDAS
- SOBERANÍA DIVINA Y DECISIÓN HUMANA
- CAMINANDO CON JESÚS PERO SIGUIENDO A SATANÁS
- LA VERDAD Y LAS CONSECUENCIAS
- LOS APÓSTOLES Y EL TRAIDOR
- EL TRIGO Y LA CIZAÑA
- EL CORAZÓN AGOBIADO Y EL CORAZÓN ENDURECIDO
- EL AMOR Y LA TRAICIÓN
- DÍA Y NOCHE

Tres **- LOS RASGOS DEL CRISTIANO COMPROMETIDO**

- UNA INTERMINABLE PREOCUPACIÓN POR LA GLORIA DE DIOS
- UN AMOR INFALIBLE POR LOS HIJOS DE DIOS

UNA INQUEBRANTABLE LEALTAD AL HIJO DE DIOS

Cuatro **- LA SOLUCIÓN PARA EL CORAZÓN ATRIBULADO**

JESÚS EL VERDADERO CONSOLADOR

PODEMOS CONFIAR EN SU PRESENCIA

PODEMOS CONFIAR EN SUS PROMESAS

PODEMOS CONFIAR EN SU PERSONA

Cinco **- JESÚS ES DIOS**

LA REVELACIÓN DE SU PERSONA

LA REVELACIÓN DE SU PODER

LA REVELACIÓN DE SU PROMESA

Seis **- LA VENIDA DEL CONSOLADOR**

EL ESPÍRITU HACE SU MORADA

PERCEPCIÓN ESPIRITUAL

LA UNIÓN ETERNA CON DIOS

LA PRESENCIA DE CRISTO

PLENO ENTENDIMIENTO

LA MANIFESTACIÓN DEL PADRE

UN MAESTRO SOBRENATURAL

Siete **- EL DON DE PAZ**

LA NATURALEZA DE LA PAZ

LA FUENTE DE LA PAZ

EL DADOR DE PAZ

EL CONTRASTE ENTRE LA PAZ DE JESÚS Y LA PAZ DEL MUNDO

EL RESULTADO DE LA PAZ

Ocho **- LO QUE LA MUERTE DE JESÚS SIGNIFICÓ PARA ÉL**

LA PERSONA DE CRISTO SERÍA DIGNIFICADA

LA VERDAD QUEDARÍA REGISTRADA
EL ARCHIENEMIGO DE JESÚS SERÍA DERROTADO
EL AMOR SERÍA DEMOSTRADO

Nueve **- LA VID Y LAS RAMAS**

CRISTO ES LA VERDADERA VID
EL PADRE ES EL LABRADOR
EL PADRE QUITA LAS RAMAS QUE NO LLEVAN FRUTO
EL PADRE LIMPIA LAS RAMAS QUE LLEVAN FRUTO

Diez **- PERMANECIENDO EN CRISTO**

SALVACIÓN
FRUCTIFICACIÓN
ORACIONES CONTESTADAS
VIDA ABUNDANTE
GOZO COMPLETO
SEGURIDAD

Once **- LOS AMIGOS DE JESÚS**

OBEDIENCIA
AMOR LOS UNOS POR LOS OTROS
CONOCIMIENTO DE LA VERDAD DIVINA
DESIGNACIÓN DIVINA

Doce **- ABORRECIDO SIN CAUSA**

LOS SEGUIDORES DE CRISTO NO SON DEL MUNDO
EL MUNDO ABORRECIÓ A NUESTRO SEÑOR
EL MUNDO NO CONOCE A DIOS
EL LEGADO DE JESÚS

Reconocimientos

Durante más de tres décadas, Phil Johnson ha reunido material de las transcripciones de mis sermones para editarlos y volver a escribirlos en forma de libro. La primera edición de este libro fue solo el segundo proyecto en que habíamos trabajado juntos, y estoy agradecido por el trabajo de Phil en esta nueva edición también. Asimismo estoy agradecido por la gracia del Señor al asociarnos de una manera tan perdurable.

También agradezco profundamente a Rick Kress por tener la visión y la persistencia para ver que esta nueva edición se convierta en realidad. Él ha soportado pacientemente más que el acostumbrado número de cambios de título de último minuto y otros giros y vueltas en el camino. Pero estoy más que complacido con el resultado y estoy endeudado con Rick por todo lo que ha hecho para traer de regreso este importante estudio en forma impresa.

Introducción

Sin duda, algunas de las enseñanzas más conmovedoras y poderosas en todo el ministerio terrenal de Jesús se realizaron en la última noche que pasó a solas con sus discípulos. La ocasión fue la cena de la Pascua, comúnmente conocida como “la última cena”. El ministerio público de Jesús para las masas ahora había terminado. Estaba a punto de ser arrestado y juzgado, y él lo sabía. Al día siguiente, iba a dar su vida como pago por los pecados de otros. Y así, en esta noche final antes de ser crucificado, él dedicó toda su atención solamente a los apóstoles.

Esta culminante y sumamente concentrada sesión de intenso discipulado personal y enseñanza cubre cuatro capítulos del evangelio de Juan, pero todo sucedió en un breve período que como máximo duró unas horas. La escena fue un ambiente privado: un “aposento alto”. Este aposento era una sala de banquetes prestada o alquilada, ubicada encima de una tienda o morada de una familia grande en Jerusalén. Muchos de esos lugares de la ciudad y sus alrededores eran reservados específicamente para el uso de peregrinos y forasteros que venían en grandes cantidades varias veces al año para celebrar las diversas fiestas religiosas.

Los capítulos 13 a 16 del evangelio de Juan constituyen el registro más completo de lo que sucedió y se dijo esa noche. Jesús esencialmente estaba dándoles a sus discípulos —y por consiguiente a todos los creyentes a través de la historia— su última voluntad y testamento. Las promesas y privilegios que Jesús esboza en estos capítulos constituyen un rico almacén de bendiciones espirituales que han sido dadas a todo creyente en Cristo. Este es el legado de Cristo entregado a la iglesia. Sus palabras son íntimas, personales y llenas de profundo amor por aquellos que él dice que son suyos. La atmósfera esa noche estaba llena de un aire de pena.

Conforme leas este estudio, te animo a que constantemente tengas en mente ese contexto. Este libro no tiene la intención de ser un análisis académico. No es una crónica de eventos que se basa en hechos puestos en orden con simples propósitos históricos. Es una de las verdades más vitales y aplicables del Nuevo Testamento. Fue inspirado por el Espíritu Santo y registrado por el apóstol Juan no para satisfacer la curiosidad de una persona intelectual, sino

para animar y equipar a los verdaderos discípulos de Cristo para el servicio y la santificación en medio de una generación torcida y perversa, para que puedan resplandecer como luminares en el mundo (cf. Filipenses 2:15).

Lo que espero al ofrecer este libro es que aquellos que conocen a Jesucristo como Señor y Salvador crezcan en el entendimiento de las riquezas que son nuestras a causa de su amor. Para aquellos que quizás todavía no lo conozcan, mi oración es que el Señor los traiga mediante este estudio de su Palabra y por medio de la verdad del evangelio para que reciban a Cristo con todo su corazón como Señor y Salvador y amigo. Independientemente de quién seas tú o qué circunstancias pusieron este libro en tus manos, deseo que el Espíritu de Dios te recalque la importancia de darle todo tu ser a aquel que libremente dio todo de sí por su pueblo.

Uno

LA HUMILDAD DEL AMOR

Vivimos en una generación egoísta y narcisista. Nuestra cultura está obsesionada con la autoestima, el amor propio, la autogratificación y toda clase de interés egoísta concebible. Cotidianamente se nos implanta a la fuerza información acerca de celebridades que son famosas simplemente porque lo son. Y prácticamente todos, al parecer, tienen deseos insaciables de esa clase de fama y reconocimiento. La gente incesantemente se promueve a sí misma, se alaba a sí misma y se pone por encima del resto. El medidor actual de la autovalía es el número de seguidores que tengas en tu página de Facebook o en tu cuenta de Twitter, y no hay detalle en la vida que sea demasiado mundano o trivial para compartirlo con el mundo a través de estos universales medios sociales por Internet. La obsesión con uno mismo no solo es considerada aceptable en la actualidad sino que también resulta una conducta normal. Nuestra cultura ha convertido al orgullo en una virtud y a la humildad en una debilidad.

Esta preocupación por uno mismo y por la autopromoción es inefablemente destructiva. Cuando la gente se compromete primeramente con su ego, las relaciones se desintegran. La sociedad humana no puede sobrevivir por mucho tiempo sin relaciones saludables y duraderas. En verdad, ahora mismo estamos viendo el derrumbamiento de los propios fundamentos sobre los cuales se basa la sociedad, a medida que las amistades, los matrimonios y las familias se destruyen. El orgullo humano es la raíz maligna que está en el fondo de muchas relaciones fracasadas. Y sin embargo nuestra cultura terca y deliberadamente fomenta el orgullo, como si fuera algo noble.

Lamentablemente, esta descarada preocupación con el ego también ha logrado meterse en la iglesia. Recuerdo leer y revisar un libro de gran éxito de ventas de un famoso pastor, hace más de tres décadas, en el que argumentaba que el verdadero problema de la humanidad no es el pecado sino una trágica falta de autoestima. La gente no tiene un concepto lo suficientemente alto de sí misma, escribía este pastor (en contra de una galaxia de evidencia que indica lo contrario). Él estaba convencido de que si

los pastores empezaran a predicar sermones enteros fomentando la autoestima y trabajaran en edificar la autoimagen de todos, esto reformaría a la iglesia, redimiría al mundo e iniciaría una revolución que competiría con la Reforma Protestante.

Eso me impactó como algo increíblemente exagerado cuando lo leí por primera vez, pero a través de los años esta clase de pensamiento ha ganado un temible grado de aceptación entre los que profesan ser cristianos. La autoestima, la autoimagen, la auto- gratificación, la autoconfianza, la autoayuda y otras expresiones del egoísmo se han convertido en temas dominantes en muchas comunidades supuestamente evangélicas. Por supuesto, la mayoría de ellas no son verdaderas iglesias sino sectas de egocentrismo, autoengrandecimiento, arrogancia o mundanidad. El egoísmo que están promoviendo es una religión totalmente distinta, diametral- mente opuesta a la enseñanza de Cristo.

La Escritura es bien clara: el orgullo y el egocentrismo son hostiles a la verdadera piedad que refleja a Cristo. Jesús en repetidas veces y de manera enfática condenó el orgullo. Tanto su vida como su enseñanza constantemente exaltaban la virtud de la humanidad.

En ningún lugar es eso más claro que en Juan 13.

“ÉL LOS AMÓ HASTA EL FIN”

El capítulo 13 marca una transición en el evangelio de Juan y un importante momento trascendental en el ministerio de Jesucristo. Su ministerio público para el pueblo de Israel había completado su recorrido y terminado en un completo y total rechazo de él como Mesías. En el primer día de la semana, Jesús había entrado a Jerusalén triunfante recibiendo entusiastas gritos de la gente. Sin embargo, ellos nunca entendieron verdaderamente su ministerio y mensaje. La temporada de la Pascua había llegado, y cuando llegara el viernes él sería completamente rechazado y condenado públicamente a morir. Dios, no obstante, convertiría su ejecución en el gran sacrificio final por el pecado, y Jesús iba a morir como el verdadero Cordero de la Pascua.

Él había venido a “los suyos” —su nación escogida, Israel— pero “los suyos no lo recibieron” (Juan 1:11). Así que se apartó del ministerio público para tener comunión íntima con sus discípulos más comprometidos.

Ahora era el día antes de la muerte de Jesús. En menos de veinticuatro horas

él iba a cargar el terrible peso de la culpa por un mundo de pecados que ni siquiera había cometido. Iba a sufrir despiadadamente a manos de hombres crueles y ser clavado a una cruz. Además iba a estar sujeto a toda la ira de Dios contra el pecado de la humanidad. *Esa* era la terrible copa que se le iba a dar para que bebiera.

Sin embargo, sabiendo completamente todo lo que iba a venir, Jesús estaba preocupado por las necesidades de otros. Sabemos lo que llenaba su mente y corazón esa noche, porque se reflejó en lo que habló en las horas que pasó en el aposento alto. Específicamente, se sumergió en ministrar personalmente a doce hombres. Estaba consumido con la tarea de fortalecerlos, reafirmarlos y prepararlos para la prueba que pronto iban a soportar, y toda una vida de ministerio que seguiría. Y uno de los doce fue un traidor.

Esto muestra la naturaleza personal, sacrificada y generosa del amor de Jesús. Estas fueron literalmente las últimas horas antes de su muerte, y Jesús sabía muy bien "todas las cosas que le habían de acontecer" (Juan 18:4). Pero su corazón estaba concentrado en estos hombres —sus discípulos— y todo lo que hizo esa noche demostró su amor por ellos, empezando con su entrada al aposento alto. Juan registra este gráfico relato de lo que sucedió:

> "Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin. Durante la cena, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas hijo de Simón Iscariote que lo entregara, y sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que él había salido de Dios y a Dios iba, se levantó de la cena; se quitó el manto y, tomando una toalla, se ciñó con ella. Luego echó agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido.
>
> Entonces llegó a Simón Pedro y este le dijo:
>
> —Señor, ¿tú me lavas los pies a mí?
>
> Respondió Jesús y le dijo:
>
> —Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora pero lo comprenderás después.
>
> Pedro le dijo:
>
> —¡Jamás me lavarás los pies!
>
> Jesús le respondió:
>
> —Si no te lavo no tienes parte conmigo.
>
> Le dijo Simón Pedro:
>
> —Señor, entonces, no solo mis pies sino también las manos y la cabeza.
>
> Le dijo Jesús:
>
> —El que se ha lavado no tiene necesidad de lavarse más que los pies pues está todo limpio. Ya ustedes están limpios, aunque no todos.

> Porque sabía quién lo entregaba por eso dijo: “No todos están limpios”. Así que, después de haberles lavado los pies, tomó su manto, se volvió a sentar a la mesa y les dijo:
>
> —¿Entienden lo que les he hecho? Ustedes me llaman Maestro y Señor y dicen bien, porque lo soy. Pues bien, si yo, el Señor y el Maestro, lavé sus pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Porque ejemplo les he dado para que, así como yo se los hice, ustedes también lo hagan. De cierto, de cierto les digo que el siervo no es mayor que su señor ni tampoco el apóstol es mayor que el que lo envió. Si saben estas cosas, bienaventurados son si las hacen” (Juan 13:1-17).

Es muy posible que Jesús y los discípulos hubieran estado apartados de la vida pública, quedándose en Betania durante la última semana antes de la crucifixión. El viaje a pie desde allí (o desde cualquier sitio cerca de Jerusalén) se hacía por un camino mayor-mente sin pavimento pero muy transitado. Naturalmente, a la hora que llegaron, sus pies estaban cubiertos de polvo por el viaje.

Todos en esa cultura enfrentaban el mismo problema. En días buenos, los caminos estaban cubiertos de una capa mugrienta de polvo persistente. En los días lluviosos, todos los caminos se convertían en lodazales. De cualquier modo, los pies de los caminantes no podían quedar libres de suciedad. Así que a la entrada de cada casa judía había un gran tazón de agua para lavar los pies de las visitas. Normalmente, el lavado de pies era considerado una tarea de esclavos. La responsabilidad siempre era delegada al siervo de menor rango en ese sitio. Cuando llegaban los invitados, se esperaba que el siervo fuera a la puerta y lavara los pies de cada viajero; una tarea no muy agradable.

De hecho, esta era probablemente la responsabilidad más vil jamás realizada en público. Ni siquiera los discípulos de los rabinos lavaban los pies de sus maestros. El lavado de pies era exclusivamente la tarea de un esclavo de bajo rango.

Cuando Jesús y sus discípulos llegaron al aposento alto no había siervos para lavar sus pies. No está claro si esto fue un descuido por parte del dueño del salón, una falla atribuible a uno de los siervos contratados, o a un momento de mala coordinación o si se debió a cualquier otra causa. Lo que sí *está* claro es que era una violación bastante seria del protocolo. No obstante, ninguno de los discípulos estuvo dispuesto a intervenir en el papel de siervo y sacrificar su propio orgullo personal o condición social para asegurarse de que las necesidades del grupo fueran satisfechas. Jesús mismo por lo tanto, tomó la toalla y la vasija y se arrodilló para servir a los demás.

Jesús les había enseñado previamente: “Si alguno quiere ser el primero deberá ser el último de todos y el siervo de todos” (Marcos 9:35). “El que es más pequeño entre todos ustedes, este es el más importante” (Lucas 9:48). “Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Lucas 14:11). Si simplemente hubieran entregado su corazón y mente a su enseñanza, uno de los doce hubiera lavado los pies de los otros. O quizás podrían haber compartido la tarea mutuamente. Pudo haber sido una hermosa expresión de hermandad y bondad. Además, hubiera sido un invalorable privilegio que cualquiera de esos hombres lavara los pies de su Señor. (Recuerda, en Lucas 7:37, 38, una mujer había transformado el acto de ungir los pies de Jesús en una expresión memorable y profunda de adoración). La vasija estaba lista. La toalla estaba a la mano. Todo lo necesario estaba al alcance fácil de todos ellos. Pero ninguno de los doce asumió la tarea. Parece que la idea no se les había ocurrido.

Un pasaje paralelo en Lucas nos da una mejor comprensión acerca de lo que los discípulos estaban pensando esa noche. Ellos estaban preocupados con el asunto del rango personal dentro de su círculo de comunión. En lo que se reclinaban alrededor de la mesa, según Lucas, “Hubo entre ellos una disputa acerca de quién de ellos parecía ser el más importante” (Lucas 22:24).

¡Qué escena tan atroz era esta! Lo peor es que este no fue un tema nuevo de discusión entre ellos. Fue la extensión de una contienda de mucho tiempo entre los doce, en la que competían por posiciones de alto honor.

Mateo registra que meses antes, poco tiempo después de la transfiguración de Jesús, “los discípulos se acercaron a Jesús diciendo: ‘¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?’ “ (Mateo 18:1). La respuesta de Jesús fue una lección clara y muy completa acerca de la importancia de tener humildad como la de un niño.

Sin embargo esta idea no parece haber sido entendida para nada por los discípulos. Lucas registra que casi inmediatamente “hubo una discusión entre los discípulos: cuál de ellos sería el más importante” (Lucas 9:46). Posteriormente, camino a Jerusalén para esta fiesta, Santiago y Juan reclutaron a su madre, Salomé, para que le hiciera a Jesús un pedido especial: “Ella le dijo: ‘Ordena que en tu reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda’ ” (Mateo 20:21). Mateo agrega: “Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos” (v. 24). Sin duda alguna, cualquiera de ellos hubiera hecho el mismo pedido, si se les hubiera

ocurrido.

Había razones para que ninguno de ellos se ofreciera como voluntario para lavar los pies de los demás. En medio de discusiones acerca de quién era el más importante, nadie iba a tomar la toalla voluntariamente y realizar la tarea de un esclavo. Las repetidas amonestaciones de Jesús acerca de la virtud del servicio humilde parecen no haber producido ningún impacto en ellos, a pesar de que este había sido el tema de la enseñanza de Jesús desde el principio. Recuerda que este fue prácticamente el punto central de las bienaventuranzas: “Los mansos... recibirán la tierra por heredad” (Mateo 5:5). Y Jesús había sido enfático sobre este punto una y otra vez con palabras de amonestación para los doce, siempre elogiando la humildad y reprendiendo el orgullo.

Cuando, por ejemplo, los discípulos se indignaron con Santiago y Juan a causa del pedido de Salomé, “Jesús los llamó y les dijo: ‘Saben que los gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y los que son grandes ejercen autoridad sobre ellos. Entre ustedes no será así. Más bien, cualquiera que anhele ser grande entre ustedes será su servidor; y el que anhele ser el primero entre ustedes, será su siervo. De la misma manera, el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos’ “ (Mateo 20:25-28).

Ahora, en el aposento alto, él repitió una vez más con casi las mismas palabras. “Él les dijo: ‘Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados bienhechores. Pero entre ustedes no será así. Más bien, el que entre ustedes sea el importante, sea como el más nuevo; y el que es dirigente, como el que sirve’ “ (Lucas 22:25, 26).

Si había alguien en ese salón que tenía el derecho de estar pensando en la gloria que sería suya en el reino, era Jesús. Juan 13:1 dice explícitamente “sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre”. Él estaba siguiendo un tiempo divino, consciente del hecho de que pronto iba a ser glorificado: “Sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que él había salido de Dios y a Dios iba...” (v. 3).

Ahí fue cuando Jesús “se levantó de la cena; se quitó el manto y, tomando una toalla, se ciñó con ella. Luego echó agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido”

(Juan 13:4, 5). Poniendo a un lado voluntariamente la gloria que con justicia le correspondía, y a pesar del egoísmo atroz de los discípulos, la preocupación principal de Jesús esa noche era demostrar su amor personal a los doce para que pudiesen estar seguros de ello.

El versículo 1 dice: “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin”. “Hasta el fin” en el texto griego es *eis telos*, lo cual significa literalmente que los amó hasta la perfección. Él los amó hasta lo sumo. Él los amó con total plenitud de amor.

Esa es la naturaleza innata del amor de Cristo y la demostró repetidas veces, hasta en su muerte. “Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Cuando Jesús fue arrestado, él hizo arreglos para que no detuvieran a los discípulos. Mientras estaba en la cruz, se aseguró de que Juan cuidara de su madre, María. Alcanzó a un moribundo ladrón y lo salvó. Es asombroso que en esas últimas horas de cargar los pecados del mundo, en medio de todo el dolor y sufrimiento que estaba soportando, Jesús fuera consciente de que ese delincuente que estaba colgado junto a él iba a ser uno de sus discípulos. Él ama hasta lo sumo, absolutamente, hasta la perfección, totalmente, completamente, sin reservas. En el momento en que cualquier hombre hubiera estado totalmente preocupado solo por sí mismo, él desinteresadamente se humilló para satisfacer las necesidades de otros. Así es el amor genuino.

Y aquí está la gran lección de todo este relato: solo la humildad absoluta puede generar el amor absoluto. Es la naturaleza del amor ser desinteresado, sacrificado, entregado. En 1 Corintios 13:5, Pablo enfatizó que el amor auténtico nunca busca lo suyo propio. De hecho, para extraer toda la verdad de 1 Corintios 13 en una declaración, podríamos decir que la virtud más grande del amor es la humildad, puesto que es la humildad del amor lo que lo prueba y lo hace visible.

El amor de Cristo y su humildad son inseparables. Él no pudo haber estado tan consumido con una pasión por servir a otros si hubiese estado principalmente preocupado por sí mismo.

“AMEMOS... DE HECHO Y DE VERDAD”

¿Cómo puede una persona rechazar esa clase de amor? La gente lo hace todo el tiempo. Lo hizo Judas. “Durante la cena, como el diablo ya había puesto en

el corazón de Judas hijo de Simón Iscariote que lo entregara...” (Juan 13:2). ¿Ves la tragedia de Judas? Él estaba constantemente deleitándose en la luz pero viviendo en las tinieblas; experimentando el amor de Cristo pero odiándolo al mismo tiempo.

El contraste entre Jesús y Judas es impresionante. Y quizás esa es la razón por la que el Espíritu Santo incluyó el versículo 2 en este pasaje. Al ponerse en contra del trasfondo del odio de Judas, el amor de Jesús brilla aún más. Podemos tener un mejor sentido de la magnitud del amor de Cristo cuando entendemos que en el corazón de Judas estaba la clase más oscura de odio y rechazo. Las mismas palabras de amor a través de las cuales Jesús gradualmente atrajo los corazones de los otros discípulos a sí mismo solo alejó a Judas cada vez más. La enseñanza por la cual Jesús alentó y elevó las almas de los otros discípulos solo pareció poner una estaca en el corazón de Judas. Y todo lo que dijo Jesús acerca del amor debió haberse convertido en ruidosos grilletes para Judas. De su avaricia secreta y su ambición desilusionada empezaron a brotar celos, maldad y odio, y ahora estaba listo para destruir a Cristo, si fuera necesario.

Y cuanto más odiaba la gente a Jesús y deseaba lastimarlo, más parecía que Judas manifestaba bondad y misericordia hacia esa gente. Desde el punto de vista humano, sería fácil comprender si Jesús hubiera tratado a Judas con resentimiento y amargura. Pero Jesús respondió hasta el daño más grande con vivas expresiones de bondad. Durante un momento, él estuvo arrodillado frente a Judas, lavándole los pies.

El Maestro esperó hasta que todos estuviesen sentados y la cena estuviera servida. Entonces, en un inolvidable acto de humildad que debió haber aturdido a los discípulos, él “se levantó de la cena; se quitó el manto y, tomando una toalla, se ciñó con ella. Luego echó agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Juan 13:4, 5).

Me encanta el cuadro que pinta la descripción de Juan con tal economía de palabras. Con calma y majestuosidad, en total silencio, Jesús se paró, caminó, recogió una jarra y vertió agua en la vasija. Luego se quitó el manto, su cinto y muy probablemente su túnica interior, quedando vestido como esclavo. Luego se puso una toalla alrededor de la cintura y se arrodilló para lavar los pies de sus discípulos, uno por uno.

¿Te puedes imaginar cómo eso debió haber punzado el corazón de los discípulos? ¡Qué vergüenza, lamento y tristeza debió haberlos traspasado! Tal como se indicó, cualquiera de ellos pudo haber tenido el gozo y el honor de haberse arrodillado a lavar los pies de Jesús. Pero habían desperdiciado esa oportunidad. ¿Por qué razón? ¿Un tonto argumento acerca de quién de ellos era el más importante? Estoy seguro de que se quedaron atónitos y con el corazón roto ya que la única persona en medio de ellos que era *verdaderamente* importante se rebajó para lavar sus pies. ¡Qué lección tan dolorosa y profunda que esto fue para ellos!

Nosotros también podemos aprender de este incidente. Lamentablemente, la iglesia está llena de gente subida al balcón de su dignidad o sentido de importancia, cuando debería estar arrodillada a los pies de sus hermanos y hermanas. El deseo de prominencia es incompatible con el amor, así como lo es la muerte con la humildad y el ministerio hostil con el genuino. Una persona que es orgullosa y egocéntrica no tiene capacidad para amar, vivir en humildad o proveer servicio. Su deseo es el honor y la celebridad, así que todo lo que hace, aunque pueda parecer un servicio a Dios, es en realidad un intento de ser visto y alabado por los demás, y ese era precisamente el pecado de los fariseos. Jesús les dijo: “De cierto les digo que ellos ya tienen su recompensa” (Mateo 6:2, 5, 16).

Cuando te sientas tentado a pensar en tu dignidad, tu prestigio, o tus “derechos” personales, abre tu Biblia en Juan 13 y mira bien a Jesús, vestido como esclavo, arrodillándose y limpiando la suciedad de los pies de hombres pecadores que permanecen totalmente indiferentes a su inminente muerte. Ir de ser Dios en la gloria (v. 3) a lavar los pies de discípulos egocéntricos y deshonrosos (vv. 4, 5) es un paso bien largo.

Piensa en esto: el Dios majestuoso y glorioso del universo viene a la tierra. Eso es humildad. Luego se arrodilla en el suelo para lavar los pies de hombres pecadores. Eso es humillación propia *indescriptible*. Que un pescador lave los pies de otro pescador es un sacrificio de dignidad relativamente pequeño. Pero que Jesucristo, en cuyo corazón late el pulso de la deidad eterna, se agache y lave los pies de modestos hombres es verdaderamente un sacrificio inconmensurable. Y él aun ni siquiera estaba cerca de haber terminado. Estaba a punto de morir por estos hombres.

Esa es la naturaleza de la humildad genuina, así como también la prueba del amor genuino. Es mucho más de lo que pueden expresar simples palabras. El

apóstol Juan escribió: “No amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad” (1 Juan 3:18). El amor auténtico es el polo opuesto de la fanfarronería y las bravuconadas. Es humilde por definición. A veces es incluso silencioso. Pero siempre es activo.

“SI NO TE LAVO NO TIENES PARTE CONMIGO”

La narrativa de Juan 13 nos da una de las perspectivas más interesantes de la personalidad de Pedro que vemos en todas las Escrituras. Conforme Jesús amorosamente pasaba de un discípulo a otro, finalmente llegó a Pedro. Desde una perspectiva simplemente humana, por supuesto, Pedro podría haber parecido el discípulo más importante. Tenía algunos de los atributos naturales que a menudo asociamos con el liderazgo, y los otros discípulos a menudo seguían su ejemplo. Era el que hablaba sin pelos en la lengua. Además sobresalía como vocero principal del grupo, aunque solo fuera porque era muy rápido para hablar. Incluso parecía alardear con mucha facilidad (cf. Mateo 26:33, 35). Pero su normal grandilocuencia se desinfló completamente cuando Jesús se arrodilló ante él para lavar sus pies. Pedro dijo con una mezcla de remordimiento e incredulidad: “Señor, ¿tú me lavas los pies a mí?” (v. 6), quizás retrocediendo ante Jesús.

“Respondió Jesús y le dijo: —Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora pero lo comprenderás después” (v. 7). A estas alturas, Pedro todavía estaba pensando que el reino estaba viniendo en toda su expresión terrenal, y que Jesús sería rey. ¿Cómo podía permitir que el rey lavara sus pies? No fue sino hasta después de la muerte, resurrección y ascensión del Salvador que Pedro comprendió todo el significado —y toda la extensión— de la humillación de Jesús.

Mientras Jesús se arrodillaba ante él en el aposento alto, Pedro simplemente se puso más osado: “¡Jamás me lavarás los pies!” (v. 8). Para enfatizar la fuerza de las palabras de Pedro, el Nuevo Testamento usa la forma más fuerte de una negación en el idioma griego: *ou me*, que es un negativo compuesto. Pedro empezó este intercambio en el versículo 6 llamando a Jesús “Señor”, pero no comprendía su señorío. Aunque Pedro tal vez se imaginó que estaba actuando humildemente al rehusarse a que Jesús le lavase los pies, pero esto no era de ninguna manera una expresión de modestia digna de elogio.

“Jesús le respondió: —Si no te lavo no tienes parte conmigo” (v. 8).

“Le dijo Simón Pedro: —Señor, entonces, no solo mis pies sino también las manos y la cabeza” (v. 9). Eso era típico de Pedro: pasaba de un extremo (“¡Jamás me lavarás los pies!”) al otro (“no solo mis pies sino también las manos y la cabeza”).

Hay un profundo significado en la respuesta que Jesús le dio a Pedro: “Si no te lavo no tienes parte conmigo”. Un esclavo que lavaba pies no encajaba en la típica noción judía de lo que sería el Mesías ni de cómo iba a venir. Ellos visualizaban un libertador, un vencedor ejecutando juicio divino e ira ardiente. O, por lo menos, un líder político que rompería las cadenas de Roma y gobernaría el mundo desde un trono glorioso en Jerusalén. Jesús, ceñido con una toalla y realizando la tarea de un siervo en un oscuro aposento alto, parecía estar lo más lejos posible de las expectativas mesiánicas de Pedro. (Aunque un día después, Jesús se rebajó aún más, rompiendo los límites de la humildad). En la mente de Pedro, no era apropiado que Cristo asumiese una tarea tan baja. Jesús tuvo que hacer que reconociera que este era el propósito para el cual Cristo vino: “no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). Si Pedro no podía someterse a que Jesús le lavase los pies, con toda seguridad iba a tener problemas para aceptar lo que Jesús iba a hacer por él en la cruz.

Pero hay otra verdad más profunda en las palabras de Jesús. Él ha pasado de la ilustración física de lavar los pies sucios de alguien a la verdad espiritual de limpiar de culpa al alma de un pecador. Jesús frecuentemente enseñaba verdades espirituales por medio de expresiones e imágenes prestadas del mundo físico. Él lo hizo cuando habló con Nicodemo, con la mujer en el pozo y con los fariseos. Ahora lo hace con Pedro.

Él en realidad está hablando de limpieza espiritual —el perdón de los pecados— cuando le dice a Pedro: “Si no te lavo no tienes parte conmigo”. Toda limpieza verdadera en la esfera espiritual viene de Cristo, y la única manera de que alguien pueda estar sin mancha e íntegro espiritualmente es “por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo” (Tito 3:5). En otras palabras, nadie tiene una relación con Jesucristo a menos que esa persona haya venido a Cristo para recibir perdón y limpieza del pecado. Nadie puede ni siquiera entrar a la presencia del Señor a menos que primero se someta a esa limpieza.

Pedro aprendió esa verdad. Él mismo lo predicó en Hechos 4:12: “Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado

a los hombres, en que podamos ser salvos". Cuando una persona pone su fe en Jesucristo como Salvador, esa persona está verdaderamente limpia. Hasta que llegue ese momento, dicha persona está manchada por la culpa de su propio pecado.

"EL QUE SE HA LAVADO... ESTÁ TODO LIMPIO"

Pensando que el Señor estaba hablando de limpieza física, Pedro ofreció sus manos y su cabeza, es decir, todo. Él todavía no había entendido el significado espiritual de las palabras de Jesús. Sin embargo, estaba diciendo en esencia: "Sea cual sea el lavamiento que tú me ofreces que me dé parte contigo, yo lo quiero".

Jesús, aun hablando del lavamiento espiritual, dijo: "El que se ha lavado no tiene necesidad de lavarse más que los pies pues está todo limpio. Ya ustedes están limpios" (Juan 13:10). Hay una diferencia entre lavamiento completo y un lavado de pies. En la cultura de ese entonces, una persona se lavaba completamente en la mañana para estar totalmente limpio. Con el transcurrir del día, podría necesitar lavarse los pies frecuentemente, especialmente si entraba y salía de las casas de la gente. Pero no tenía que lavarse completamente en forma continua. Un lavado de pies era suficiente para eliminar el polvo acumulado mientras caminaba.

Jesús está diciendo esto: una vez que tu hombre interior se ha lavado con redención, ya estás limpio. Pero necesitas estar continuamente confesando tu pecado y confiando en Cristo para mantener tu conciencia limpia y tu comunión con Dios sin obstáculos. "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos [literalmente, mantenerse limpiándonos] de toda maldad" (1 Juan 1:9). Ese proceso continuo es el equivalente espiritual al lavado de pies. Pero en cuanto al don de la vida eterna y tu posición justa delante de Dios, no necesitas buscar "el lavamiento de la regeneración" repetidas veces. Es una obra irreversible de una sola vez realizada por el Espíritu Santo. Si eres un creyente, "*estás limpio*" (como le dijo Jesús a Pedro en el versículo 10). Los pies que se ensucian pueden limpiarse con la frecuencia que sea necesaria sin requerir que te vuelvas a bañar.

Jesús sabía precisamente cuáles discípulos habían sido verdaderamente limpiados redentoramente. Además, él sabía cuáles eran los planes de Judas para esa noche: "Porque sabía quién lo entregaba por eso dijo: 'No todos

están limpios’ “ (Juan 13:11).

Si Judas hubiera tenido una pizca de sensibilidad espiritual, eso hubiera producido convicción en su corazón. Con toda seguridad, Judas entendió lo que Jesús estaba diciendo. Sabía muy bien que no estaba espiritualmente limpio. Debió haberle impactado —y debió haberlo dejado aturdido para que reflexionara en su propia culpa— darse cuenta de lo bien que Jesús conocía su corazón. Esas palabras (“No todos están limpios”), combinadas con el hecho de que Jesús le estaba lavando los pies, constituían una apelación sutil, delicada y final de Jesús a Judas, dándole silenciosamente a Judas un motivo poderoso para que reconsiderase lo que estaba planeando hacer. ¿Qué estaba pasando por la mente de Judas mientras Jesús se arrodillaba para lavar sus pies? Sea lo que fuere, Judas no desistió de sus planes malignos.

“USTEDES DEBEN LAVARSE LOS PIES LOS UNOS A LOS OTROS”

Fíjate lo que sucedió después de que Jesús terminó de lavar los pies de los discípulos:

> “Así que, después de haberles lavado los pies, tomó su manto, se volvió a sentar a la mesa y les dijo:
>
> —¿Entienden lo que les he hecho? Ustedes me llaman Maestro y Señor y dicen bien, porque lo soy. Pues bien, si yo, el Señor y el Maestro, lavé sus pies, también ustedes deben lavarse los pies los unos a los otros. Porque ejemplo les he dado para que, así como yo se los hice, ustedes también lo hagan. De cierto, de cierto les digo que el siervo no es mayor que su señor ni tampoco el apóstol es mayor que el que lo envió. Si saben estas cosas, bienaventurados son si las hacen” (Juan 13:12-17).

Después de haber introducido una lección parentética sobre la doctrina de la salvación —una especie de interludio teológico acerca del lavamiento de la regeneración y la continua limpieza que él provee a aquellos que confían en él— Jesús regresó al punto principal que estaba enseñando a sus discípulos: que debían de dejar de pelear acerca de quién era el de mayor importancia y empezar a demostrar la humildad del amor auténtico en sus relaciones mutuas.

Jesús está argumentando de mayor a menor. Si el Señor de la gloria estaba dispuesto a ceñirse con una toalla, asumir la forma de siervo, adoptar el papel del esclavo más bajo y lavar los pies sucios de discípulos pecadores, era razonable que los discípulos estuvieran dispuestos a lavarse los pies los unos a los otros. El ejemplo visual de Jesús fue seguramente mucho más efectivo que una amonestación verbal acerca de la humildad. Fue algo que los

discípulos jamás olvidaron. (¡Quizás de allí en adelante compitieron para traer el agua primero!).

Algunos cristianos creen que Jesús estaba instituyendo formal-mente una ordenanza para la iglesia. Algunas iglesias practican el lavado de pies con un rito parecido a la manera en que nosotros celebramos el bautismo y la comunión. Yo no tengo nada en contra de tal práctica, pero no creo que este pasaje esté enseñando este punto de vista. Jesús no estaba abogando por un servicio formal y ritualista de lavado de pies.

El versículo 15 dice: "Ejemplo les he dado para que, así como yo se los hice, ustedes también lo hagan". La palabra "*así*" es una traducción de la palabra griega *kathos*, que significa "de acuerdo con". La idea que transmite es: "Háganlo de la misma manera en que yo lo he hecho". Si él quiso establecer el lavado de pies como una ordenanza formal para que se practicara en la iglesia, él hubiera usado la palabra griega *ho*, que significa "aquello". Entonces él hubiera estado diciendo: "Ustedes deben hacer precisamente aquello que yo le he hecho".

Él no está diciendo "Hagan lo mismo que yo he hecho", sino "Trátense mutuamente de la manera en que yo los he tratado". En otras palabras, el ejemplo que debemos seguir no es el lavado de pies *en sí*, sino la humildad ilustrada en el acto. No minimices la lección de Jesús tratando de hacer que un ritual ceremonial de lavado de pies sea el punto focal y el objetivo principal de Juan 13. La *humildad* de Jesús es la verdadera lección, y es una humildad práctica que gobierna toda área de la vida, todos los días de la vida, en cada experiencia de la vida.

El resultado de esa clase de humildad siempre es el servicio amo-roso, y esto se aplica a las tareas de ínfima importancia y humillantes para la gloria de Jesucristo, lo cual pulveriza algunas de las ideas más populares acerca de lo que refleja el verdadero liderazgo espiritual.

Algunas personas parecen creer que cuanto más uno se acerca a Dios más lejos se debe estar de la humanidad, pero eso no es cierto. La proximidad genuina a Dios está representada en el acto de servir a otra persona.

Nunca hubo un servicio sacrificado para otros que Jesús no estuviera dispuesto a realizar. ¿Por qué vamos a ser diferentes nosotros? No somos más grandes que el Señor: "De cierto, de cierto les digo que el siervo no es mayor que su señor ni tampoco el apóstol es mayor que el que lo envió. Si saben

estas cosas, bienaventurados son si las hacen” (vv. 16, 17).

¿Quieres sentirte realizado y feliz de manera bendecida? Desarrolla un corazón de siervo. Nosotros somos sus esclavos, comprados con su propia sangre, y un esclavo no es mayor que su amo. Si Jesús puede descender de la gloria del cielo y de su igualdad con Dios para convertirse en un hombre, y además humillarse en mayor medida para ser un esclavo que lavaría los pies de doce pecadores inmerecedores, nosotros deberíamos estar dispuestos a sufrir *cualquier* indignidad para servirlo. Ese es el verdadero amor y la verdadera humildad.

Dos

DESENMASCARANDO AL TRAIDOR

Judas Iscariote, quien traicionó al Hijo de Dios con un beso, es quizás la persona más despreciada en los anales de la historia de la humanidad. Su personalidad es una de las más tenebrosas jamás registradas, y el propio nombre *Judas* lleva un estigma que refleja el profundo desprecio con el que su traición es casi universalmente vista. Los escritores del Nuevo Testamento le tienen un desdén tal que en cada lista de discípulos Judas es mencionado último, con una nota cortante de desprecio después de su nombre. A través de la historia de la iglesia, su nombre y su reputación han sido considerados con puro aborrecimiento. En el arte y la tradición medieval, comúnmente era representado como un personaje grotesco con rasgos horrendos. Algunas de las sectas gnósticas trataron en vano de convertirlo en un héroe, volviendo a escribir la historia de su vida, pero el relato bíblico contradice toda la mitología gnóstica posterior. Judas no merece ni lástima ni honor. El consenso general de la cristiandad siempre lo ha considerado con toda razón como totalmente vil y despreciable, como la personificación de la traición y la perversión.

Judas surge del trasfondo de las versiones de los evangelios para traicionar a Jesús por treinta piezas de plata, y luego (antes de que los relatos de la crucifixión siquiera describan el juicio que Jesús compareció ante Pilato) la Escritura registra que Judas murió en total ignominia, al parecer por mano propia. Su propia vergüenza por el acto de traición lo condujo a la total desesperación.

Mateo 27:3-5 describe lo que sucedió: “Entonces Judas, el que le había entregado, al ver que era condenado, sintió remordimiento y devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: ‘Yo he pecado entregando sangre inocente’. Pero ellos dijeron: ‘¿Qué nos importa a nosotros? ¡Es asunto tuyo!’. Entonces él, arrojando las piezas de

plata dentro del santuario, se apartó, se fue y se ahorcó".

Hechos 1:18, 19 ofrece diferentes detalles acerca de la muerte de Judas: "Este, pues, adquirió un campo con el pago de su iniquidad, y cayendo de cabeza, se reventó por en medio, y todas sus entrañas se derramaron. Y esto llegó a ser conocido por todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo fue llamado en su lengua Acéldama, que quiere decir Campo de Sangre".

Es un error considerar que las dos versiones sean contradictorias. El lugar tradicional del "Campo de Sangre" es una plataforma de tierra en la pendiente inferior del monte Sion, bien metida en el valle de Ben-hinom, teniendo como límite profundos terraplenes y abismos de piedra en el lado que está cuesta abajo. El polvo rojizo que se halla en ese terreno era muy valorado por los alfareros. Donde la tierra desciende hasta el fondo del valle, hay peligrosos fragmentos de rocas. Si Judas se colgó de un árbol al borde de un precipicio y la soga se soltó del árbol, una rama se rompió, o alguien lo cortó mientras él estaba agonizando, él con toda seguridad se hubiera caído de cabeza, y su cuerpo se hubiera partido con las filosas rocas de abajo. Por lo tanto, no hay motivo para creer que las descripciones de la muerte de Judas presentadas por Mateo y Lucas sean irreconciliables.

Papías, obispo de Hierápolis en el siglo II, escribió una versión diciendo que Judas sobrevivió su intento de suicidio (tras ser descubierto, le cortaron la soga antes de que se ahorcara), pero su cuerpo se llenó de gusanos. Papías dijo que Judas se hinchó tanto que no podía pasar por la puerta, incluso una lo suficientemente grande para que pasaran carruajes. Él dice que los párpados de Judas se hincharon tanto que no podía ver y era por lo tanto propenso a caerse de cabeza. La versión de Papías hace eco de Hechos 1:18 al decir que Judas se reventó por en medio, pero Papías agrega unos detalles repugnantes. Dice que la secreción cuando reventó el cadáver de Judas estaba llena de pus y gusanos. Causó tal hedor persistente que el lugar donde murió Judas todavía era inhabitable un siglo después. Obviamente, la versión de la historia por parte de Papías tiene las marcas de exagerados adornos, pero ilustra vivamente el alto nivel de desdén hacia Judas en los primeros siglos.

Cuando estudiaba en el seminario, escribí una disertación sobre Judas, su carácter y su traición. Desde entonces, me ha parecido extremadamente difícil escribir o enseñar acerca del hombre que vendió a Jesús por un puñado de monedas. Francamente, no hay pecado más grotesco que el suyo. Cuando

estudiamos a este hombre y sus motivaciones, nos estamos metiendo muy de cerca en la actividad de Satanás. Pero hay valiosas razones para examinar a Judas y su pecado. En primer lugar, para comprender el amor de Jesús en toda su plenitud, resulta útil ver la vida de Judas. Aquí aprendemos que, a pesar de la atrocidad de su pecado, Jesús trató de alcanzarlo con verdadera compasión y bondad genuina. Cristo le mostró solamente amor, pero a cambio recibió traición.

JESÚS Y JUDAS

En el capítulo 13 de Juan, Jesús y Judas tienen un enfrentamiento. Vemos claramente a estas alturas la maldad de Judas contrastando con la total pureza de Jesucristo. La obra diabólica que se había estado formando en el corazón de Judas —la traición que ya había empezado a cometer— llegó a su punto culminante, y Jesús lo desenmascaró como traidor.

Jesús está hablando al principio de este poderoso pasaje:

> "No hablo así de todos ustedes. Yo sé a quiénes he elegido; pero para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo levantó contra mí su talón. Desde ahora les digo, antes de que suceda, para que cuando suceda crean que Yo Soy. De cierto, de cierto les digo que el que recibe al que yo envío a mí me recibe; y el que a mí me recibe, recibe al que me envió. Después de haber dicho esto, Jesús se conmovió en espíritu y testificó diciendo:
>
> —De cierto, de cierto les digo que uno de ustedes me va a entregar.
>
> Entonces los discípulos se miraban unos a otros dudando de quién hablaba. Uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba, estaba a la mesa recostado junto a Jesús. A él Simón Pedro le hizo señas para que preguntara quién era aquel de quien hablaba. Entonces él, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo:
>
> —Señor, ¿quién es?
>
> Jesús contestó:
>
> —Es aquel para quien yo mojo el bocado y se lo doy.
>
> Y mojando el bocado, lo tomó y se lo dio a Judas hijo de Simón Iscariote. Después del bocado, Satanás entró en él. Entonces le dijo Jesús:
>
> —Lo que estás haciendo, hazlo pronto.
>
> Ninguno de los que estaban a la mesa entendió para qué le dijo esto porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: 'Compra lo que necesitamos para la fiesta', o que diera algo a los pobres. Cuando tomó el bocado, él salió en seguida; y ya era de noche" (Juan 13:18-30).

Ahí vemos a Jesús y Judas como la personificación de dos opuestos: el Perfecto y el miserable desgraciado; el mejor y el peor; el Rey del cielo y un reprobado sin esperanzas (Mateo 26:24); aquel que no tenía pecado y aquel

cuyo pecado era más tenebroso que cualquier otro pecado jamás registrado (cf. Juan 19:11); el amoroso Salvador contra el odioso traidor. Esta porción de la narrativa resalta a propósito la dura vileza de Judas en contra de la tierna pureza de Jesús como fondo para demostrar el marcado contraste.

La historia de Judas es un profundo y triste drama; probable-mente la tragedia más grande jamás vivida. Él es el principal ejemplo de lo que significa tener una oportunidad y luego perderla. Su historia se vuelve más terrible debido al principio glorioso que él tuvo. Por tres años, día tras día, él había viajado, escuchado, y trabajado al lado de Jesucristo. Él y los otros once discípulos vieron los mismos milagros, escucharon las mismas palabras, realizaron algunos de los mismos ministerios y fueron estimados de la misma manera. Sin embargo Judas no se convirtió en lo mismo que los otros sino en todo lo opuesto. Conforme los demás iban desarrollándose como verdaderos apóstoles y santos de Dios, él estaba convirtiéndose progresivamente en una herramienta maquinadora y calculadora de Satanás.

Al principio, Judas debió de haber compartido la misma esperanza del reino que tuvieron los otros discípulos. Probable-mente haya creído que Jesús era realmente el verdadero Mesías. Con toda seguridad en algún momento se volvió avaro. Pero es dudoso que solo se hubiera unido a los discípulos por el dinero que podía obtener, porque ellos nunca tuvieron verdaderamente nada. “Lo dejaron todo y lo siguieron” (Lucas 5:11). Quizás su motivo al principio fue simplemente recibir los beneficios del reino mesiánico. Independientemente del carácter que haya tenido al comienzo, Judas gradualmente se convirtió en el traidor que traicionó a Cristo; una persona que solo pensaba en sí misma; un hombre que a fin de cuentas solo quería obtener todo el dinero posible y luego irse.

Al final, la avaricia, la ambición y la mundanidad se habían metido en el corazón de Judas. La codicia se convirtió en su gran defecto. Quizás se sintió decepcionado porque sus expectativas de un reino terrenal seguían sin cumplirse. Tal vez estaba atormentado por la reprensión constante e insoportable de la presencia de Cristo. Con certeza, esto creó una gran tensión en su corazón, al estar continuamente en la proximidad de alguien de tal pureza y sin pecado, siendo él alguien totalmente degenerado. Como un no creyente secreto, no tenía una verdadera apreciación de la santidad. Quizás también empezó a sentir que el ojo del Maestro podía discernir su verdadera naturaleza. Todas esas cosas probablemente habían empezado a carcomerlo.

Cualesquiera que hayan sido las razones, la vida de Judas terminó en absoluto desastre, y es el ejemplo más grande de una oportunidad perdida que el mundo jamás haya visto. En la noche en que traicionó a Jesús, estaba tan preparado a hacer lo que se le antojara a Satanás que el diablo pudo entrar en él y tomar control completo. Unos cuantos días antes, en Betania, Judas se había reunido con los líderes de Israel y negociado treinta piezas de plata, el precio mísero de un esclavo. Ahora, en este silencioso y sagrado lugar —en el aposento alto con Jesús y sus once fieles discípulos—, su férrea y malvada voluntad había quedado fija para siempre. Había quedado inmune a las súplicas de Jesús. Antes de que terminara la noche, se concretó la obra perversa de Judas.

Así que esta es la escena: el odioso traidor está sentado con Jesús y los otros once discípulos en su última cena juntos. Judas ya había iniciado su plan de traicionar a Jesús, y ahora solo estaba buscando la mejor oportunidad para entregar a su Maestro al grupo de sacerdotes y fariseos que estaban tratando de matarlo.

Jesús ya había revelado sutilmente que él conocía el corazón de Judas cuando dijo: “Ya ustedes están limpios, aunque no todos” (Juan 13:10). Juan registra que Jesús “sabía quién lo entregaba por eso dijo: ‘No todos están limpios’ “ (v. 1). Judas había estado sentado viendo la maravillosa lección de humildad de Jesús, ilustrada en forma tan conmovedora mediante el lavamiento de los pies de los discípulos. Lavó los pies de todos, incluyendo los de Judas. El miserable hipócrita solo estuvo sentado ahí, dejando que el bendito Señor lavara sus pies, apenas aguantándose hasta que pudiera agarrar esas treinta monedas.

Aunque Jesús sabía lo que Judas iba a hacer, aun así lavó sus pies. Fue solo un ejemplo del maravilloso amor de Jesucristo y la manera en que trató de alcanzar a Judas. Las medidas que tomó para ganárselo, aun en esta última hora, hicieron que su amor fuese aún más maravilloso. Uno podría pensar que la experiencia de tener a Jesús lavando sus pies hubiera sido suficiente para quebrantar el corazón de cualquier hombre. Pero no el de Judas. Él era tan frío, duro y despiadado como el acero de una pistola. Judas estaba decidido a vender al Maestro a los verdugos.

LOS BIENAVENTURADOS Y LOS MALDECIDOS

Después de haber enseñado por medio del ejemplo una maravillosa lección

de humildad, Jesús explicó cuidadosamente el significado de lo que había hecho. Concluyó su discurso diciendo: “Si saben estas cosas, bienaventurados son si las hacen” (Juan 13:17). “Bienaventurados”, por supuesto, es sinónimo de “felices”. La persona que aprende a mostrar el amor humilde —aquella que está dispuesta a inclinarse al suelo y servir a otro creyente— es la que es recompensada con verdadera felicidad. Cuando condescendemos en esa clase de amor, cuando estamos dispuestos a hacer esa tarea de ínfima importancia por el bien de otros, cuando no nos importa tener la preeminencia en cada situación —*cuando nos humillamos*— entonces estaremos verdaderamente gozosos y contentos. “Bienaventurados [felices] los pobres en espíritu... los que lloran... los mansos... [y] los misericordiosos” (Mateo 5:3-7). “Humíllense delante del Señor, y él los exaltará” (Santiago 4:10). “Revístanse todos de humildad unos para con otros porque: Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes” (1 Pedro 5:5).

Pero bajo estas circunstancias Jesús no podía hablar de felicidad sin también mencionar la tragedia y la infelicidad que se venían. Con Judas presente, nuestro Señor necesitaba dar una sincera advertencia en cuanto a la maldición que estaba colgando encima de la cabeza del traidor. Por lo tanto, movió el foco de atención de los felices discípulos al miserable traidor. Y el tono del discurso cambia. Desde el versículo 18 hasta el 30 el diálogo se centra en Judas. Esta es la confrontación final entre Jesús y Judas. La única comunicación restante de Judas con Jesús será una palabra petulante de saludo y un beso hipócrita. Eso sucederá posteriormente.

Es importante entender por qué Jesús trajo a colación el tema de su traición a estas alturas. A menos de que Jesús hubiera preparado a sus discípulos de alguna manera para lo que iba a ocurrir, la traición de Judas hubiera podido producir un efecto adverso y serio en ellos. Si Judas hubiera traicionado a Jesús de manera repentina y sin aviso, los discípulos hubieran podido concluir que Jesús no era todo lo que dijo ser; de otro modo él hubiera sabido que Judas era así y jamás lo hubiera escogido. Así que Jesús dijo: “Yo sé a quiénes he elegido; pero para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo levantó contra mí su talón. Desde ahora les digo, antes de que suceda, para que cuando suceda crean que Yo Soy” (vv. 18, 19).

Sería fácil pasar por alto esa declaración y perderse el mensaje. Jesús quería estar seguro de que ellos no pensaran que él estaba sorprendido por lo que Judas iba a hacer. Así pues, lo que estaba diciendo en realidad era: “Yo

escogí a Judas con mis ojos bien abiertos. No fue un accidente. No fue hecho con ignorancia. Fue un cumplimiento de la Escritura". El versículo específico que citó era el Salmo 41:9: "Aun mi amigo íntimo, en quien yo confiaba y quien comía de mi pan, ha levantado contra mí el talón".

En pocas palabras, Jesús escogió a Judas porque la profecía del Antiguo Testamento dejaba claro que un amigo cercano iba a traicionar a Cristo. La traición de Judas era necesaria para causar su muerte, lo cual era necesario para causar la redención de su pueblo. Dios estaba cumpliendo soberanamente su plan eterno de redención.

Eso no significa que Dios de alguna manera forzó o coaccionó a Judas para que hiciera algo que estaba en contra de su deseo o su naturaleza. Judas estaba más que deseoso. Dios usó su ira para alabar a Jesús. A través de su obra perversa Cristo llevó a cabo el santo sacrificio que trajo la salvación. Judas quiso hacer el mal, pero Dios lo usó para el bien (cf. Génesis 50:20).

EL PLAN DE DIOS Y LA TRAMA DE JUDAS

Esa es la enseñanza constante de la Escritura. La cruz no fue de ninguna manera un impedimento para la voluntad perfecta de Dios o una interrupción de sus eternos propósitos. Al contrario, la traición de Judas encajaba muy bien en el plan soberano, eterno y maestro de la redención. La crucifixión de Cristo fue precisamente lo que la mano y el plan de Dios "habían determinado de antemano que había de ser hecho" (Hechos 4:28). Jesús fue "entregado por el predeterminado consejo y el previo conocimiento de Dios" (Hechos 2:23).

Pero eso no altera el hecho de que lo que hizo Judas fue extremadamente maligno. La gente clamando por la sangre de Jesús estaba actuando perversamente. En verdad, la crucifixión de Cristo representa la pura destilación de toda expresión posible de vileza. Hechos 2:23 prosigue y dice que a Jesús lo "mataron clavándole en una cruz por manos de inicuos". Evidentemente, el hecho de que Dios usó sus obras para bien no borra su culpa ni mitiga la pecaminosidad de lo que hicieron. La soberanía de Dios nunca anula la responsabilidad humana.

Sin embargo, cuando citó Salmo 41:9, Jesús estaba enfatizando el tema de la soberanía de Dios, incluso sobre el mal que hacen los hombres. En unas cuantas horas, Jesús iba a ser traicionado y vendido a manos de hombres que

lo iban a matar; iba a ser severamente golpeado, clavado a una cruz y abandonado para que muriera. Cuando esto sucedió, los discípulos no deberían creer que algo había salido terriblemente mal en el plan eterno y el propósito de Dios. Dejando a un lado todas las apariencias, el mal no había derrocado a la justicia en una escala eterna y cósmica. En cambio, la cruz fue ordenada por Dios para un propósito bueno y santo.

El contexto de la profecía del Antiguo Testamento que citó Jesús es instructivo. El Salmo 41 tiene significado tanto histórico como profético. Es el lamento de David por la traición que le hiciera su consejero de confianza y amigo Ajitofel. David tenía un hijo descarriado llamado Absalón, quien decidió empezar una rebelión, derrocar a su padre y asumir el trono. Ajitofel se puso en contra de David y se unió a la rebelión de Absalón. La imagen de traición que Salmo 41 extrae de la historia de David y Ajitofel se desarrolló y cumplió en un sentido más amplio y abundante mediante la traición que le hizo Judas a Jesús. La frase "levantado contra mí el talón" representa violencia brutal, el levantamiento veloz de un talón que luego se usa para pisar fuertemente a un adversario hasta que pierda el conocimiento. Esa es una descripción figurativa de lo que Judas trató de hacerle a Jesús. La víctima ya herida está echada en el suelo, y el que una vez fue su amigo levanta el talón de su bota y aplasta ferozmente el cuello.

El Salmo 55 contiene una profecía similar de Judas y su traición. Imagínate a Jesús diciéndole estas palabras a Judas:

> "Si un enemigo me hubiera afrentado yo lo habría soportado. Si el que me aborrece se hubiera levantado contra mí yo me habría ocultado de él. Pero fuiste tú, un hombre igual a mí, mi compañero, mi íntimo amigo; quienes juntos compartíamos dulcemente los secretos, y con afecto nos paseábamos en la casa de Dios... Más bien, aquel extiende sus manos contra sus propios aliados, y viola su pacto. Ellos ablandan su boca más que mantequilla, pero en su corazón hay contienda. Suavizan sus palabras más que el aceite, pero son como espadas des-envainadas" (vv. 12-14, 20-21).

Zacarías 11:12-13 contiene otra profecía más acerca de la traición de Cristo realizada por Judas con detalles aún más meticulosos, dando el precio exacto que se le pagó al traidor por su traición: " 'Si les parece bien, denme mi salario; y si no, déjenlo'. Y pesaron por salario mío treinta piezas de plata. Entonces el SEÑOR me dijo: 'Échalo al tesoro. ¡Magnífico precio con que me han apreciado!'. Yo tomé las treinta piezas de plata y las eché en el tesoro, en la casa del SEÑOR".

Esto describe al pie de la letra lo que Judas hizo después de la muerte de

Jesucristo: llevó las treinta piezas a la casa del Señor y las tiró al piso. Mateo 27 dice que las treinta piezas fueron recogidas y usadas para comprar el campo de un alfarero, cumpliendo exactamente la profecía de Zacarías 11.

De modo que Jesús no escogió a Judas por accidente. Mucho antes de que este siquiera hubiera nacido, se predijo su odio hacia Cristo, se ordenó para un buen propósito por decreto eterno de Dios, predestinado en su plan desde la eternidad. Jesús enfatizó este punto una y otra vez. En Juan 17:12, orando al Padre, él dice de los discípulos: "Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre que me has dado. Y los cuidé, y ninguno de ellos se perdió excepto el hijo de perdición para que se cumpliera la Escritura".

SOBERANÍA DIVINA Y DECISIÓN HUMANA

Repito un punto sumamente importante: a Judas no se le impuso su pecado. La parte que desempeñó en la muerte de Cristo no fue un papel al que se lo forzó fuera de su propia voluntad. A pesar de que Dios planeó y ordenó que Cristo fuese traicionado por este descarriado discípulo, la perversa voluntad de Judas fue el semillero donde se concibió la obra. Él hizo lo que hizo libre y voluntariamente, por perversa decisión propia. Judas no fue un robot. Dios no asignó simplemente el papel de villano en la crucifixión a un Judas que no estaba dispuesto. Tal cosa hubiera sido incoherente con el carácter y propósito de Dios, quien "no es tentado por el mal, y él no tienta a nadie" (Santiago 1:13). Asimismo sería incoherente con el espíritu de Cristo, quien lloró por Jerusalén por la incredulidad allí "diciendo: '¡Oh, si conocieras tú también, por lo menos en este tu día, lo que conduce a tu paz!' " (Lucas 19:42). Sin duda, él no obtuvo satisfacción de la apostasía de Judas. Mucho menos lo restringió soberanamente para que cometiese este grotesco acto de incredulidad y traición en contra de su voluntad.

La idea de que Jesús quería que Judas fallase, o que soberanamente lo provocara, también es incoherente con el relato histórico. Durante su ministerio, Jesús se esforzó por todos los medios en llevar al arrepentimiento a Judas, quien recibió el mismo cuidado, instrucción y ventajas que los otros once discípulos. Escuchó cada sermón, tuvo conocimiento de cada sesión privada que pasaron los doce con Jesús y fue favorecido con el privilegio de pertenecer al círculo cercano de comunión con Cristo. Es más, todas y cada una de las súplicas que hizo Jesús para el arrepentimiento, sus llamados a tener fe, sus propuestas de misericordia y sus reprensiones se aplicaban a

Judas igual que a cualquier otro oyente. Fue bendecido con privilegios inefables y los desperdició totalmente.

De modo que, a pesar de que la traición de Judas a Cristo encaja perfectamente con el plan eterno de Dios, él no fue la causa eficiente o el autor de esta traición. Dios no lo hizo perverso ni le obligó a pecar. Judas se convirtió en el traidor de Cristo por decisión propia. Dios simplemente lo tomó como la persona malvada y traicionera que era, y usó su acto perverso para el bien eterno.

Considera esto: si Dios hubiera sido responsable por hacer a Judas tal como era, Jesús hubiera sentido lástima por él en vez de reprenderlo. Judas Iscariote, entonces, de acuerdo con su propia voluntad, fue el instrumento escogido por Dios para traicionar a Cristo y así producir su muerte. Dios, de acuerdo con su perfecta voluntad, su consumada justicia y su inescrutable sabiduría, usó esa horrorosa perversidad para lograr un bien infinito. De este modo, Dios puso de cabeza la maldad de Judas y las perversas intenciones del diablo, para la gloria de su gracia eterna.

CAMINANDO CON JESÚS
PERO SIGUIENDO A SATANÁS

A través de su traición, Judas ofrece a los pecadores una solemne advertencia. Aprendemos de su ejemplo que una persona puede estar muy cerca a Jesucristo y sin embargo estar perdida y conde-nada para siempre. Nadie jamás estuvo más cerca de Cristo que los doce. Judas fue uno de ellos, pero no obstante él se encuentra en el infierno hoy. Si bien tal vez dio su consentimiento intelectual a la verdad, nunca aceptó a Cristo con fe sincera.

Judas no fue engañado; no fue un farsante. Entendió la verdad y se hizo pasar por un creyente. Además, era bueno para lo que hacía; era el hipócrita más listo del que leemos en todas las Escrituras, puesto que nadie sospechaba de él. Había engañado completamente a todos excepto a Jesús, quien conocía su corazón.

Dondequiera que se realice la obra de Dios, hay impostores como Judas. Siempre habrá hipócritas entre los hermanos. El truco favorito de Satanás y de aquellos que él usa es que “se disfracen como ministros de justificación” (2 Corintios 11:15). Como Judas, “tales son falsos apóstoles, obreros fraudulentos disfrazados como apóstoles de Cristo. Y no es de maravillarse,

porque Satanás mismo se disfraza como ángel de luz". El diablo mismo es un maestro en hacer que su obra parezca buena, y está ocupado trabajando en el pueblo del Señor.

LA VERDAD Y LAS CONSECUENCIAS

Antes de la última cena de la Pascua con sus discípulos, Jesús había mantenido en total secreto la hipocresía de Judas. Ahora él estaba decidido a revelar la verdad. Como lo notamos anteriormente, sabía que si la traición de Judas tomaba por total sorpresa a los otros once discípulos, esto podría socavar su fe. Jesús quería que ellos supieran que él era consciente de lo que estaba a punto de ocurrir. Dios nunca es víctima de ningún hombre, y esta no iba a ser una excepción. Revelarles lo que él sabía por adelantado fortalecería la fe de los discípulos, ayudando a asegurar que cuando se fuera, ellos permanecerían fuertes y firmes.

Al desenmascarar a Judas, Jesús también afirmaba irrefutablemente su deidad. En Juan 13:19, él dice: "Desde ahora les digo, antes de que suceda, para que cuando suceda crean que Yo Soy". La frase "Yo soy" es, por supuesto, el nombre por el cual Dios se reveló a sí mismo a Moisés (cf. Éxodo 3:14). Jesús estaba tomando el nombre de Dios para sí mismo. En esencia estaba diciendo: "Quiero que sepas que yo soy *Dios*. Yo conozco el corazón de Judas y sé todo lo que va a pasar".

De este modo, con la simple declaración del versículo 19, Jesús afirmaba su nombre y establecía su omnisciencia. Nada se le puede ocultar. Él sabe lo que está en los corazones de los cristianos, pero más que eso, también lo que está en los corazones de la gente no regenerada. En Juan 5:42, hablando con judíos no creyentes, Jesús dice: "Yo los conozco que no tienen el amor de Dios en ustedes". Él conoce el corazón de cada persona, creyentes o no creyentes, y los lee como si fueran libros abiertos.

LOS APÓSTOLES Y EL TRAIDOR

En Juan 13:20, después de afirmar su deidad —mientras todavía hablaba de la traición inminente— Jesús dice: "De cierto, de cierto les digo que el que recibe al que yo envío a mí me recibe; y el que a mí me recibe, recibe al que me envió". Inicialmente, esta declaración parece estar fuera de lugar en esta parte de la narrativa. Pero un vistazo más de cerca revela que encaja en el contexto hermosamente.

No sabemos lo que ocurrió durante la brecha entre los versículos 19 y 20. Pero es fácil imaginarse que, cuando los discípulos se enteraron de la traición, todos asumieron que debido a la falla de uno de los del círculo íntimo, la credibilidad de los otros once se destruiría completamente. Tal vez asumieron que un traidor entre ellos con toda seguridad disminuiría la posición del resto. La muerte de Jesús —tan pública y en forma tan ignominiosa, en una cruz, ni más ni menos— solo desacreditaría más a todos ellos. Con seguridad asumieron que si Jesús era crucificado, toda esperanza mesiánica desaparecería. Su ministerio habría terminado. Mejor les sería olvidarse del reino. Y puesto que Jesús recién había estado enfatizando la importancia de la humildad, los discípulos podrían haber pensado que él les estaba diciendo que se olvidaran de su alto llamado.

Lo que Jesús en realidad estaba diciendo era esto: "No importa lo que suceda, eso no resta importancia a su comisión ni altera su llamado. Ustedes todavía son mis enviados, *mis* embajadores y representantes. Aunque hay un traidor entre ustedes, eso no afecta su llamado sublime. La traición de Judas jamás debe rebajar la valorización de su responsabilidad apostólica". Fue una tremenda lección para ellos. Él está diciendo: "Cuando salgan a predicar por ahí, si la gente les recibe, me están recibiendo a mí. Y si me reciben a mí, están recibiendo al Padre que me envió. Su comisión es así de sublime. Ustedes representan a Dios en el mundo".

Cristo en verdad sería crucificado. Judas resultaría ser un hipócrita despreciable. El mundo entero parecerá estar derrumbándose. Los discípulos caerían a su nivel más bajo espiritual y emocionalmente. Jesús sabía lo que venía, así que aprovechó la oportunidad allí en el aposento alto para prepararlos, elevarlos y animarlos de modo que mantuvieran su enfoque donde correspondía: en su llamado y en el ministerio para el cual Cristo los había entrenado y comisionado.

Necesitamos ser conscientes de esa verdad también. No importa la oposición satánica con la que nos encontremos, ni lo frustrante que se vuelvan los obstáculos y decepciones de nuestro ministerio: nada puede restar importancia a nuestra comisión. Con frecuencia me encuentro con gente que se ha desanimado en el servicio del Señor. Los pastores jóvenes en particular parecen enfrentar tanta oposición que a menudo se preguntan si son aptos para el ministerio. Yo siempre les recuerdo que esa oposición es de esperar. Cualquier cosa que hagamos para Dios va a ser resistida por las potestades

del mal. Si todos los misioneros miraran el campo misionero y dijeran: “Uy, en ese lugar nadie va a creer en lo que predico”, la iglesia nunca haría nada. El hecho de que la obra sea difícil y nos encontremos con la adversidad no puede alterar nuestro llamado. Nosotros somos los embajadores de Cristo en el mundo. Aquellos que nos rechazan, lo rechazan a él. Independientemente de lo que suceda, deberíamos mantenernos firmes y perseverar con él. No hay un terreno más alto en el cual podamos estar parados.

Cuando un creyente lleva el evangelio de Cristo al mundo, está representando a Jesucristo. Pablo dice en 2 Corintios 5:20: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo; y como Dios los exhorta por medio nuestro, les rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconcíliense con Dios!”. En Gálatas 4:14, el apóstol Pablo dice: “Y lo que en mi cuerpo era prueba para ustedes, no lo desecharon ni lo menospreciaron. Al contrario, me recibieron como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús”. Y esa es la forma en que todos deberían recibir a un creyente. Cuando una persona rechaza nuestro testimonio de Cristo, esa persona rechaza a Jesús el Hijo y Dios Padre. Así de estratégicamente importante son los creyentes. Y eso es lo que Jesús quería resaltar en Juan 13:20. Fíjate en las palabras “el que”. En el idioma original el pronombre indefinido se junta con una partícula griega que acentúa el sentido “quienquiera” del pronombre. Se refiere a embajadores de Cristo de toda lengua, tribu y nación; de toda época, y clase social; de toda vocación, profesión y condición social. Incluye categóricamente a aquellos de nosotros que lo representamos hoy.

¿Has escuchado alguna vez a alguien argumentar sobre la existencia de hipócritas en la iglesia como una excusa para no seguir a Cristo? La gente a menudo dice: “Hay demasiados hipócritas en la iglesia para mí”. O “Bueno, no voy a la iglesia porque cuando tenía nueve años vi a un hipócrita. ¡Y no he regresado en cuarenta años!”. Esas palabras serán una excusa patética cuando las presenten a Dios en el día del juicio.

Es cierto que hay demasiados hipócritas en la iglesia. Están en todos lados. Y un solo hipócrita ya es demasiado. Pero el hecho de que algunos sean hipócritas no disminuye la gloria de Dios ni rebaja el sublime llamado de todo verdadero hijo suyo. Un traidor entre los discípulos no manchó el llamado del resto.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

En Mateo 13:24-30, Jesús ofrece esta parábola:

> “El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, entonces apareció también la cizaña. Se acercaron los siervos al dueño del campo y le preguntaron: ‘Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?’. Y él les dijo: ‘Un hombre enemigo ha hecho esto’. Los siervos le dijeron: ‘Entonces, ¿quieres que vayamos y la recojamos?’. Pero él dijo: ‘No; no sea que al recoger la cizaña arranquen con ella el trigo. Dejen crecer a ambos hasta la siega. Cuando llegue el tiempo de la siega, yo diré a los segadores: Recojan primero la cizaña y átenla en manojos para quemarla. Pero reúnan el trigo en mi granero’ ”.

En otras palabras, era difícil saber la diferencia entre el trigo y la cizaña antes de que todo estuviera listo para la cosecha. Y aunque quizás haya algunas señales reveladoras, nosotros no siempre podemos discernir con precisión la diferencia entre el verdadero pueblo de Dios y los hipócritas consumados. Si supiéramos quién es quién, podríamos purgar a la iglesia visible de la hipocresía. Pero no podemos leer los corazones de la gente. Algún día Jesús va a revelar quién es el verdadero y quién es el falso, y separará a las ovejas y los cabritos en consecuencia.

EL CORAZÓN AGOBIADO Y EL CORAZÓN ENDURECIDO

Desenmascarar la traición de Judas claramente causó profunda angustia dentro del corazón de Jesús. “Después de haber dicho esto, Jesús se conmovió en espíritu y testificó diciendo: ‘De cierto, de cierto les digo que uno de ustedes me va a entregar’ “ (Juan 13:21).

¿Qué fue lo que lo conmovió? Posiblemente un cierto número de cosas: su amor no correspondido por Judas; la hipocresía del que lo iba a traicionar; la ingratitud en el corazón de Judas; las tinieblas espirituales que sabía que iban a tragarse a Judas y condenarlo para siempre. Jesús tenía un profundo odio al pecado, y sentado en la misma mesa con él estaba la encarnación del mismo. Él sabía que Judas enfrentaría un destino eterno en el infierno. Parecía que podía ver con su ojo omnipotente a Satanás moviéndose alrededor de él. Sabemos que nuestro Señor comprendía perfectamente la sobreabundante pecaminosidad del pecado; sabía precisamente lo que la terrible paga del pecado implicaba para Judas. Jesús mismo tendría que llevar personalmente esa carga en su totalidad en la cruz al día siguiente. El Salvador tenía motivos para estar conmovido en espíritu.

En ese estado de profunda angustia, Cristo dijo: “Uno de ustedes me va a

entregar". Imagínate el impacto que debió haber sacudido a los discípulos. Sus corazones debieron haber palpitado aceleradamente cuando se dieron cuenta de que él estaba acusando a uno de su círculo íntimo. Todos estaban sentados en la mesa.

Alguien a quien Jesús recién había lavado los pies —alguien a quien todos conocían y de confianza— estaba a punto de traicionar al Maestro. Uno de ellos estaba tramando usar su intimidad con Cristo para ayudar al enemigo a encontrar al Señor y matarlo. Debió haber sido difícil para ellos entender que uno de los suyos podía planear una traición así, tan cauterizada en su corazón.

De hecho, los discípulos no podían imaginarse a quién Jesús se podría estar refiriendo. Juan dice: "Entonces los discípulos se miraban unos a otros dudando de quién hablaba" (13:22). Mateo dice que todos dijeron con tristeza: "¿Acaso seré yo, Señor?". Hasta Judas, el astuto hipócrita mismo, dijo: "¿Acaso seré yo, Maestro?" (Mateo 26:22, 25).

EL AMOR Y LA TRAICIÓN

Es de notar que los discípulos se quedaron totalmente perplejos. Esto muestra que Jesús siempre había tratado a Judas exactamente con la misma bondad y ternura que al resto. Todos ellos habían estado juntos durante tres años. Aunque Jesús sabía desde el principio que Judas lo iba a traicionar, nunca lo trató en forma diferente que a los otros discípulos. Si hubiera sido más distante o mostrado alguna señal de resentimiento, los once hubieran sabido inmediatamente que Judas era el traidor. Si hubiera guardado alguna amargura por lo que sabía que Judas haría al final, se hubiera notado en la manera que le hablaba. Pero, evidentemente, durante esos tres años Jesús había sido gentil, amoroso y afectuoso con Judas, extendiéndole al traidor la misma bondad y los mismos privilegios que a los otros once. Ellos lo consideraban como un hermano cercano y compañero discípulo. Nadie sospechaba que él fuera desleal.

Al contrario, los discípulos debieron haber tenido una cantidad extraordinaria de confianza en él, porque Judas era su tesorero. Pero Judas, tan duro de corazón, había jugado a su estilo. Tenía la conducta de un santo y el corazón de un completo depravado. Judas debió haber odiado a Cristo profundamente.

El odio de Judas y el amor de Juan hacen un contraste muy interesante.

Trata de imaginar una escena de su última cena juntos. La mesa misma probablemente hubiera tenido la forma de “V”. Según las costumbres de ese entonces, los discípulos no se hubieran sentado en sillas sino que hubieran estado reclinados en una especie de almohadones largos y bajos que se apoyaban en el piso, y permitían comer sobre una mesa más baja que las que nosotros usamos hoy. Usualmente, esta mesa era un bloque de piedra. El lugar del anfitrión estaba en el centro. Los lugares junto a él estaban reservados para los invitados de honor.

Jesús hubiera ocupado la posición central cuando comió con sus discípulos. A ambos lados hubieran estado sus discípulos más cercanos. Otros tomarían sus sitios alrededor de la mesa, reclinándose hacia su izquierda, descansando en sus codos izquierdos, usando sus manos derechas para comer. De este modo, el que estaba a la derecha de Jesús hubiera tenido su cabeza muy cerca del corazón de Cristo. En la distancia, hubiera parecido que estaba reclinándose sobre el pecho del Señor.

Juan, quien escribió esta versión, estaba en ese lugar de honor. Él a menudo se refería a sí mismo como “el discípulo a quien Jesús amaba” (Juan 21:20; cf. v. 24). No era que lo amara más que a los demás sino que él estaba completamente abrumado con la idea de que Jesús lo amara así. Además, Juan estaba lleno de amor por el Señor. Él amó a Jesús tanto como Judas lo odió.

Juan escribe: “Uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba, estaba a la mesa recostado junto a Jesús. A él Simón Pedro le hizo señas para que preguntara quién era aquel de quien hablaba” (Juan 13:23, 24). La sugerencia de Pedro sin duda fue un gesto sutil y silencioso, que pasó desapercibido por todos los demás. Juan nos dice que él se recostó junto a Jesús y susurró: “Señor, ¿quién es?” (v. 25).

“Jesús contestó: ‘Es aquel para quien yo mojo el bocado y se lo doy. Y mojando el bocado, lo tomó y se lo dio a Judas hijo de Simón Iscariote’ “ (v. 26). La respuesta que Jesús le dio a Pedro y Juan fue en realidad un gesto de gracia hacia Judas, una amorosa apelación final para que se arrepintiera. El “bocado” fue un trozo de uno de los panes sin levadura que estaban en la mesa como parte de la fiesta de la Pascua. En la mesa también había un plato llamado *charoset* que contenía hierbas amargas, vinagre, sal, y puré de frutas hecho de dátiles, higos, pasas y un poco de agua; todo mezclado hasta convertirse en una pasta. Jesús y sus discípulos lo comieron con pan sin

levadura como una salsa.

Era una demostración formal de honor que el anfitrión metiera un trozo de pan en el charoset y lo diera a un invitado. Jesús, en un gesto bondadoso de amor hacia Judas, mojó el bocado y se lo dio, como si este fuera el único invitado de honor.

Cuando Jesús le dijo a Juan que el bocado significaba quién lo iba a traicionar, probablemente susurró, de modo que nadie excepto él escuchara lo que estaba haciendo. Pero después de todo lo que Jesús había dicho acerca del discípulo que lo iba a traicionar, Judas sin duda entendió que Jesús sabía muy bien lo que quería hacer. El hecho de que el Señor respondiera con un simple gesto de honor debió haber partido el corazón de Judas. (“¿O menosprecias las riquezas de su bondad, paciencia y magnanimidad, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento?”, dice Romanos 2:4). Pero no fue así. Judas fue un apóstata. Su corazón estaba endurecido, y nada que Jesús pudiera hacer por él iba a penetrar en ese corazón. La salvación para Judas ahora era imposible. Se había convertido en el ejemplo clásico del tipo de persona que describe el autor de Hebreos: “Porque es imposible que los que fueron una vez iluminados —que gustaron del don celestial, que llegaron a ser participantes del Espíritu Santo, que también probaron la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero— y después recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento puesto que crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y lo exponen a vituperio” (Hebreos 6:4-6).

Judas había visto, experimentado y gustado de todas esas cosas, pero nunca las acogió con verdadera fe.

Judas estaba tan firme en su apostasía que Satanás ahora literalmente lo poseía. Juan 13:27 dice: “Después del bocado, Satanás entró en él. Entonces le dijo Jesús: ‘Lo que estás haciendo, hazlo pronto’ “. Judas había estado coqueteando con Satanás, y ahora este lo había engañado y esclavizado totalmente. La intención de traicionar a Cristo ya estaba en el corazón de Judas. Satanás simplemente entró y se apoderó de él. En ese momento espantoso, la perversa voluntad de Judas rechazó el último gesto tierno del amor de Jesucristo, y el pecado deliberado de este implacable renegado contra el Espíritu Santo se concretó de un modo imperdonable para siempre. La condenación de Judas por lo tanto fue sellada irreversiblemente. Había rechazado por última vez el amor de Cristo y la puerta de la gracia divina

ahora estaba cerrada con cerrojo en contra de él para siempre.

DÍA Y NOCHE

La actitud de Jesús hacia Judas cambió inmediatamente. Ya había terminado con él. El desertor había cruzado la línea de la gracia y Jesús ya no podía soportar su presencia. El Salvador ya no iba a tratar de alcanzarlo. La diferencia fue inmediata, radical, como día y noche. El trato que Jesús tuvo con él ahora había terminado. Judas estaba firme en su apostasía terca y deliberada. Todo lo que Jesús quería ahora era deshacerse de él.

Fíjate que Satanás y Jesús estaban señalándole a Judas la misma dirección. Satanás decía: "Traiciónalo". Cristo decía: "Hazlo pronto". Judas claramente se había propuesto traicionar a su Maestro. Satanás estaba decidido a destruir al ungido de Dios. Y Cristo estaba preparado para morir por una multitud de pecadores. (Jesús al final haría añicos el plan de Satanás saliendo triunfante de la tumba y Judas recibiría precisamente lo que esperaba).

Ninguno de los discípulos entendía la importancia de lo que estaba ocurriendo. "Ninguno de los que estaban a la mesa entendió para qué le dijo esto porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: 'Compra lo que necesitamos para la fiesta', o que diera algo a los pobres" (Juan 13:28-29). Ellos creían que se iba de compras o que iba a realizar una obra de beneficencia por la temporada de la Pascua.

"Cuando tomó el bocado, él salió en seguida; y ya era de noche" (v. 30). Así que se fue, una figura solitaria saliendo de un cuarto para entrar en las garras eternas del infierno. La Biblia no dice adónde se dirigía, pero evidentemente se fue a concretar su trato con el Sanedrín. Y cuando salió, la Escritura dice: "Era de noche".

Para Judas, que había caminado con Jesús y aún permanecía en la oscuridad, las horas del día y la oportunidad se habían acabado. Era mucho más que la noche que viene literalmente con la puesta del sol. La noche eterna llegó al alma de Judas. Siempre es noche cuando alguien huye de la presencia de Jesucristo.

Judas sigue siendo una clásica ilustración de la trágica desdicha que destruye el alma producida por el pecado. Lamentablemente, los Judas existen en cada era. Quizás hoy en día son más comunes que nunca. La que se hace llamar iglesia está llena de gente dispuesta a vender a Jesucristo, por

tanto “crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y lo exponen a vituperio” (Hebreos 6:6). Hay muchos que han comido en su mesa y luego han levantado sus talones para pisarlo. Y la tragedia más grande es su propio desastre final.

Hester Cholmondeley era una joven inglesa cuya vida terminó a los veintidós años de edad, en 1892 (el mismo año en que murió Charles Spurgeon). Solo cuatro años antes, había empezado a llevar un diario que al final llegó a tener casi un cuarto de millón de palabras. Sus escritos contienen una breve poesía acerca de Judas que resume la tragedia de su vida en estas pocas palabras conmovedoras:

> Todavía como en la antigüedad,
> el hombre por sí mismo recibe su precio.
> Por treinta piezas Judas se vendió
> a sí mismo, no a Cristo[1].

Asegúrate de aprovechar tus oportunidades al máximo. Asegúrate de no ser un hipócrita. Si algo aprendimos de la vida de Judas, es que los privilegios espirituales más grandes pueden ser neutralizados por deseos pecaminosos sin arrepentimiento y un compromiso a seguir las prioridades malvadas. Una vida que es vivida delante de un sol sin nubes puede terminar en una noche de desesperación.

---

1 Mary Cholmondeley, *Diana Tempest* (Londres: Richard Bentley & Son, 1894), 124.

Tres

LOS RASGOS DEL CRISTIANO COMPROMETIDO

Históricamente, los cristianos han mostrado cierto número de diferentes símbolos para indicar su identidad como creyentes. Los broches en forma de pez y los collares con cruces de oro no son nada nuevo. Se han usado desde los primeros días de la era de la iglesia como emblemas para representar a los seguidores de Cristo. En los últimos años, muchos también han hecho calco-manías para automóviles, afiches, camisetas, Biblias decoradas y chaquetas con insignias bordadas. Yo no tengo problemas con tales detalles, excepto que son totalmente superficiales; ni siquiera tienen la profundidad de la superficie a la cual se adhieren.

Como cristiano, no tiene consecuencias reales que lleves o no un distintivo, muestres una calcomanía o uses cualquier otra clase de símbolo visible. Lo que sí es importante, e infinitamente más definitivo que todas las insignias, calcomanías y botones, son las señales internas y espirituales relacionadas con el carácter de un verdadero creyente.

Jesús ofrece tres rasgos distintivos de un cristiano compro-metido. Con Judas ahora separado de los rangos de los apóstoles, Jesús se dirigió a los once discípulos restantes y les dio un discurso de despedida.

> Cuando Judas había salido, dijo Jesús:
>
> —Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Y pronto lo glorificará. Hijitos, todavía sigo un poco con ustedes. Me buscarán pero, como dije a los judíos: “A donde yo voy ustedes no pueden ir”, así les digo a ustedes ahora.
>
> »Un mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Como los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto conocerán todos que son mis discípulos: si tienen amor los unos por los otros.
>
> Simón Pedro le dijo:

—Señor, ¿a dónde vas?

Le respondió Jesús:

—A donde yo voy no me puedes seguir ahora, pero me seguirás más tarde.

Le dijo Pedro:

—Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? ¡Mi vida pondré por ti!

Jesús le respondió:

—¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces”

(Juan 13:31-38).

Ese pasaje introduce la última comisión de Jesús para sus discípulos antes de ir a la cruz. Su mensaje de despedida, el cual continuará hasta Juan 16, contiene cada componente del discipulado que necesitamos conocer. De hecho, los principios básicos de la enseñanza de Pablo sobre el tema parecen encajar con esta parte de Juan. Por tanto estas palabras finales de nuestro Señor en la última noche con sus discípulos son indispensables para saber lo que Cristo espera de nosotros como creyentes. Las tres características principales de discipulado que presenta Jesús deben ser evidentes en la vida de todo creyente.

UNA INTERMINABLE PREOCUPACIÓN POR LA GLORIA DE DIOS

Primeramente, el cristiano comprometido está preocupado por la gloria de su Señor. El propósito por el cual existimos es darle la gloria a Dios, de modo que es correcto que esta sea el primer rasgo de un cristiano comprometido. El verdadero creyente no está preocupado por su propia gloria. No está preocupado con lo que le brinda honor o reconocimiento a sí mismo. No está en una parranda de popularidad ni tratando de subir la escalera para obtener algo más grande o mejor para sí mismo. Se da cuenta de que no importa cuán impresionada esté la gente con él, sino solo que los demás glorifiquen a Dios. Su meta es que su propia vida refleje los atributos de Dios, y quiere que él sea alabado a través de su manera de vivir.

Jesús enseñó a sus discípulos esta perspectiva tanto por me-dio del ejemplo como por precepto: “Cuando Judas había salido, dijo Jesús: ‘Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Y pronto lo glorificará. Hijitos, todavía sigo un poco con ustedes. Me buscarán pero, como dije a los judíos: A donde yo voy ustedes no pueden ir, así les digo a ustedes ahora’ “ (Juan 13:31-33).

La primera frase de la declaración de nuestro Señor indica casi una sensación de alivio. Ahora que Judas se había ido, Jesús podía hablar libremente con sus discípulos. Dios encarnado, Jesucristo, había llegado a la tierra en humildad. Voluntariamente había limitado la manifestación total de su gloria y se sujetó a sí mismo a la flaqueza humana. Él mismo jamás pecó, pero experimentó completamente cada expresión no pecaminosa de la debilidad humana: dolor, hambre, sed, fatiga y todas las inconveniencias e indignidades de la vida en un mundo maldecido por el pecado.

Durante treinta y tres años su gloria había estado envuelta en carne humana. En poco tiempo estaría en su gloria otra vez. Todos los atributos de Dios de nuevo serían mostrados completamente en él, sin frenos ni límites. El proceso que culminaría en la recuperación total de su gloria celestial empezaría para él al día siguiente. Su hora por fin había llegado.

Pero el camino a la gloria empezaría en el lugar menos probable: en el Calvario, cuando Cristo dio su vida en una cruz, sufriendo en el lugar de los pecadores.

Sin embargo, fue la gloria, no el sufrimiento, de lo que Jesús habló primeramente. Hizo tres afirmaciones distintas, cada una de las cuales es singular e importante que nosotros entendamos:

“Ahora es glorificado el Hijo del Hombre”

La primera está en el versículo 31, y es una gran declaración de anticipación: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre”. Judas había empezado a poner todo en marcha. Los judíos ya habían pagado al desdichado traidor por su traición, y él ahora estaba afuera, preparando todo. Dentro de poco, Jesús y los discípulos saldrían del aposento alto. Cristo continuaría su enseñanza mientras caminaba hacia Getsemaní para orar. Ahí en el huerto, mientras Jesús tenía comunión con el Padre, Judas caminaría con decisión hacia él acompañado de soldados romanos, poniendo en marcha los eventos que conducirían a la muerte de Jesús.

Jesús estaba listo para morir y sabía que, aunque la cruz parecía ser vergüenza, desgracia y desastre, representaba gloria. Al principio podría parecer difícil entender que la muerte tenga algo que ver con la gloria, especialmente una muerte por crucifixión. En ella, nuestro Señor experimentó el tipo más profundo de indignidad, humillación, acusación, insultos, infamia, burla, escupidas y todo el abuso que los hombres podían lanzarle. Era todo lo

opuesto a la gloria. Murió colgado entre ladrones, recibiendo no solo el dolor e ignominia de la cruz sino lo que es más importante: cargando todo el peso de la ira de Dios en contra del pecado. A pesar de *saber* que estaba enfrentando todo eso, Jesús podía decir: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre".

¿Hubo realmente gloria en la cruz? Sí, porque en ella Jesús realizó la obra más grande en la historia del universo. En su muerte redimió a pecadores perdidos, destruyó al pecado y derrotó a Satanás. Jesús pagó el precio del pecado que exigía la justicia de Dios y compró para sí mismo a todos los elegidos por él. Al morir por el pecado, dio a su vida un aroma agradable a Dios, un sacrificio más puro y bendecido que ningún otro jamás ofrecido. Y cuando se completó este sacrificio, Jesús declaró: "Consumado es" (Juan 19:30). Había cumplido la obra de expiación que vino a hacer, había satisfecho completamente la justicia de Dios, había cumplido todos los aspectos de la ley de Dios a la perfección y había comprado la libertad para todos los que por fe recibieran su obra gloriosa. En todo el cielo y la tierra, ningún acto es tan digno de alabanza, honor y gloria completa.

"Y Dios es glorificado en él"

Jesús hizo una segunda afirmación vital acerca de la gloria. No solo él fue glorificado sino que Dios fue glorificado en él. Dios es glorificado a través de los detalles del evangelio. Cuando Jesús dijo: "Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él" (Juan 13:31), estaba hablando inclusivamente de toda la serie de eventos redentores que iban a culminar en su eterna glorificación: su muerte, sepultura, resurrección, exaltación y segunda venida. Todos esos eventos abarcan la totalidad de la perfecta gloria de Cristo y la gloria del plan redentor de Dios, quien es por lo tanto glorificado en la proclamación del evangelio.

Una de las maneras más grandes en que podemos glorificar a Dios es declarar el mensaje del evangelio, especialmente a aquellos que aún no lo han escuchado. Las buenas nuevas de la salvación irradia su gloria como ninguna otra cosa en todo el universo. En cierto sentido, por lo tanto, testificar es una de las formas más sublimes y puras de adoración.

La gloria de Dios está envuelta en sus atributos: su amor, misericordia, gracia, sabiduría, omnisciencia, omnipotencia, omnipresencia, y así sucesivamente. Todas esas perfecciones abrumadoras reflejan y declaran su

gloria. Nosotros adoramos y glorificamos a Dios cuando alabamos, reconocemos, experimentamos o exhibimos sus atributos, del modo que sea. Cuando demostramos su amor, por ejemplo, lo glorificamos. Cuando reconocemos y cedemos a su soberanía, lo glorificamos. Cuando proclamamos su grandeza al mundo, esto lo glorifica.

En la cruz, cada atributo de Dios se manifestó de una manera no vista antes. Su poder, por ejemplo, se hizo visible allí: "Se levantaron los reyes de la tierra y sus gobernantes consultaron unidos contra el Señor y contra su Ungido" (Hechos 4:26). La terrible enemistad de la mente carnal y la desesperada perversidad del corazón humano clavaron a Jesús en una cruz. El diabólico odio de Satanás dio lo mejor de sí. El mundo, el diablo y cada demonio en el universo lanzaron a Cristo todo el poder que tenían, sin embargo él tenía un poder más que suficiente para vencerlo todo. En la muerte, Jesús rompió toda forma carnal de esclavitud, toda cadena del pecado y todo poder de Satanás para siempre. Su demostración gráfica del poder de Dios, de este modo, le trajo gloria a él.

La cruz reveló la *justicia de Dios* en toda su plenitud. "La paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23), y para que Dios redima a los pecadores (sin anular o ignorar el requisito justo de la ley), alguien tenía que recibir la paga completa. El castigo de la ley tenía que cumplirse. Isaías dice que cuando Jesús estaba colgado en la cruz, "el SEÑOR cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isaías 53:6). Dios no descuida la justicia, aun si esto significaba el asesinato de su amado Hijo. Considera esto: si cada miembro de la raza humana fuera a sufrir en el infierno para siempre, toda la angustia, toda la ira divina derramada sobre ellos no sería aún suficiente para expiar el pecado. Pero lo que Cristo sufrió bastó para pagar todo el precio por todos los que iban a creer. Cristo glorificó a Dios en la cruz cumpliendo los requisitos de la justicia divina y así mantener la justicia de Dios, sin importar el costo.

La santidad de Dios también se manifestó en la cruz. Habacuc escribió que Dios es "demasiado limpio como para mirar el mal; tú no puedes ver el agravio" (Habacuc 1:13). Jamás Dios manifestó tanto su odio hacia el pecado como en el sufrimiento y la muerte de su propio Hijo. Cuando Cristo sufría en la cruz, cargando los pecados del mundo, Dios se apartaba de su Hijo unigénito. Por eso Jesús clamó en agonía: "*¡Elí, Elí! ¿Lama sabactani?, (esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*) " (Mateo 27:46). Aunque el Padre amaba a Jesucristo con un amor infinito, su santidad no

podía tolerar ver con favor a aquel que llevó el pecado del mundo. Toda la gozosa obediencia de la gente piadosa de todas las épocas no es nada comparado con el ofrecimiento de Cristo mismo para satisfacer todo lo que exigía la santidad de Dios. Por medio de esa ofrenda, Dios fue glorificado.

La fidelidad de Dios también quedó demostrada en la cruz. Él había prometido al mundo un Salvador desde el principio. Cuando Cristo, el único sin pecado, fue ofrecido en la cruz para recibir la paga completa y final del pecado, Dios mostró a todo el cielo y la tierra que él era fiel. Aunque le costó su propio Hijo unigénito, él lo hizo. Cuando vemos esa clase de fidelidad, estamos viendo su gloria.

Muchos otros atributos fueron mostrados en su plenitud en la cruz, pero el atributo que sobresale por encima de los demás es la perfección del amor divino: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en expiación por nuestros pecados" (1 Juan 4:10). La mente humana no puede comprender el amor que haría que Dios enviara a su Hijo a morir como expiación por nuestros pecados. Francamente, los intelectos no santificados a menudo se retraen al pensar que el estándar de la justicia haya sido puesto a tal altura, y que a alguien tan perfecto se le permitiría morir por los pecados de otros. Pero Dios es glorificado más allá de las palabras y más allá de la comprensión en la demostración de tal amor.

"También Dios lo glorificará en sí mismo. Y pronto lo glorificará"

En su tercera y última afirmación acerca de la gloria, Jesús enfatiza la verdad de que el Padre y el Hijo están ocupados glorificándose el uno al otro. Pero la gloria más grande del Hijo seguirá después de su obra en la cruz: "Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Y pronto lo glorificará" (Juan 13:32). Hubo una gloria sublime en la cruz, y es profunda y de largo alcance. Tal como lo hemos visto, es una gloria más allá de la comprensión humana. Pero el Padre no iba a detenerse allí. La resurrección, la ascensión, la exaltación de Cristo a la diestra del Padre y su regreso en gloria triunfante son todos aspectos importantes de la gloria que iba a ser suya. En el juicio final, Cristo será glorificado una vez más. Eso significa que su gloria más grande todavía está en el futuro.

La promesa de la gloria futura para Cristo significaba que (en lo que se refería a su presencia física) tenía que dejar a los discípulos. Por lo tanto él

dijo: “Hijitos, todavía sigo un poco con ustedes. Me buscarán pero, como dije a los judíos: ‘A donde yo voy ustedes no pueden ir’, así les digo a ustedes ahora” (v. 33). Si bien sus pensamientos estaban en la futura gloria y su esplendor, él también estaba pensando en sus once amados discípulos. Él los llamó “hijitos”, una expresión que probablemente no hubiera usado si Judas todavía hubiera estado presente.

¿Qué quiso decir con “como dije a los judíos”? Una vez le dijo a un grupo de importantes líderes judíos (los fariseos y principales sacerdotes) que trataban de arrestarlo: “Todavía estaré con ustedes un poco de tiempo; luego iré al que me envió. Me buscarán y no me hallarán, y a donde yo estaré ustedes no podrán ir” (Juan 7:3334). Juan 8:21 dice: “Luego Jesús les dijo otra vez: ‘Yo me voy, y me buscarán; pero en su pecado morirán. A donde yo voy ustedes no pueden ir’ “. En los versículos 23 y 24, Jesús añade: “Ustedes son de abajo; yo soy de arriba. Ustedes son de este mundo; yo no soy de este mundo. Por esto les dije que morirán en sus pecados; porque a menos que crean que Yo Soy, en sus pecados morirán”.

Es significativo que Jesús no les hiciera esta advertencia a sus creyentes discípulos. Aunque cuando ascendió ellos no iban a poder seguirlo a donde él se dirigía, no había peligro de que ellos murieran en sus pecados. Jesús estaba yendo al Padre, y ellos iban a extrañar su cercanía física, especialmente en tiempos de prueba y problemas. En realidad, cuando Jesús ascendió al cielo, el libro de Hechos nos dice que ellos se quedaron ahí, mirando con nostalgia al cielo. No querían que se fuera y Jesús lo sabía, de modo que en Juan 13 él les está reafirmando que aunque su gloria implicaría su partida, aún cuidaba de ellos. Es la introducción de un tema que se convertiría en un mensaje unificador presente en los siguientes capítulos del evangelio de Juan.

¿Por qué dijo Jesús todo esto a sus discípulos? Porque sabía que como verdaderos discípulos, debajo de la superficie de sus temores inmediatos y su confusión, su preocupación más profunda era la gloria suya. Él quería que ellos compartieran la expectativa y el entusiasmo por su exaltación venidera y que estuvieran ocupados con pensamientos de su gloria.

Una preocupación por la gloria de Dios, entonces, es una de las marcas de un verdadero discípulo. Es el centro de la razón de nuestra existencia. Es una pasión ardiente que heredamos de nuestro propio Señor.

Henry Martyn fue uno de los grandes misioneros pioneros en India y Persia.

Un año antes de irse al campo misionero, escribió en su diario: “En la oración matutina tuve un momento solemne de reverencia y sumisión a Dios. Pareció que yo no tenía un deseo en mi corazón excepto que él fuera glorificado; y fue un consuelo para mí reflexionar en que él sí será glorificado”[1].

Cuando Martyn realizaba su viaje a la India, escribió: “No me puedo imaginar un mayor gozo en el cielo que ver a Dios glorificado”[2]. Unos cuantos días después, reflexionaba: “Hasta ahora he vivido con poco propósito, más como un tonto que como un siervo de Dios; ahora déjenme arder por él”[3].

Mientras ministraba en una región hindú, Martyn fue testigo del famoso festival del dios Jagannatha. Miles de personas se pos-traban ante una imagen dibujada en una carretilla, en un frenesí de pasión supersticiosa. Martyn escribió en su diario: “Esto estimuló más terror en mí de lo que puedo expresar”[4]. En otra ocasión, escuchó a un musulmán hablar desdeñosamente de Cristo, y escribió:

> “Me quedé afligido en el alma por esta blasfemia. En oración no podía pensar en nada más que en ese gran día en que el hijo de Dios vendrá en las nubes del cielo... Mirza Seid Alí percibió que yo estaba considerablemente alterado y lamentó haber repetido el versículo, pero me preguntó qué es lo que resultaba tan ofensivo. Yo le dije: ‘Yo no podría soportar la existencia si Jesús no fuera glorificado; sería un infierno para mí si él siempre fuera así deshonrado’ “[5].

Al preguntársele por qué estaba tan preocupado con la gloria de Dios, Martyn contestó: “Si alguien te arrancara tus ojos... no tendrías modo de explicar el dolor que estás sintiendo. Es porque yo soy uno con Cristo que me siento tan espantosamente herido”[6].

Martyn resumió su concepto de Dios y el mundo con estas conmovedoras palabras: “No quiero tener nada que ver con el mundo. Deseo poder siempre permanecer libre y sin enredarme; siguiendo mi camino, pasando desapercibido por el desierto, hallando todo mi placer en comunión secreta con Dios, ¡y en verlo glorificado!”[7].

Todo discípulo genuino conoce un poco esa sensación. Pocos de nosotros lo expresamos tan bien o reflexionamos sobre ello con todo el cuidado que deberíamos tener.

UN AMOR INFALIBLE POR LOS HIJOS DE DIOS

El discípulo comprometido no solo está preocupado con la gloria del Señor, sino que está lleno del amor de Dios. Quizás este rasgo del cristiano

comprometido es el más significativo de todos en lo que se refiere a una vida práctica que nos distinga en el mundo.

A pesar de que los apóstoles ya no podrían regocijarse en la presencia visible de Jesús, aún disfrutarían una experiencia plena y abundante de amor, porque iban a tener un depósito de amor en sus propias vidas. De hecho, el amor sería su principal marca distintiva: “Un mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Como los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto conocerán todos que son mis discípulos: si tienen amor los unos por los otros” (Juan 13:34, 35). Esas palabras de Cristo tuvieron tal impacto profundo en el apóstol Juan que él las convirtió en el mensaje de su vida: “Porque este es el mensaje que ustedes han oído desde el principio: que nos amemos los unos a los otros” (1 Juan 3:11).

Como creyentes en Cristo, tenemos una nueva capacidad que Dios nos ha dado para amar, “porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Romanos 5:5).

Nosotros también por lo tanto tenemos una nueva relación con la ley de Dios, porque el amor cumple perfectamente las exigencias morales de esta:

> “No deban a nadie nada salvo el amarse unos a otros, porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley. Porque los mandamientos —no cometerás adulterio, no cometerás homicidio, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento— se resumen en esta sentencia: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el amor es el cumplimiento de la ley” (Romanos 13:8-10).

“Toda la ley se ha resumido en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gálatas 5:14). “Pero sobre todas estas cosas, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto” (Colosenses 3:14).

En otras palabras, el que verdaderamente ama recibe los compromisos de la ley con gusto, no por sentirse obligado. Por ejemplo, no necesitamos letreros en nuestras casas que digan: “No golpees a tu esposa en la cara” o “No golpees a tus hijos con un martillo”. Los que genuinamente aman a sus prójimos no robarán, no matarán ni levantarán falso testimonio. La transgresión de esos mandamientos constituye un fracaso en las obligaciones del amor. El amor, así pues, es el tema principal de los preceptos morales de la ley de Dios (cf. Mateo 22:40). Santiago se refirió al segundo gran mandamiento (“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”) como “la ley real” (Santiago 2:8).

Cuando David escribió: “¡Cuánto amo tu ley!” (Salmo 119:97), no estaba

hablando del castigo de la ley o del hecho de que condena a los pecadores "porque la ley produce ira" (Romanos 4:15). Con seguridad no estaba elogiando a la ley como un medio de salvación para los pecadores, "porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición" (Gálatas 3:10). David estaba afirmando lo mismo que escribió el apóstol Pablo en Romanos 7:12: "De manera que la ley ciertamente es santa; y el mandamiento es santo, justo y bueno". David estaba escribiendo como creyente, como hombre perdonado, el cual ve la excelencia de la norma moral de la ley. ¡Por supuesto que él amaba la ley! Reduce la ley a su esencia estrictamente moral y verás que todo se refiere al amor. También es significativo que la ley fue perfectamente cumplida solo por Cristo, cuyo amor es tan perfecto como su justicia. En verdad, esas dos ideas (el amor perfecto y la justicia perfecta) están inextricablemente ligadas. Por lo tanto, inherente a todo amor genuino que refleje a Cristo está un amor por todo lo que nos enseña la ley. Eso es precisamente lo que David estaba expresando.

¿Qué más dice la Biblia acerca del amor que distingue a un verdadero discípulo? Fíjate que, sobre la base de lo que hemos dicho, el amor no es en absoluto lo que el mundo cree que es. No es simplemente una especie de tolerancia pasiva frente a toda idea y opinión. No es convalidar lo que sea políticamente correcto. No es un romance. No es un sentimiento que nos sucede. De hecho, no es un sentimiento en absoluto. Es *un compromiso para el bien de otros, y una disposición a sacrificarse por ellos*: "Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:13).

Además, Jesús dice: "que se amen los unos a los otros como yo los he amado". Eso pone el estándar del amor en un nivel extremadamente alto. El amor de Jesús es santo, desinteresado, sacrificado, gentil, incondicional, comprensivo y lleno de perdón. A menos que tu amor sea así, no habrás cumplido el nuevo mandamiento.

Y seamos francos, ninguno de nosotros verdaderamente lo ha cumplido. Somos pecadores, de modo que jamás alcanzaremos tal perfección hasta que seamos glorificados. No obstante, esa es precisamente la meta a la que nos debemos dirigir. Como dijo Pablo: "No quiero decir que ya lo haya alcanzado ni que haya llegado a la perfección, sino que prosigo a ver si alcanzo aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús" (Filipenses 3:12). Si los cristianos simplemente *buscáramos* el amor que refleja a Cristo con un mínimo de seriedad, con seguridad abrumaríamos el mundo.

Desgraciadamente, esa no es la forma en que funcionan las iglesias que dicen ser creyentes. Hay facciones, separaciones y grupos exclusivistas. Los que van a la iglesia chismean, murmuran, hablan demasiado y critican. La gente de afuera mira y no ve mucho amor. De modo que no hay forma de que esa gente sepa si aquellos que se llaman cristianos son verdaderos o no.

Una razón por la que las sectas pseudocristianas y las falsas doctrinas tienen tanta influencia hoy es que no muchos cristianos son discípulos totalmente dedicados, que traten por todos los medios de exhibir el amor de Cristo los unos a los otros. El afecto mundano, hostil al verdadero amor que refleja a Cristo, se ha infiltrado en la iglesia. Personas que dicen ser cristianas tienden a ser tan superficiales y engreídas como cualquiera que no conoce el amor de Dios. Hay mucha conversación hoy en día acerca del "amor", pero la iglesia visible está demasiado influenciada por nociones corruptas y mundanas de lo que es el verdadero amor. Nosotros no cultivamos ni ilustramos ese santo amor distintivo que refleja a Cristo, que Jesús mandó que caracterizara a sus discípulos.

La iglesia promedio está demasiado obsesionada con impresionar al mundo imitando estilos mundanos para ser distintivos, incluso cuando se trata de la calidad y el carácter de nuestro amor los unos por los otros. Con razón el testimonio de la iglesia ante el mundo es tan ineficaz. La persona promedio mira la amplia gama de "cristianismo" y todo lo que conlleva, y lo halla sumamente desconcertante. Aquellos que dicen ser cristianos parecen no tener marcas distintivas. Hasta el pagano más bíblicamente ignorante puede ver la hipocresía de cristianos cuyos valores son mundanos, egocéntricos y frívolos. Esa clase de hipocresía es la propia antítesis del amor auténtico, y el mundo entiende eso, aun si muchos en la iglesia no pueden verlo.

Anteriormente, en Juan 13, tal como ya lo hemos discutido en el capítulo 1 de nuestro estudio, Jesús enseñó a los discípulos a través del lavamiento de sus pies, que la clave para amar es la humildad. He aquí lo cerca que el amor está ligado a la humildad: si tu amor no es lo que debería de ser, es a causa del orgullo. Dios odia un corazón orgulloso. Aquellos cuyo corazón está totalmente entregado al orgullo no tienen la capacidad de amar en absoluto. Pero aun la gente regenerada lucha con los restos del pecaminoso orgullo, que es carnal y por lo tanto debe ser mortificado. Donde se le permita morar, será destructivo para el amor auténtico.

En Filipenses 2:3-4, Pablo dice: "No hagan nada por rivalidad ni por

vanagloria, sino estimen humildemente a los demás como superiores a ustedes mismos; no considerando cada cual solamente los intereses propios sino considerando cada uno también los intereses de los demás". Eso fue exactamente lo que hizo Jesús, y esa fue la manera de amar que él enseñó a sus discípulos.

¿Cómo podemos manifestar amor visible? Primero, podemos admitir si le hemos hecho algo malo a alguien. Si no estás dispuesto a ir a alguien a quien has tratado mal y corregir las cosas, tu compromiso con Cristo es cuestionable, y la iglesia sufrirá debido a que no estás dispuesto a amar. La mayor parte de la amargura dentro de la iglesia visible no tiene nada que ver con diferencias doctrinales. Se deriva, en cambio, de una fundamental falta de amor y de no estar dispuesto a aceptar la humildad que este exige.

Una segunda manera de mostrar amor es perdonando aquellos que nos han maltratado, ya sea que se nos pida o no perdón. No importa lo serio que pueda ser el maltrato que hayas sufrido: el amor exige que tú perdones. Cristo oró para perdonar a aquellos que se habían burlado de él, que lo habían escupido y luego crucificado (Lucas 23:34). Hizo esa oración mientras colgaba en la cruz, en la culminación de su tormento, mientras los soldados que lo clavaron todavía se estaban burlando de él (v. 36). Las maldades que generalmente sufrimos parecen insignificantes comparadas con las que él sufrió, y sin embargo, ¿qué tan dispuestos estamos a seguir su ejemplo y perdonar inmediatamente?

La Escritura es clara y rígida en el principio del perdón incondicional. 1 Corintios 6:1 dice: "¿Cómo se atreve alguno de ustedes, teniendo un asunto contra otro, a ir a juicio delante de los injustos y no, más bien, delante de los santos?". (¡Algunos de los corintios, al parecer, estaban entablando demandas contra otros creyentes en las cortes seculares!). El versículo 7 dice: "Sin lugar a duda, ya es un fracaso total para ustedes el que tengan pleitos entre ustedes. ¿Por qué no sufrir más bien la injusticia? ¿Por qué no ser más bien defraudados?". Ningún versículo en toda la Escritura es más práctico y exigente que ese.

¿Quieres realmente mantener un testimonio de amor en este mundo? Entonces acepta lo que venga, alaba al Señor y deja que su amor fluya a través de ti hacia quien te maltrató. Esa clase de amor confundiría a este mundo.

El verdadero amor es costoso, y el que verdaderamente ama tendrá que sacrificarse. Pero mientras tú te sacrificas en este mundo, estás ganando inconmensurablemente en la esfera espiritual. Y estarás mostrando la marca más visible, práctica y obvia de un verdadero discípulo.

UNA INQUEBRANTABLE LEALTAD AL HIJO DE DIOS

Un tercer rasgo del cristiano comprometido es la lealtad, que está más implicada que expresada en el contexto de Juan 13. Sin embargo, la lealtad está incluida con una maravillosa ilustración de la experiencia de Pedro. A menudo tambaleaba y pasaba vergüenza, y una de sus fallas más monumentales ocurrió en esta misma noche. Pero al final demostró ser un verdadero discípulo. De él aprendemos una cantidad de principios intensamente prácticos acerca de la verdadera devoción e inquebrantable lealtad a Cristo.

Una clara lección es que el discipulado exige más que una lealtad *prometida*. Debemos ir más allá de hacer votos a Dios (lo cual tendemos hacer con mucha palabrería). El discipulado exige una lealtad practicada, es decir, una lealtad operativa, rendidora y persistente que soporte toda clase de presión. La lealtad que se descarrila con facilidad no es lealtad en absoluto. Eso se llama inconstancia.

Toda esta conversación acerca de la partida de Jesús debió haberle molestado profundamente a Pedro, quien no podía soportar la idea de que Jesús se iba a ir. Mateo 16:22 muestra vivamente la intensidad con que Pedro detestaba la idea de la inminente muerte de Jesús. Jesús había dicho con anticipación acerca de su crucifixión y resurrección, y Pedro, siempre el autoproclamado vocero de sus discípulos, tomó a un lado a Jesús "y comenzó a reprenderlo diciendo: 'Señor, ten compasión de ti mismo. ¡Jamás te suceda esto!' ". Esta fue una actitud terca y egoísta por parte de Pedro, que no quería que le quitaran a Jesús bajo ninguna condición. Jesús "volviéndose, le dijo a Pedro: —¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres" (v. 23).

Jesús era completamente consciente de la actitud de Pedro, y esa noche a la hora de la cena, aprovechó la oportunidad para enseñarle una lección acerca de la verdadera lealtad. Cuando dijo: "A donde yo voy ustedes no pueden ir" (Juan 13:33), era predecible que Pedro fuera a hablar. Esta vez él fue un tanto más cauteloso. Por lo menos empezó de esa manera:

“Simón Pedro le dijo:

—Señor, ¿a dónde vas? Le respondió Jesús:

—A donde yo voy no me puedes seguir ahora, pero me seguirás más tarde. Le dijo Pedro:

—Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? ¡Mi vida pondré por ti! Jesús le respondió:

—¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces”

(Juan 13:36-38).

El corazón de Pedro estaba ardiendo de amor por Jesús. Pero si bien su amor por él era de admirar, su jactancia era ridícula. Rehusarse a aceptar las palabras de Jesús era una expresión de terco orgullo. En esencia, estaba diciendo: “Si todo lo que vas a hacer es morir, estaré feliz de morir contigo”. Pero Pedro estaba hablando precipitadamente. Tal vez lo dijo para beneficio de los otros discípulos. Quizás creyó que podía despertar valentía en todos ellos. Pero lo estaba diciendo en la carne. Lo que es peor, su mensaje a Jesús era: “Yo sé más que tú”.

Puedes imaginarte la sorpresa que fue para Pedro cuando Jesús predijo que él lo iba a negar esa misma noche. De hecho, a través del resto del diálogo, Pedro —inusitadamente— nunca dijo una palabra más.

No obstante, Mateo 26:31 informa que posteriormente, esa misma noche, camino a Getsemaní, Jesús dijo a los discípulos: “Todos ustedes se escandalizarán de mí esta noche, porque está escrito: Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas”.

Pedro repitió su fanfarronada otra vez: “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (v. 33).

“Jesús le dijo: ‘De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, tú me negarás tres veces’ “ (v. 34).

Pedro, aún con una mentalidad discutidora, “le dijo: ‘Aunque me sea necesario morir contigo, jamás te negaré’ “ (v. 35). Esta vez, “todos los discípulos dijeron lo mismo” (v. 35).

Pero durante un lapso de una hora, con sus vidas corriendo verdaderamente gran riesgo, “Todos los discípulos le abandonaron y huyeron” (v. 56). Había una gran brecha entre lo que prometieron y lo que practicaron cuando su lealtad verdaderamente fue puesta a prueba. Pedro, quien con tanto ruido se jactó de que iba a estar junto con el Señor pasara lo que pasara, fracasó rotundamente. En lugar de dar su vida por Jesús, trató de salvarla negándolo.

Y no lo hizo en silencio o por implicación, sino en voz alta, maldiciendo ante muchos testigos.

Cuatro cosas hicieron que Pedro fallase la prueba de la lealtad.

Se jactó demasiado

Primero, Pedro era demasiado orgulloso para escuchar lo que Jesús estaba tratando de decirle y estaba demasiado ocupado jactándose. Lucas 22:31-32 registra la amonestación de Jesús para Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás me ha pedido para zarandearte como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falle. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”. Implicada en esa advertencia está la profecía de que Pedro *iba* a fallar. También se entendía el hecho de que después se arrepentiría de su falla.

Pero Pedro se perdió del punto principal. “Señor, estoy listo para ir contigo aun a la cárcel y a la muerte” (v. 33). 1 Reyes 20:11 incluye este sabio refrán hebreo: “No se jacte tanto el que se ciñe como el que se desciñe”. Pedro estaba jactándose en la carne, pero no estaba en condiciones de jactarse de nada.

Oró muy poco

Pedro también fracasó porque sus momentos de oración no eran tantos como debieran haber sido. Primero, estaba jactándose cuando debió haber estado escuchando, y posteriormente, en esa noche, se durmió cuando debió haber estado orando. Dormir es algo bueno, pero no es sustituto de la oración. Mientras Jesús estaba orando en agonía en Getsemaní, Pedro y los otros discípulos se quedaron dormidos. Lucas 22:40, 45 y 46 registra esta escena en el huerto: “Cuando [Jesús] llegó al lugar, les dijo: ‘Oren que no entren en tentación’... [Pero después], cuando se levantó de orar y volvió a sus discípulos, los halló dormidos por causa de la tristeza. Y les dijo: ‘¿Por qué duermen? Levántense y oren para que no entren en tentación’ “.

Esa reprensión debió haber causado un gran impacto en Pedro, porque muchos años después escribió: “Sean, pues, prudentes y sobrios en la oración” (1 Pedro 4:7). La expresión griega que se traduce “sean... sobrios” significa “velar; estar alerta”. Eso no es una especie de razonamiento teológico abstracto; Pedro está hablando de su propia vida.

Actuó demasiado rápido

Otra razón por la que Pedro falló la prueba de la lealtad fue su carácter impetuoso. Actuar sin pensar era un perenne problema en la vida de Pedro. Cuando un grupo de oficiales de los sacerdotes y fariseos llegaron al huerto para llevarse a Jesús, Pedro agarró una espada y cortó la oreja del esclavo del sumo sacerdote (Lucas 22:50); este no fue un golpe con precisión quirúrgica, Pedro sin duda quería partirle la cabeza al hombre, pero falló. Su intención no era noble. Este fue un acto de egoísmo —o quizás temor u orgullo— pero no de lealtad. Jesús le reprendió por su acción y sanó la oreja del hombre.

La voluntad de Dios no siempre es fácil de aceptar, pero aquellos que son verdaderamente leales serán sensibles para discernirla. Pedro quizás pensó que estaba ayudando a la causa de Dios, pero estaba totalmente ajeno a todo lo que él estaba haciendo en los sufrimientos y la muerte de Jesús, y sus impetuosas acciones en realidad estaban estorbando a Dios y conduciendo a su propio fracaso.

Siguió desde muy lejos

Una última razón de la gran falla de Pedro es que dejó de estar junto a Jesús y empezó a seguirlo a la distancia. Lucas 22:54 dice: “Lo prendieron, lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del sumo sacerdote. Y Pedro lo seguía de lejos”. Es bueno ver que estaba siguiendo a Jesús. Estaba solo haciendo eso. “Entonces todos los suyos lo abandonaron y huyeron” (Marcos 14:50). Pero Pedro no estaba haciendo lo que había prometido. No estaba cumpliendo con su alarde. Y mientras mantenía distancia para evitar ser descubierto, el desastre lo aguardaba adelante.

Aquí tenemos la consecuencia lógica de todas las debilidades de Pedro: *cobardía*. Él se había jactado tontamente de su disposición a morir; ahora, cuando tenía esa oportunidad, Pedro, por primera vez, se distanció de su justo lugar cerca de Jesús.

“Cuando encendieron fuego en medio del patio y se sentaron alrededor, Pedro también se sentó entre ellos” (Lucas 22:55). De pronto estaba sentado en la silla de los escarnecedores. El versículo 56 dice que una criada lo reconoció como un seguidor de Jesús y lo señaló. Pedro, quien se había jactado enérgicamente por su lealtad, ahora empezó a negar aún con más fuerza que él había conocido a Jesús.

Ahí estaba él, manteniendo su distancia pero a la vista del Señor, negándolo, incluso maldiciendo y jurando que nunca había conocido a Jesús

(Mateo 26:72). Cuando cantó el gallo, Jesús volteó y miró a Pedro (Lucas 22:61), y este recordó. Estaba tan avergonzado que lo único que pudo hacer fue salir corriendo y llorar amargamente (v. 62).

¿Y tu lealtad? ¿Qué promesas le has hecho a Jesús? ¿Que lo ibas a amar? ¿Que le ibas a servir? ¿Que le serías fiel, que siempre lo afirmarías, que dejarías el pecado, que vivirías o morirías por él, que testificarías a tu vecino?

¿Cómo te ha ido? ¿Te jactaste demasiado? ¿Oraste muy poco? ¿Actuaste demasiado rápido? ¿Lo seguiste desde muy lejos? ¿Todo lo anterior?

No fue demasiado tarde para Pedro ni es demasiado tarde para ti. Pedro finalmente pasó la prueba de la lealtad. Al final, él sí predicó, sufrió y murió por su Señor, tal como lo había prometido. Demostró ser un discípulo genuino. La primera parte de su historia tal vez sea triste, pero comenzando con el libro de Hechos empezamos a ver a un Pedro diferente.

Quizás esto es lo más significativo que aprendemos de Pedro: Dios puede cambiar una vida cuando esta ha sido finalmente humillada, escarmentada y está verdaderamente entregada a él. ¿Qué clase de cristiano eres? ¿Eres todo lo que le prometiste a Jesucristo que serías cuando creíste por primera vez? ¿Cómo te está yendo en la obra de cumplir las promesas que hiciste más recientemente? ¿Hay marcas visibles y distintivas que demuestran que eres un creyente profundamente comprometido?

Tal vez no tengas los rasgos de un cristiano comprometido, pero Dios perdonará tu falla. Su gracia también puede transformarte hasta convertirte en un verdadero discípulo si confías en él y te entrega en vez de confiar en tu propia carne. La vida de fe es contraria a nuestros instintos naturales, y puede ser costosa, pero es la única clase de vida que realmente cuenta para la eternidad.

---

1 Henry Martyn, *Journal and Letters of Henry Martyn* (Nueva York: Protestant Episcopal Society for the Promotion of Evangelical Knowledge, 1851), 179.

2 Ibíd., 312.

3 Ibíd., 330.

4 Ibíd., 340.

5 John Sargent, *Memoir of the Rev. Henry Martyn, B. D.* (Londres: Hatchard, 1819), 438-39 (énfasis añadido).

6 Ibíd., 439.

7 Martyn, *Journal and Letters*, 305.

Cuatro

LA SOLUCIÓN PARA EL CORAZÓN ATRIBULADO

Las horas de aquella noche, antes de que el Señor fuera traicionado, abusado, torturado y finalmente crucificado, fueron oscuras. El mundo de los once discípulos se iba a derrumbar y convertir en un increíble caos. Jesús, por quien lo habían dejado todo, se estaba yendo. Su amado Maestro, a quien amaban más que la propia vida, aquel por quien habían estado dispuestos a morir, se iba a alejar. Su sol se iba a poner al mediodía y todo su mundo se iba a derrumbar alrededor de ellos. De hecho, los dolores ya habían empezado. Las ramificaciones de las solemnes palabras que Jesús les dio a los discípulos ahí en el aposento alto debieron haber hecho tambalear sus mentes. Al llegar a Juan 14 ellos estaban indudablemente desconcertados, perplejos, confundidos y llenos de ansiedad. Prácticamente cada palabra que Jesús les dice a sus discípulos desde aquí hasta el final de Juan 16 infunde la misma promesa: "Y si voy y les preparo lugar, vendré otra vez y los tomaré conmigo para que donde yo esté ustedes también estén" (Juan 14:3).

Aunque estaban parados junto al precipicio de la noche más oscura en la historia del mundo, Jesús quería que ellos tuvieran paz. De hecho, todo el largo discurso culmina al final de Juan 16 con esto: "Les he hablado de estas cosas para que en mí tengan paz. En el mundo tendrán aflicción, pero ¡tengan valor; yo he vencido al mundo!" (Juan 16:33). Él habla de su triunfo como un hecho ya logrado. Sí, se estaba yendo; estaba, en realidad, preparándose para morir. Pero esto no era una razón para desanimarse. La conquista ya era segura. Mientras tanto, ellos no debían sentirse abandonados; él se iba por una buena razón, y al final todas las cosas, incluyendo esta —*especialmente* esta— obrarían para su eterno bien y su eterna gloria.

Si alguna vez has perdido a un ser querido, sabes cuán dolorosa es la separación. Apenas se podría imaginar cómo sería perder a Aquel que era perfecto, cuya comunión era tan pura, cuya sabiduría era tan digna de confianza, cuyo toque podía sanar cualquier enfermedad, cuya fortaleza era tan confiable, cuyo amor era tan perfecto. Debió de haber sido una amarga y abrumadora sensación de profunda pérdida.

Y encima, la predicción de que hasta Pedro iba a negar a su Maestro debió haber sido como una daga en el corazón.

El capítulo 14 empieza donde nos dejaron las palabras de Jesús acerca de la falla de Pedro. La división del capítulo hace una interrupción artificial en un lugar donde muy probablemente no hubo una pausa en el discurso de Jesús. Mientras predice la traición de Pedro, Jesús anticipa y siente el aumento de la tristeza en el corazón ya roto de los apóstoles. Ahora él les da consuelo una y otra vez.

Conforme leemos las palabras de Jesús en los primeros seis versículos, podemos ver claramente cuánto se preocupaba de los discípulos. Estaba a punto de ser clavado a una cruz y sabía muy bien que pronto iba a pasar por un increíble diluvio de aflicciones. Iba a ser escupido y burlado por hombres perversos. Iba a cargar con los pecados del mundo. Iba a ser maldecido con la ira de Dios por los pecados de otros. Iba a sentir como si su Padre lo hubiera abandonado completamente. Cualquier otro hombre en esa situación hubiera estado en tal estado de incontrolable agitación que nunca hubiera podido enfocar su atención en las necesidades de otros. Pero Jesús era diferente.

Martín Lutero llamó este pasaje “el mejor y más reconfortante sermón que predicó Cristo cuando estaba en la tierra... una joya y tesoro que no se puede comprar con los bienes del mundo”[1]. Estos versículos se convierten en el fundamento del consuelo, no solo para esos once discípulos sino también para ti y para mí, y para todos los que alguna vez buscaron refugio en Cristo. Si en algún momento llegas al punto de tu vida en el que piensas que se te han acabado las salidas y no hay más lugares donde puedas descansar, encontrarás una almohada suave y aterciopelada en la Palabra de Dios:

> “No se turbe el corazón de ustedes. Creen en Dios; crean también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay. De otra manera, se los hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para ustedes. Y si voy y les preparo lugar, vendré otra vez y los tomaré conmigo para que donde yo esté ustedes también estén. Y saben a dónde voy, y saben el camino.
>
> Le dijo Tomás:

—Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino?

Jesús le dijo:

—Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (Juan 14:1-6).

JESÚS EL VERDADERO CONSOLADOR

Aquí está Jesucristo, totalmente divino pero sin embargo totalmente humano, anticipando un derramamiento de angustia que literalmente sería la experiencia más horrible que un hombre iba a soportar. No obstante, a estas alturas, Jesús estaba completamente despreocupado por su propia experiencia pero totalmente absorbido por las necesidades de sus once amigos. Por supuesto, sabía que estaba a punto de saborear la amarga copa de la ira de Dios para salvar a los pecadores. No solo iba a sufrir una muerte terrible en forma agonizante y humillante; también iba a cargar un mundo de pecados y pagar el espantoso precio por otros. Sin embargo su principal preocupación en este momento crucial está en la tristeza y los temores de sus discípulos. "Como había amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el fin" (Juan 13:1).

Si hay un singular mensaje central en Juan 14:1-6, es que la base del consuelo es una fe simple y confiada como la de un niño. Si estás descontento, preocupado, ansioso, desconcertado, perplejo, confundido, agitado, o de otro modo en necesidad de consuelo, la respuesta a tu dilema se halla poniendo tu confianza en Cristo y centrando todos tus pensamientos y esperanzas en él. Si realmente confías en él, ¿por qué tienes que preocuparte? La razón por la que los discípulos estaban tan agitados era porque, en ese momento, estaban centrados en su propia sensación de pérdida, ahogándose en un mar de tristeza. Necesitaban un recordatorio para aferrar su fe en Jesús; él los iba a mantener a flote y cuidar de ellos. De modo que en estos versículos Jesús les recuerda la importancia de confiar en él.

En el texto griego, el mandato "no se turbe el corazón de ustedes" emplea un verbo que significa acción continua. Podría traducirse: "Dejen de permitir que se turben sus corazones". Los discípulos ya estaban turbados, y Jesús lo sabía. De hecho, probablemente estaban en un estado de conmoción y terror. Estaban totalmente convencidos de que era el Mesías prometido, pero el único concepto real que tenían del Mesías era el de un ilustre conquistador, una especie de superhéroe, un gobernante soberano. Sus esperanzas se habían elevado aún más solo una semana antes, cuando Jesús había llegado a

Jerusalén montado en un asno y todos habían lanzado al suelo ramos y lo habían adorado.

Pero aun en medio de ello, Jesús había empezado a hablar de su muerte (Juan 12:23-33). ¿Cómo podían los discípulos reconciliar eso con su creencia de que él era el Mesías? ¿Y qué de ellos? ¿Qué manera era esta de tratarlos? Ellos lo habían dejado todo y lo habían seguido, y ahora Jesús los iba a abandonar. No solo eso, sino que también iba a dejarlos en medio de enemigos que lo odiaban a él y a todos ellos. Nada parecía encajar. ¿Para qué servía un Mesías que iba a morir? ¿Por qué elevaría sus esperanzas y luego los dejaría para que todos los hombres los odiasen? ¿Y de dónde iban a venir sus recursos?

Además, el Señor mismo había informado a los apóstoles que uno de los de su grupo iba a ser un instrumento de traición. Si Pedro, que era en apariencia el más fuerte de todos ellos, lo iba a negar tres veces esa misma noche, ¿dónde quedaba todo el resto? Todo parecía estar derribándose de la peor manera.

Sin embargo, a pesar de que los once estaban tambaleando, su amor por Jesús no disminuyó. Quizás en medio de su temor estaban esperando ansiosamente que él hiciera algo para dar marcha atrás a lo que debió haberles parecido como una situación imposible.

Jesús, que podía leer sus corazones como un panel de anuncios, sabía exactamente lo que estaban pensando. Estaba conmovido por los sentimientos de sus dolores y, en cierta forma, compartió sus tristezas y heridas (cf. Hebreos 4:15). Ellos no podían sentir su dolor, pero Jesús sí podía sentir el de ellos.

Tal como lo había profetizado Isaías, “En toda la angustia de ellos, él fue angustiado” (Isaías 63:9), “El... SEÑOR... [le] ha ungido... para anunciar buenas nuevas a los pobres... para vendar a los quebrantados de corazón, para proclamar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel. para consolar a todos los que están de duelo” (61:1, 2). Él en verdad sabía “responder palabra al cansado” (50:4).

Es interesante: todo el tiempo que Jesús los estuvo consolando, él sabía que sus discípulos iban a dispersarse y abandonarlo esa misma noche. Aquí estaba el agonizante pastor enfrentando la cruz, pero consolando a las ovejas que estaban a punto de ser dispersadas y abandonadas: “No se turbe el

corazón de ustedes”.

PODEMOS CONFIAR EN SU PRESENCIA

Lo que nuestro Señor está realmente diciendo en Juan 14:1 es: “Tú puedes confiar en mi presencia”. Jesús se pone al mismo nivel de Dios: “Creen en Dios; crean también en mí”. En griego, esa expresión puede ser imperativa o indicativa; ambas formas son la misma palabra. En otras palabras, él podría estar dando este mandato: “Crean en Dios y también en mí” (imperativo); o podría leerse como una declaración de un hecho: “Ustedes creen en Dios, y creen en mí” (indicativo).

La declaración en realidad tiene más sentido en este contexto si leemos la primera mitad como indicativo y la segunda como imperativo. Para parafrasear: “Ustedes creen en Dios aunque no pueden verlo”. *Eso es indicativo*. “Ahora crean en mí”. *Eso es imperativo*. “Sigan creyendo. Su fe en mí no debe disminuir solo porque no me van a ver. Yo todavía estaré presente con ustedes”. Él los está animando a mantener la fe, porque aunque los iba a dejar físicamente, su presencia iba a estar con ellos espiritualmente. Él iba a regresar al Padre, pero no los iba a abandonar. Todavía tendrían acceso a él, así como siempre habían tenido acceso a Dios.

Deuteronomio 31:6 dice: “¡Esfuércense y sean valientes! No tengan temor ni se aterroricen de ellos, porque el SEÑOR tu Dios va contigo. Él no te abandonará ni te desamparará”. Tal fe en la omnipresencia de Yahveh era un principio básico e implícito de la religión judía. La historia de los judíos era prueba de su eterno cuidado y protección. El concepto de confiar en un Dios que no podía verse no era nada nuevo para los discípulos. Al ponerse al mismo nivel de Dios, Jesús estaba exhortándolos a que confiaran en él aun cuando no estuviera presente físicamente.

La gente a menudo ha malinterpretado Juan 14:1 como un llamado a la fe que salva. Pero Jesús no estaba diciendo que los once necesitaban aprender a creer en él para ser salvos, pues ya lo hacían, y él ya les había asegurado su salvación (Juan 13:10; 15:3). Juan 14:1 usa una forma verbal lineal, queriendo decir: “Sigan confiando en mí, aunque ya no voy a estar físicamente presente con ustedes. Sigan confiando en mí así como están confiando en Dios”.

Ellos necesitaban aprender a confiar cuando no podían ver, para “andar por

fe, no por vista" (2 Corintios 5:7). Todos ellos luchaban con eso, pero nadie más que Tomás. Tú conoces su historia: después de la resurrección, se enteró de que Cristo estaba vivo y que se le había aparecido a otros. La respuesta de Tomás fue: "Si yo no veo en sus manos la marca de los clavos, y si no meto mi dedo en la marca de los clavos y si no meto mi mano en su costado, no creeré jamás" (Juan 20:25). Posteriormente, esas fueron las condiciones exactas en las que Cristo se encontró con Tomás. Y cuando Tomás finalmente vio por sí mismo, creyó. Los otros discípulos no eran muy diferentes. Ellos creyeron lo que vieron, y nada más. Ese es el nivel más bajo de fe.

Después de mostrarle a Tomás las marcas de los clavos en sus manos, el Señor dijo: "¿Porque me has visto, has creído? ¡Bien-aventurados los que no ven y creen!" (v. 29). Lo que estaba tratando de comunicar era que su presencia visible no era tan importante como comprender su presencia espiritual. Él está ahí —obrando por nosotros, intercediendo por nosotros, cuidando de nosotros, consolándonos con su presencia— aun cuando no podemos verlo. Ese tema influyó todo lo que les había enseñado: "He aquí, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20); "Nunca te abandonaré ni jamás te desampararé" (Hebreos 13:5).

Pedro claramente llegó a entender esta verdad después de la ascensión de Cristo. Años después, escribió en 1 Pedro 1:8, ha-blando de Cristo: "A él lo aman sin haberlo visto. En él creen y, aunque no lo vean ahora, creyendo en él se alegran con gozo inefable y glorioso". Yo nunca he visto a Jesucristo, pero no hay nadie que exista en quien yo crea más. Él está vivo; él es real; yo lo conozco; yo siento su presencia. El Espíritu de Dios y la Palabra de Dios testifican continuamente en mi corazón acerca de estas verdades.

Todos vivimos con conflictos, decepción y dolor. La mayoría de nosotros experimentará momentos de profunda tragedia y severas pruebas, pero él está con nosotros. Independientemente de tu problema, de la dificultad en que te encuentres, de la ansiedad o perplejidad con la que luches, solo recuerda que el Señor mismo está allí. Cada uno de nosotros puede "[echar] sobre él toda su ansiedad porque él tiene cuidado de [nosotros]" (1 Pedro 5:7). En cierta forma, es mejor que si estuviera presente, porque no tiene las limitaciones de un cuerpo físico; puede estar dondequiera que lo necesitemos. Mientras estaba aquí en la tierra, solo podía estar en un lugar a la vez. Ahora está disponible a todos los creyentes en todas partes.

PODEMOS CONFIAR EN SUS PROMESAS

Además de la reafirmación de su constante presencia, Cristo dio a los discípulos algunas promesas maravillosas. “En la casa de mi Padre muchas moradas hay. De otra manera, se los hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para ustedes” (Juan 14:2). La mayoría de traducciones enfatiza esta parte de la declaración: “Si no fuera así, se los *hubiera* dicho”. Esa frase está llena de significado. Jesús estaba reafirmando que su muerte no iba a descarrilar su esperanza de pasar la eternidad con él. Si hubiera habido tal cambio de planes, lo hubiera dicho. Él no estaba ahí para engañarlos, y no iba a permitir que ellos fueran engañados.

Los discípulos de hecho tenían algunas suposiciones y conceptos erróneos que necesitaban corregirse. Ellos siempre habían creído, por ejemplo, que el Mesías sería un monarca conquistador, y Jesús les enseñó que él debía ser primero un siervo sufrido. Su esperanza de pasar la eternidad en el cielo con él, sin embargo, no era un concepto erróneo que necesitaba corregirse. De hecho, él ahora simplemente quería reafirmarles que su expectativa de pasar la eternidad en su reino no era una esperanza vana, y que su inminente muerte y partida no iba a cambiar eso.

Su partida sería solo para preparar al cielo para ellos: “Voy, pues, a preparar lugar para ustedes”. ¿Puedes imaginar cómo los debió haber consolado darse cuenta por primera vez *por qué* se estaba yendo? Jesús no se estaba yendo porque se había descarrilado el plan mesiánico. La muerte no se lo iba a tragar y eliminar. Tampoco se iba para alejarse de ellos. ¡Él iba a preparar las cosas para ellos!

Es importante notar que Jesús se refiere al cielo como “la casa de mi Padre”. El nombre favorito de Jesús para Dios era “mi Padre”. Jesús, que siempre había vivido en el seno del Padre, vino para revelarlo y revelarnos lo que este había sido durante toda la eternidad. Ahora él sería glorificado por la muerte, e iba a regresar a la gloria plena con el Padre otra vez en su casa.

En el Nuevo Testamento, al cielo a menudo se le llama nación (enfatizando su inmensidad), ciudad (debido al gran número de sus habitantes), reino (debido a su estructura y orden) y paraíso (debido a su belleza). Pero mi expresión favorita acerca del cielo es “la casa de mi Padre”. Yo recuerdo que, cuando era niño, si iba a visitar a mis familiares, o de campamento, o me iba lejos de casa por algún motivo, tenía una indescriptible sensación de

bienestar cuando regresaba a la casa de mi padre. Aun después de haber crecido y de ir a la universidad, era maravilloso tener la oportunidad de volver a mi casa. Ahí yo era bienvenido. Era aceptado. Era libre para ser yo mismo. Podía entrar, quitarme el saco, mis zapatos, desplomarme en un sillón y relajarme. Era tanto mi casa como la de mi padre.

El cielo es así. Ir al cielo no será como irse a un palacio gigantesco y desconocido. Estaremos yendo a casa. Es la casa de nuestro Padre, pero nosotros seremos residentes permanentes allí, no invitados. Es un hogar, no un lugar donde estaremos incómodos. Es un hogar como un hogar jamás ha sido.

Alguna otra versión en español dice: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones", lo cual durante años ha dado a mucha gente una idea equivocada. Algunas de nuestras canciones acerca del cielo reflejan el concepto erróneo de que está lleno de grandes caserones. ("Él nos prometió bella mansión"; "Oí que allá en la gloria hay mansiones de victoria"; "¿Estás listo para la mansión de luz?"). Algunos parecen creer que cuando lleguen al cielo serán recibidos por un agente inmobiliario celestial, que les dará pequeños mapas con instrucciones sobre cómo llegar a la hacienda correcta. Y Pedro estará ahí con un carrito de golf para llevarlos al lote señalado.

Pero "habitaciones" es una traducción más precisa que "mansiones". En la cultura de Jesús, cuando un hijo se casaba, rara vez dejaba la casa de su padre, quien simplemente añadía una sección a la estructura existente. Si el padre tenía más de un hijo, añadía una nueva sección a la casa para la nueva familia de cada hijo. Las nuevas secciones rodeaban un patio central, y las diferentes familias vivían a su alrededor. Esa es la clase de arreglo que Juan 14:2 está indicando. Jesús no estaba hablando de apartamentos o mansiones en la cima de una montaña sino de una sola casa gloriosa con suficientes moradas para abarcar la familia completa de Dios. Moraremos *con* Dios, no a unas cuadras de él. Tendremos el mismo patio. Y habrá suficiente espacio para todos. No habrá sobrepoblación, nadie será alejado, no habrá letreros que digan "No hay cupo".

Apocalipsis 21:16 dice: "La ciudad está dispuesta en forma cuadrangular. Su largo es igual a su ancho. Él midió la ciudad con la caña, y tenía dos mil doscientos kilómetros. El largo, el ancho y el alto son iguales". El cielo, preparado singularmente para que lo habiten los redimidos en cuerpos glorificados, estará dispuesto como un cubo. Dos mil doscientos kilómetros

de lado constituyen un área que cubriría casi la mitad de los Estados Unidos de Norteamérica. (Para dar un punto de referencia, el área metropolitana de Londres es novecientos setenta y siete kilómetros cuadrados). Si el primer piso del cielo estuviera poblado con la misma proporción de Londres, podría albergar cien mil millones de personas con bastante espacio de sobra. Eso es mucho más que la población actual de nuestro mundo. Dos mil doscientos kilómetros al cubo es un volumen más grande de lo que cualquiera de nosotros puede concebir.

El cielo es inmenso, pero la comunión en el cielo es íntima. En Apocalipsis 21:2-3, Juan informa: “Y yo vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén que descendía del cielo de parte de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. Oí una gran voz que procedía del trono diciendo: ‘He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios’ “. Él está allí, con su pueblo, morando con ellos en comunión ininterrumpida y sin obstáculos.

Juan prosigue. “Y saben a dónde voy, y saben el camino” (v. 4). El Padre se encarga de todas las heridas y las necesidades de los hijos en su casa. No hay sensación de necesidad, no se quiere nada, y no hay emociones negativas.

Yo ya me siento ligado al cielo. Mi Padre está allí; mi Salvador está allí; mi casa está allí; mi nombre está allí; mi vida está allí; mis afectos están allí; mi corazón está allí; mi herencia está allí y mi ciudadanía está allí.

El cielo será un lugar indescriptible, hermoso y glorioso. Imagínate cómo será: Jesucristo, quien creó todo el espléndido universo en una semana, ha estado obrando por dos milenios preparando el cielo para que sea la morada de su pueblo. El apóstol Juan lo describe:

> “El material del muro era jaspe, y la ciudad era de oro puro semejante al vidrio limpio. Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de ágata, el cuarto de esmeralda, el quinto de ónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Las doce puertas eran doce perlas; cada puerta fue hecha de una sola perla. La plaza era de oro puro como vidrio transparente. No vi en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero, es el templo de ella” (Apocalipsis 21:18-22).

Juan prosigue a escribir cómo la gloria de Dios iluminará la ciudad. Imagínate la luz más pura y brillante destellando entre las espléndidas joyas

en los muros. Sus puertas nunca están cerradas (v. 25), sin embargo nada que corrompa puede entrar por ellas. ¡Qué ciudad! El oro transparente, los muros de diamante y la luz de la gloria del Cordero formarán un espectáculo de belleza deslumbrante. Y el Señor Jesús está preparándola especialmente para los suyos.

"De otra manera, se los hubiera dicho" (Juan 14:2). Jesús está diciendo: "¡Confía en mis promesas! Yo siempre te he dicho la verdad". Él continúa: "Y si voy y les preparo lugar, vendré otra vez y los tomaré conmigo para que donde yo esté ustedes también estén" (v. 3). ¡Qué tranquilizadoras debieron haber sido estas palabras para los asustados discípulos esa noche oscura! Con la misma certeza de que Jesús se estaba yendo, él regresaría otra vez, para recibirlos en persona en el lugar que les iba a preparar.

Nosotros podemos tener plena confianza en que Jesús va a regresar, aunque no sabemos cuándo. En Juan 17:24, él ora: "Padre, quiero que donde yo esté, también estén conmigo aquellos que me has dado para que vean mi gloria que me has dado". Nuestro Señor quiere que estemos con él así como nosotros queremos estar con él.

La verdad de la segunda venida de Jesús está en los labios de los cristianos de todas partes del mundo. Pero hoy parece haber una mayor conciencia, una anticipación más profunda de que Jesús podría venir muy pronto. De hecho, podría venir hoy mismo. Pero aun si no es así, sabemos que él *regresará* algún día: "No puede negarse a sí mismo" (2 Timoteo 2:13).

PODEMOS CONFIAR EN SU PERSONA

Los discípulos debieron haberse sentido completamente desconcertados cuando Jesús, hablando de su partida, agregó: "Y saben a dónde voy, y saben el camino" (Juan 14:4). Hasta este momento se habían resistido completamente a toda idea de su partida. Ahora no estaban seguros de nada. Tomás probablemente hablaba por el resto: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino?" (v. 5).

Tomás estaba diciendo: "Nuestro conocimiento se acaba con la muerte. ¿Cómo podemos ir al Padre a menos que muramos? Tú vas a morir y luego te vas a algún lugar, pero nosotros no sabemos qué sucede después de la muerte. No tenemos mapas de cómo llegar al Padre una vez que morimos". Era una buena pregunta.

La respuesta de Jesús es profunda y es uno de los textos más conocidos de la Escritura: “Jesús le dijo: ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí’ “ (v. 6). El mensaje fue en parte: “Ustedes no necesitan saber cómo llegar allí; yo voy a venir para llevármelos”. Esto era una reafirmación de todo lo que les había prometido.

Es una promesa hermosa. ¿Alguna vez has estado manejando en una ciudad desconocida y te has detenido para preguntar por el camino? Si tu experiencia es como la mía, probablemente alguien te dio indicaciones complejas que no podías entender. Mucho mejor hubiera sido que esa persona hubiera dicho: “Sígueme; yo te llevaré allí”. En esencia, eso es lo que hace Jesús aquí. Él no solo da las indicaciones de cómo llegar a la casa del Padre: él promete que nos va a llevar allí. Por eso, la muerte para el cristiano es una experiencia muy gloriosa. Ya sea que muramos o que Jesús literalmente regrese para llevarnos con él, sabemos que podemos confiar en que él nos llevará a la casa del Padre.

Augustus Toplady, quien escribió “Roca de la eternidad”, murió de tuberculosis en Londres a la edad de treinta y ocho años. Sabiendo que se estaba muriendo, compartió con un amigo este “reconocimiento agonizante”:

> “Mi querido amigo, esas verdades grandes y gloriosas, que el Señor en su abundante misericordia me ha dado para creer [no son] doctrinas secas o puntos meramente especulativos. No, sino que, al ser traídos a la experiencia práctica y sincera, son el propio gozo y apoyo de mi alma; y las consolaciones que fluyen de ellas me llevan mucho más allá de las cosas del tiempo y los sentidos”[2].

Agregó además: “La enfermedad no es una aflicción, una maldición; la muerte misma no es una disolución... Ay, si tuviera alas como una paloma, entonces me escaparía hacia las esferas de la dicha, ¡y estaría descansando para siempre! Ay, si algún ángel pudiera ser comisionado, puesto que anhelo estar ausente de este cuerpo, y estar con mi Señor para siempre”[3].

Alrededor de una hora antes de morir, Toplady pareció despertar de un gentil sueño, y sus últimas palabras fueron: “Oh, ¡qué delicias! ¿Quién puede comprender los gozos del tercer cielo? [Alabado sea Dios por] su permanente presencia, y el resplandor de su amor sobre mi alma. El firmamento está despejado; no hay ni una nube: ¡Ven Señor Jesús, ven pronto!”[4]. Y cerró sus ojos.

En efecto, Jesús dice: “Confíen en mí. Ustedes no necesitan un mapa; yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy el camino al Padre. Yo soy la

verdad, ya sea en este mundo o en el venidero. Yo soy la vida que es eterna".

Cristo es todo lo que un hombre o una mujer necesitan. Todo lo que perdió Adán —y más— se nos ha restaurado en Jesucristo. Podemos confiar en su presencia, sus promesas y su persona, porque él es el camino, la verdad y la vida. No conozco un mayor consuelo que este en todo el mundo.

---

1 Martín Lutero, *Luther's Works*, vol. 24: *Sermons on the Gospel of St. John* Chapters 14-16, ed. Jaroslav Pelikan (St. Louis: Concordia, 1974), 7.

2 Augusto Toplady, *Memoirs of the Life and Writings of the Rev. A[ugustus]. M. Toplady*, B. D., ed. William Winters (Londres: F. Davis, 1872), 78.

3 Ibíd., 78-79.

4 Ibíd., 80

Cinco

JESÚS ES DIOS

La importancia estratégica de las últimas horas de Jesús en el aposento alto con sus once discípulos restantes no se puede exagerar. Todas las instrucciones que les dio esa noche —sus advertencias, su enseñanza, sus mandamientos, sus promesas y su revelación— fueron calculadas para fortalecerlos espiritualmente y prepararlos para el trauma que estaban a punto de sufrir. Era esencial que Jesús los preparara para la gran conmoción que produciría su muerte. La noticia de su partida fue un golpe tremendo para ellos y sus corazones ya estaban profundamente acongojados. Habían puesto toda su fe en él y lo amaban más que la vida misma. Su fe podría haber sido afectada seriamente si lo hubieran visto morir sin haber escuchado lo que iba a decir en esas pocas horas restantes.

Los discípulos habían sido testigos de algunos eventos asombrosos en los cortos tres años del ministerio de Jesús. Había echado fuera demonios, sanado a gente con todo tipo de enfermedad concebible e incluso había resucitado a algunas personas. Había demostrado su poder sobre todo adversario, y en cada situación donde parecía estar amenazado, salió victorioso. Había refutado todo argumento exitosamente, contestado toda pregunta, resistido toda tentación y confundido a todo enemigo.

Pero ahora estaba prediciendo su propia muerte a manos de hombres perversos.

Los confundidos discípulos no entendían cómo el Mesías podía convertirse en víctima de la gente. No encajaba con el concepto que tenían de lo que sería su misión. No solo eso, sino que también se habían dado cuenta cada vez más de que Jesús era la encarnación de Dios. Lo consideraban invencible, omnisciente y sin ningún tipo de debilidad. Es fácil entender por qué estaban confundidos. ¿Por qué iba a morir? ¿Cómo *podía* él morir? ¿Quién podría derrotarlo? ¿Cómo podría otra persona aceptarlo como Mesías si él moría? ¿Significaba esto que todo por lo que habían vivido durante los últimos tres años había sido en vano? Y lo que es más crucial de todo, ¿significaba esto

que Jesús no era quien ellos creían que era?

Jesús, percibiendo las fastidiosas preguntas de sus acongojados corazones, continuó ministrándolos con consuelo, reafirmando su deidad:

> "Si me han conocido a mí, también conocerán a mi Padre; y desde ahora lo conocen y lo han visto.
>
> Le dijo Felipe:
>
> —Señor, muéstranos el Padre y nos basta.
>
> Jesús le dijo:
>
> —Tanto tiempo he estado con ustedes, Felipe, ¿y no me has conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: 'Muéstranos el Padre'? ¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo les hablo, no las hablo de mí mismo sino que el Padre que mora en mí hace sus obras. Créanme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, crean por las mismas obras. De cierto, de cierto les digo que el que cree en mí, él también hará las obras que yo hago. Y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidan en mi nombre, eso haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me piden alguna cosa en mi nombre, yo la haré" (Juan 14:7-14).

Las implicaciones de las palabras de Jesús en esos pocos versículos son abrumadoras. El hecho de que él proclame ser Dios es suficientemente profundo. Pero luego añade una garantía de que los que creen en él tendrán poder para hacer obras aún *mayores* que las que él hizo, y concluye diciendo que si pedimos cualquier cosa en su nombre, él la hará. Esas palabras son monumentales al declarar no solo quién es Jesús, sino también lo que él quiere hacer en aquellos y por aquellos que le pertenecen.

Y el pasaje contiene tres revelaciones trascendentales para sus discípulos y para nosotros.

LA REVELACIÓN DE SU PERSONA

Solo unos cuantos días antes, cuando Jesús había entrado en Jerusalén sobre un asno y ante gritos que decían "¡Hosanna!", no había duda en la mente de los discípulos de quién era él. Ahora no estaban tan seguros. En sus corazones se estaban haciendo preguntas acerca de él que creían haber contestado antes. Por lo tanto, Jesús les reiteró quién era realmente, revelándoles su persona con una terminología nueva e inconfundible: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (v. 9). "¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí?" (v. 10).

¿Qué les reveló acerca de sí mismo? Una cosa: *que El es Dios*. Habían oído sus proclamaciones de deidad antes y habían sido testigos de la prueba de ello

en sus obras. Él recién había dicho que era el camino a Dios, la verdad acerca de Dios y la propia vida de Dios (v. 6). Pero ahora da un paso más en los versículos 7-10 y dice en términos inequívocos que él es Dios. Sus palabras debieron haberlos hecho tambalear, porque la declaración es tremenda.

Pero no puede ser descartada. Ninguna persona imparcial puede ignorar o pasar por alto la declaración de Jesús de ser Dios. El único asunto central y más importante de todos acerca de Jesús es la pregunta sobre su deidad. Todos los que estudian la vida de Jesús deben confrontar el tema, debido a lo que enseña el Nuevo Testamento. El punto de vista más común es que la declaración de Jesús de que era Dios es falsa, pero él era un buen maestro y de todas formas valía la pena escucharlo. Otros juzgan con más dureza, concluyendo que Jesús era un loco con delirios de grandeza. Y aún otros creen que él era intencionalmente un fraude.

En cuanto a estas opiniones, C. S. Lewis observó famosamente que "la única cosa que no debemos decir acerca de Jesús es que él es un gran moralista pero no Dios. Los buenos maestros no dicen ser Dios. O bien era en verdad Dios en la carne, o era un loco, o un fraude". Lewis además notó:

> "El hombre que sin ser más que hombre haya dicho la clase de cosas que Jesús dijo, no es un gran moralista. Bien es un lunático que está al mismo nivel del que dice que es un huevo o el diablo del infierno. Puedes hacer tu elección. O bien este hombre era, y es el Hijo de Dios; o era un loco o algo peor."[1].

Sabelio, un hereje del siglo III y precursor de la secta unitaria, enseñó que Jesús solo era una irradiación, una manifestación de Dios. Pero él *no* es meramente una manifestación de Dios; él es Dios manifiesto. Hay una diferencia significativa. Jesús es excepcionalmente uno con el Padre, pero distinto a él; es Dios en carne humana.

En Juan 14:7-10 Jesús hace la declaración sencilla y abierta de que no es menos que Dios mismo. Él les había dicho a los discípulos muchas veces en el pasado que él había venido del Padre. Su comentario en el versículo 4 implica que ellos debieron haber entendido: "Saben a dónde voy, y saben el camino". Ellos debieron haber sabido por lo menos que iba a estar con el Padre. Pero las palabras de Jesús los dejó rascándose la cabeza, y Tomás pidió una explicación. La respuesta de Jesús fue simplemente: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí" (v. 6).

Esa fue una proclamación directa de autoridad divina. En otras palabras, "soy la encarnación de la verdad, y si ustedes me conocen, conocen el camino

para llegar a donde voy. Me voy al Padre; y yo me los llevaré". Jesús reafirmó esa declaración con una ligera reprensión por su incredulidad y volvió a asegurarles que ellos estaban tan seguros en su relación con el Padre como en su relación con el Hijo: "Si me han conocido a mí, también conocerán a mi Padre; y desde ahora lo conocen y lo han visto" (v. 7).

En cierto sentido, los discípulos ni siquiera conocían a Jesús como debían. Si realmente lo hubieran conocido, no hubieran estado preocupados acerca de dónde estaba el Padre.

Obviamente, tenían un conocimiento básico de quién era Jesús. Habían declarado que él era el Mesías, el ungido de Dios. Pedro incluso había hecho la declaración de que él era el Hijo del Dios viviente (Mateo 16:16). Estaban muy cerca de comprender total-mente la verdad de su deidad y empezar a entender el significado de ello. No obstante, aún estaban confundidos, así que Jesús lo dijo en el lenguaje más claro posible, en términos que no podían pasar por alto: "Si me han conocido a mí, también conocerán a mi Padre; y desde ahora lo conocen y lo han visto... El que me ha visto, ha visto al Padre. Yo soy en el Padre y el Padre en mí" (vv. 7-10).

Jesús estaba diciendo a sus discípulos: "Si realmente me conocieran a profundidad, también conocerían al Padre. Su confusión acerca del Padre significa que deben haber algunas brechas en el conocimiento que tiene de mí". Si ellos realmente hubieran visto a Jesús completamente como Dios, no hubieran tenido temores, dudas y preguntas acerca de quién era el Padre y cómo llegar a él. Meses antes de esto, cuando algunos fariseos incrédulos exigieron ver al Padre, Jesús les contestó: "Ni a mí me conocen, ni a mi Padre. Si a mí me hubieran conocido, a mi Padre también habrían conocido" (Juan 8:19). Aquí Jesús esencialmente enfatiza el mismo punto a los once discípulos en el aposento alto, pero la reprensión que les hace es mucho más suave.

Recuerda: Jesús dijo estas palabras con la intención de consolarlos. Ellos sabían que él los amaba. Él quería que ellos supieran que Dios el Padre cuidaba de ellos de la misma manera, porque él y el Padre son uno. Tener una relación con uno es tener una relación con el otro. Ese es un principio importante y eterno: "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió" (Juan 5:23). Si re-chazas al Hijo, has rechazado al Padre; y si recibes al Hijo, has recibido al Padre. El apóstol Juan entendió esto en su plenitud, y eso se convirtió en un tema de su ministerio. Años después escribiría: "Todo

aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre" (1 Juan 2:23).

Pero parece que ninguno de los discípulos entendió inmediatamente la importancia total de lo que Jesús les estaba diciendo. Sus palabras, "Desde ahora lo conocen y lo han visto" (v. 7), son más una predicción que una proclamación. Es un eco de Juan 13:7: "Lo que yo hago tú no lo entiendes ahora pero lo comprenderás después". La expresión "desde ahora" en Juan 14:7 no significa "desde este preciso momento en adelante", porque Jesús sabía que todavía no habían entendido lo que estaba diciendo. (De hecho, el versículo 8 revela que Felipe aún no entendía completamente quién era Jesús).

Del mismo modo, "lo conocen y lo han visto" no significa que los discípulos entendían completamente todo acerca de la ortodoxia trinitaria. Jesús estaba usando una expresión idiomática de su época. Habló en tiempo presente para expresar la gran certeza de lo que estaba diciendo. El mensaje para los discípulos es: "Empezando desde ahora, ustedes van a comenzar a entender". Por medio de los eventos que estaban por suceder —la muerte de Jesucristo, su resurrección, su ascensión y la venida del Espíritu Santo— ellos iban a llegar a entender en forma más completa la persona de Jesús y su relación con el Padre.

Y eso fue exactamente lo que pasó. Tomás, por ejemplo, había dudado de la resurrección aun después de haber oído el testimonio de testigos oculares. Pero cuando vio a Cristo, todo cobró sentido —finalmente— y entendió quién era Jesús. Él miró al Señor resucitado y Salvador y dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" (Juan 20:28).

La petición de Felipe en Juan 14:8: "Señor, muéstranos el Padre y nos basta" demostraba que los discípulos, durante su tiempo en el aposento alto, no veían toda la verdad de quién es Jesús. Fue una cosa superficial, sin fe, e ignorante decirlo, y reveló que el conocimiento que tenía Felipe de Dios era incompleto. De modo que hizo lo que la gente ha hecho a través de la historia: pidió ver.

Felipe quería caminar por vista y no por fe. No le era suficiente creer; él quería ver algo. Podría ser que recordó el relato de Éxodo 33, cuando Moisés estaba metido detrás de una roca y vio pasar la gloria de Dios. O tal vez recordó las palabras de Isaías 40:5: "Entonces se manifestará la gloria del

SEÑOR, y todo mortal juntamente la verá; porque la boca del SEÑOR ha hablado".

Quizás. Pero no creo que Felipe fuera un estudioso del Antiguo Testamento. Era un discípulo con una fe débil y frágil que quería que la vista sustituyera la fe. Podemos entender sus sentimientos. Sería mucho más fácil tolerar la partida de Jesús si los discípulos pudieran dar primero un vistazo al Padre, solo para asegurarse de que Jesús realmente sabía adónde se dirigía. Sería mucho más fácil aferrarse a la promesa de Jesús de que iba a regresar a llevárselos si Dios lo confirmara personalmente. Si Jesús podía hacer eso, no habría duda de la validez de sus declaraciones. Dios mismo sería una garantía de que la promesa de Jesús era segura.

La pregunta de Felipe era un eco inquietante de lo que habían exigido esos fariseos incrédulos en Juan 8 que dijeron: "¿Dónde está tu Padre?" (Juan 8:19). Felipe dijo: "Señor, muéstranos el Padre y nos basta". La pregunta revela una burda deficiencia en la fe de Felipe, y Jesús le dio básicamente la misma respuesta que les había dado a los judíos incrédulos: "Tanto tiempo he estado con ustedes, Felipe, ¿y no me has conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: 'Muéstranos el Padre'?" (14:9). Esa era, por supuesto, una reprensión para Felipe, pero yo creo que también había un tono de tristeza en la voz de Jesús. ¿Te puedes imaginar el dolor de Jesús después de haber derramado su vida sobre estos doce hombres durante tres años al saber que uno de ellos era un traidor, que lo iba a negar profanando y que los otros diez hombres tenían poca fe? Era la noche antes de su muerte y sus discípulos todavía no sabían realmente quién era.

Imagínate a Felipe, parado ahí, mirando fijamente el rostro de Cristo y pidiéndole que le mostrase a Dios. La respuesta que le dio Jesús fue: "Abre tus ojos. Me has estado viendo por tres años". Aquellos que habían visto a Jesús habían visto la manifestación visible de Dios. El escritor de Hebreos dice: "[Jesucristo] es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza" (Hebreos 1:3). El apóstol Pablo declara: "Él es la imagen del Dios invisible" (Colosenses 1:15), y "en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad" (2:9). Jesús es Dios.

Es fácil ver cómo los incrédulos podrían decir lo mismo que Felipe. Pero que él pidiera ver al Padre como prueba de las declaraciones de Jesús era una afrenta torpe, inexcusable y personal hacia Jesús. Felipe y los otros discípulos habían visto sus obras y escuchado sus palabras durante tres años. Jesús

nunca les había dado motivo para dudar de él.

Cualquiera que haya discipulado a un nuevo creyente debe saber algo de la frustración de Jesús por la falta de fe de Felipe. Pero Jesús no se había desanimado; había hecho todo lo posible con los discípulos, y ahora estaba listo para entregárselos al Espíritu Santo. Ese es un buen principio para aplicar en el discipulado.

La respuesta de Jesús quizás no pareció ser muy satisfactoria para Felipe, pero era exactamente lo que él necesitaba. Jesús no hizo ningún milagro para él ni una gran demostración de su poder; simplemente le ordenó creer: "¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo les hablo, no las hablo de mí mismo sino que el Padre que mora en mí hace sus obras. Créanme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, crean por las mismas obras" (Juan 14:10, 11). Felipe pidió ver; Jesús le dijo que en vez de eso buscara la fe.

Todo el cristianismo se trata acerca de creer. Si piensas que la culminación de la espiritualidad es ver milagros, escuchar la voz de Dios asomándose por el techo o experimentar diferentes fenómenos sobrenaturales, entonces no tienes la menor idea de lo que realmente es creer en Dios. Satanás puede copiar todas esas cosas falsificándolas. Si quieres manifestaciones o poder sobrenatural, los puedes obtener en una sesión de espiritismo.

El cristianismo es caminar por fe, no por vista. Nunca he visto a Jesús, nunca he tenido una visión, nunca he visto una hueste de ángeles, nunca oí voces celestiales ni tampoco me han llevado al tercer cielo. Sin embargo mis ojos espirituales pueden ver cosas que mis ojos físicos ni siquiera podrían concebir. No quiero visiones, milagros, ni fenómenos extraños. Quiero una sola cosa, aquello por lo cual oraron los discípulos en Lucas 17:5: "Auméntanos la fe".

Fe no es como lo describió un niñito: "Creer en algo que uno sabe que no existe". En realidad, la fe es justo lo opuesto: creer en algo que uno sabe que sí existe. La fe genuina tiene una base esencial en los hechos.

Los discípulos ciertamente tenían una base objetiva de su fe basada en los hechos. Y Jesús volvió a enfatizar eso a Felipe: "Las palabras que yo les hablo, no las hablo de mí mismo sino que el Padre que mora en mí hace sus obras. Créanme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, crean por las mismas obras" (Juan 14:10, 11). Si Felipe y los otros

verdaderamente hubieran estado escuchando durante los últimos tres años, si realmente hubieran estado prestando atención a las obras que hizo Jesús, no hubieran dudado ahora.

Siempre existe el peligro de dudar en la oscuridad de las cosas que hemos visto claramente en la luz. Eso es lo que los discípulos estaban haciendo. Durante los tres años del ministerio terrenal de Jesús habían escuchado y visto repetidas veces la demostración de que él era Dios encarnado. Ahora su fe estaba tambaleando a pesar del fundamento sólido, basado en hechos, sobre el cual esa fe estaba construida. Habían escuchado todas sus declaraciones, todas sus enseñanzas, todas sus revelaciones, todas sus palabras, las cuales revelaban un conocimiento sobrenatural del corazón humano. Jesús ya había contestado todas sus preguntas más profundas y sinceras, incluso las que no se habían articulado en voz alta. Y si sus palabras no fueron suficiente prueba, los discípulos tenían el testimonio de sus obras, sus milagros y su vida impecable.

La petición de Felipe de ver a Dios, entonces, fue una grotesca y poco apropiada demostración de falta de fe. No necesitaba ver nada; Jesús había demostrado su deidad. ¿Qué más podía mostrar a sus discípulos? Él era Dios encarnado. Además de observar sus palabras y obras, habían experimentado su amor por ellos. Por lo tanto, a estas alturas, ¿cómo podía uno de ellos pedirle ver a Dios?

Así que él reafirmó a los once la tremenda revelación de que él es Dios. Si ellos podían entender esa verdad, entonces podrían descansar fácilmente, sabiendo que estaban seguros.

LA REVELACIÓN DE SU PODER

Luego, Jesús les reveló la increíble fuente de poder que tenían disponible por medio de él. “De cierto, de cierto les digo que el que cree en mí, él también hará las obras que yo hago. Y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12). Los cristianos a través de los siglos se han maravillado de las riquezas de esa promesa. ¿Qué significa esto? ¿Cómo puede alguien hacer mayores obras que Jesús? Él había sanado a gente ciega de nacimiento, echado fuera a los demonios más poderosos e incluso había resucitado a Lázaro de entre los muertos después de cuatro días de estar en la tumba. ¿Qué podría ser mayor que todos esos milagros?

La clave para entender esta promesa está en la última frase del versículo 12: “Porque yo voy al Padre”. Cuando Jesús fue al Padre, envió al Espíritu Santo, cuyo poder transformó completamente a los discípulos de un grupo de individuos temerosos y tímidos a una fuerza unida que alcanzó al mundo con el evangelio. El impacto de su predicación excedió aun el del ministerio público de Jesús durante su vida. Jesús nunca predicó más allá de un radio de trescientos kilómetros desde su lugar de nacimiento. En toda su vida, Europa nunca se enteró del evangelio. Pero bajo el ministerio de los discípulos las buenas nuevas empezaron a difundirse, y aún se están difundiendo hoy. Las obras de estos fueron mayores que las de aquel, no en poder, sino en alcance. Por medio del Espíritu Santo que moraba en ellos, cada uno de esos discípulos tenía acceso al poder en dimensiones que no habían tenido antes, incluso con la presencia física de Cristo.

Los discípulos sin duda creyeron que sin Cristo quedarían reducidos a la nada. Él era la fuente de su fortaleza; ¿cómo podían tener poder sin él? Su promesa fue con la intención de tranquilizar esos temores. Si se sentían seguros en su presencia, ellos se sentirían aún más seguros, más poderosos, capaces de hacer más, si él regresaba al Padre y enviaba al Espíritu Santo.

Los discípulos tenían poder para realizar grandes milagros. Hechos 5:12-15 dice que “por las manos de los apóstoles se hacían muchos milagros y prodigios entre el pueblo, y estaban todos de un solo ánimo en el pórtico de Salomón. Pero ninguno de los demás se atrevía a juntarse con ellos, aunque el pueblo les tenía en gran estima. Los que creían en el Señor aumentaban cada vez más, gran número de hombres así como de mujeres; de modo que hasta sacaban los enfermos a las calles y los ponían en camillas y colchonetas, para que cuando Pedro pasara, por lo menos su sombra cayera sobre alguno de ellos”. Hechos 2:40-41 registra que Pedro predicó y tres mil personas fueron salvas. Eso nunca sucedió durante el ministerio de Jesús. Él nunca vio un avivamiento generalizado. El evangelio nunca fue a los gentiles mientras él estaba en la tierra. Pero a través de las obras de sus apóstoles después de su partida, se realizaron conversiones por todos lados.

A fin de cuentas, el milagro más grande que Dios puede hacer es la salvación. Cada vez que introducimos a alguien a la fe en Jesucristo, estamos observando un nuevo nacimiento, apoyando la obra espiritual más importante del mundo. Qué emocionante es participar en lo que Dios está haciendo espiritualmente y hacer cosas mayores que las que incluso Jesús vio en su

época.

LA REVELACIÓN DE SU PROMESA

Finalmente, Jesús dio a los apóstoles una promesa con la intención de calmar el dolor que sentían por su partida: “Y todo lo que pidan en mi nombre, eso haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me piden alguna cosa en mi nombre, yo la haré” (Juan 14:13, 14).

Jesús los había alimentado. Los había ayudado a capturar sus peces. En una ocasión incluso suplió dinero para pagar los impuestos de Pedro de la boca de un pez. Él había provisto para todas sus necesidades. Pero ahora se estaba yendo, y ellos debieron haberse preguntado: *¿Cómo vamos a conseguir trabajo? ¿Cómo vamos a integrarnos nuevamente a la sociedad? ¿Qué haremos sin él?*

Los discípulos de Jesús lo habían dejado todo y estaban totalmente sin recursos. Sin su Maestro, estarían solos en un mundo hostil. Sin embargo, él les aseguró que no tenían que preocuparse por ninguna de sus necesidades. La brecha entre él y ellos se cerraría instantáneamente cuando oraran. Aunque él estaría ausente, ellos tendrían acceso a todas sus provisiones.

Eso no es carta blanca para todo capricho de la carne. Hay una declaración calificadora que se repite dos veces. Él no dice: “Les daré *absolutamente cualquier cosa* que me pidan; sino “les daré lo que me pidan *en mi nombre*”. Eso no quiere decir que podamos simplemente agregar las palabras “en el nombre de Jesús, amén” al final de nuestras oraciones y esperar las respuestas que queremos cada vez. Tampoco es una fórmula especial o un abracadabra que mágicamente va a garantizar que se conceda cada uno de nuestros deseos.

El nombre de Jesús representa todo lo que él es. A través de toda la Escritura, los nombres de Dios son lo mismo que sus atributos. Cuando Isaías profetizó que el Mesías sería llamado “Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (9:6), no estaba haciendo una lista de nombres verdaderos, sino que estaba dando un breve resumen del carácter de Dios. “YO SOY EL QUE SOY”, el nombre revelado a Moisés en Éxodo 3:14, es tanto una afirmación de la naturaleza divina de Dios como un nombre por el cual debe ser llamado.

Por lo tanto, orar en el nombre de Jesús es más que simplemente mencionar

su nombre al final de nuestras oraciones. Si nosotros estamos orando verdaderamente en el nombre de Jesús, lo haremos solo por lo que concuerda con su carácter perfecto y por aquello que le dará la gloria. Implica un reconocimiento de todo lo que él ha hecho y un sometimiento a su voluntad.

Lo que realmente significa orar en el nombre de Jesús es que debemos orar como si nuestro Señor mismo estuviera haciendo la petición. Nos acercamos al trono del Padre con una identificación completa con el Hijo, buscando solo lo que él buscaría. Cuando lo hacemos desde esa perspectiva, empezamos a orar por cosas que realmente importan, y eliminamos las peticiones egoístas. Cuando oramos de esa manera, su promesa es: "Yo la haré" (Juan 14:14). Esa es una garantía de que, dentro de su voluntad, no nos puede faltar nada. Su preocupación por los suyos trasciende todas las circunstancias, de modo que "ni la muerte ni la vida ni ángeles ni principados ni lo presente ni lo porvenir ni poderes ni lo alto ni lo profundo ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Romanos 8:38, 39).

Juan 14:13, 14 es el punto central del mensaje de consuelo de Jesús para sus aterrados discípulos; y debió haber sido tremendamente tranquilizador escuchar esas palabras y reflexionar sobre ellas. En medio del derrumbe de sus sueños y esperanzas, él se entregó a sí mismo como la Roca a la cual se podían aferrar y bajo la cual podían buscar refugio.

Jesucristo no cuida menos de aquellos que son sus discípulos hoy. Sus promesas aún son válidas, su poder no ha disminuido y su persona es inmutable. No tenemos el beneficio de su presencia física, pero sí su Espíritu Santo. Y a pesar de que no podemos ver a Jesús, podemos sentir su amor por nosotros conforme el Espíritu lo envía a nuestros corazones. En muchas maneras, lo conocemos mejor que si fuera solamente por su presencia física. Como el apóstol Pedro nos alienta al decir: "A él lo aman sin haberlo visto. En él creen y, aunque no lo vean ahora, creyendo en él se alegran con gozo inefable y glorioso, obteniendo así el fin de su fe: la salvación de su vida" (1 Pedro 1:8, 9).

Qué emoción es experimentar su amor de esta manera, y qué consuelo saber que él es Dios y que cuida de nosotros.

---

1 C. S. Lewis, *Cristianismo... ¡y nada más!* (Miami: Editorial Caribe,

1977), 62.

Seis

LA VENIDA DEL CONSOLADOR

No puedes estudiar el Nuevo Testamento por mucho tiempo sin darte cuenta de que hay una separación entre lo que nosotros como cristianos tenemos la responsabilidad de hacer respecto de lo que Dios ya ha hecho por nosotros. Entender esta diferencia es comprender los fundamentos básicos de nuestra fe.

Por otro lado, se nos dice repetidas veces en la Escritura cómo debemos vivir, actuar, pensar y hablar. Se nos manda a ser esto o abstenernos de aquello. Se nos informa qué debemos hacer, en qué momento debemos comprometernos y para qué tareas debemos apartarnos. Todo esto es esencial para nuestra fe cristiana.

Por otro lado, gran parte del Nuevo Testamento enfatiza lo que Cristo ya ha hecho por nosotros. Se nos dice que hemos sido llamados, justificados, santificados y guardados en la fe pero no por ningún esfuerzo propio; aprendemos que Cristo y el Espíritu Santo están continuamente intercediendo por nosotros; y descubrimos que somos los receptores de una herencia que no puede medirse en términos humanos.

La mayor parte del discurso final de Jesús a sus discípulos consiste en *promesas*, no en *mandamientos*. Él pasó la noche diciéndoles lo que iba a hacer por ellos en vez de hacer una lista de reglas e instrucciones para que ellos obedecieran, lo cual, por cierto, refleja la propia esencia de la verdad del evangelio. En contraste con la ley, que da órdenes y amenaza con la condenación, lo esencial del evangelio son las buenas nuevas acerca de lo que Dios ha hecho para salvar a los pecadores.

Juan 14:15-26 es el punto central del mensaje de Jesús de consuelo para los discípulos. Esta sección empieza con una declaración definitiva acerca de la importancia de obedecer los mandamientos de Jesús, pero rápidamente nuestro Señor cambia al estilo de una promesa:

> “Si me aman, guardarán mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y les dará otro Consolador para que esté con ustedes para siempre. Este es el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede

recibir porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes y está en ustedes. No los dejaré huérfanos; volveré a ustedes. Todavía un poquito y el mundo no me verá más; pero ustedes me verán. Porque yo vivo, también ustedes vivirán. En aquel día ustedes conocerán que yo soy en mi Padre, y ustedes en mí, y yo en ustedes. El que tiene mis mandamientos y los guarda, él es quien me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él.

Le dijo Judas, no el Iscariote:

—Señor, ¿cómo es que te has de manifestar a nosotros y no al mundo?

Respondió Jesús y le dijo:

—Si alguno me ama, mi palabra guardará. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escuchan no es mía sino del Padre que me envió. Estas cosas les he hablado mientras todavía estoy con ustedes. Pero el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que yo les he dicho".

Las promesas que hace Jesús aquí son asombrosas. El centro de toda la sección es la promesa más grande de todas: después de su partida, el Espíritu Santo vendría en su lugar. Una serie de promesas se relacionan con esta.

¿A quién le hace Jesús estas promesas? Jesús está hablando con sus once discípulos, por supuesto, pero el alcance de sus promesas es más amplio que eso. El versículo 15 dice: "Si me aman, guardarán mis mandamientos". Eso, por supuesto, se aplica a todos nosotros, y ya que las promesas posteriores están ligadas a ello, estas promesas deben también tener alguna aplicación para todos los que aman a Jesucristo (ver 14:21-24). En otras palabras, tienen principios y aplicaciones que son relevantes para todos los verdaderos creyentes en Cristo, aquellos cuyo amor por él se demuestra en su obediencia.

No podemos perdernos de la importancia de la clara declaración de Jesús aquí de que la prueba del genuino amor por él es obedecer sus mandamientos. El Nuevo Testamento enseña constantemente que el amor por Cristo y el sometimiento a él son expresiones necesarias de una creencia auténtica. El apóstol Pablo se refiere a los cristianos como "todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor incorruptible" (Efesios 6:24). En otra parte dice: "Si alguno no ama al Señor, sea anatema" (1 Corintios 16:22). Además: "La fe sin obras es muerta" (Santiago 2:20). Muchos no creyentes "profesan conocer a Dios pero con sus hechos lo niegan" (Tito 1:16). La obediencia cristiana está definida como "fe que actúa por medio del amor" (Gálatas 5:6).

Jesús mismo frecuentemente enfatizó la necesidad de obediencia: "No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21);

“Bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios y la guardan” (Lucas 11:28). Él repite este punto una segunda, tercera y cuarta vez en nuestro pasaje: “El que tiene mis mandamientos y los guarda, él es quien me ama” (Juan 14:21); “Si alguno me ama, mi palabra guardará... El que no me ama no guarda mis palabras” (vv. 23, 24).

El amor por Cristo no es sentimentalismo o un enfermizo sentimiento pseudoespiritual, tampoco trae como resultado palabrerío. El verdadero amor por él se demuestra con una obediencia activa, llena de ganas, gozosa, receptiva a sus mandamientos. Lo que digas acerca de su amor por él carece relativamente de importancia; lo que cuenta es que muestres tu amor por él a través de tu vida. El discipulado no es cantar canciones y decir cosas lindas. El verdadero discipulado es la obediencia motivada por el amor.

El Señor extiende una cantidad de promesas a aquellos que están ligados a él por el amor que le tienen, las cuales son para todos los discípulos de todas las épocas desde que ascendió Jesús. No son recompensas por nuestra fidelidad, sino regalos gentiles de Dios para ayudarnos y alentarnos a tener obediencia, beneficios que Dios nos ha brindado sin ningún esfuerzo por parte nuestra. Todos ellos están relacionados con la venida del Espíritu Santo, el Consolador, Maestro y Ayudante que iba a ministrar a los discípulos cuando se fuera Jesús. Juntas, estas promesas constituyen el legado que dio nuestro Señor a sus discípulos, empezando por los once, pero extendiéndose a todos los que aman a Cristo.

EL ESPÍRITU HACE SU MORADA

La promesa del Espíritu Santo es la culminación de todo lo que Jesús había dicho para consolar a sus once atribulados discípulos. En esa hora de confusión, ellos temían quedarse solos. Jesús les aseguró que no tendrían que arreglárselas como pudieran, sino que iban a tener un Consolador sobrenatural. La palabra griega para “Consolador” es *parakletos*, que literalmente significa “uno que es llamado [*kaleo*] para estar al lado [*para*]” (a veces usamos el término Paracleto para referirnos al Espíritu Santo). Esta expresión también se traduce al español como “Valedor”, “Defensor”, “Abogado”, “Intercesor” o “Consejero”, entre otros significados (adaptado del artículo correspondiente en la Biblia de Estudio Mundo Hispano). Jesús está diciendo: “Yo voy a enviar un Consolador, un Intercesor, alguien, uno que estará al lado de ustedes”.

La palabra griega traducida como “otro” es crucial para entender el significado completo de lo que Jesús dijo. El griego, con todas sus complejidades, es mucho más preciso que el español. El griego koiné tenía dos palabras que significaban “otro”: una era *heteros*, que significa “una clase diferente”, (por ejemplo, “esta llave inglesa no encaja, tráeme otra”; *allos* también significa “otro”, pero en el sentido de “otro de la misma clase”, como en “me gustó ese sándwich, creo que voy a pedir otro”).

Allos es la palabra que usó Jesús para describir al Espíritu Santo: “otro [*allos*] consolador”. Está diciendo, en efecto, “Yo les enviaré Uno que tiene exactamente la misma esencia que yo”. Los discípulos hubieran sabido a lo que se refería inmediatamente. Jesús no estaba enviando simplemente un consolador cualquiera sino a uno exactamente como él, con la misma compasión, los mismos atributos de deidad y el mismo amor por ellos.

Jesús había sido su *Paracleto* por tres años. Los había ayudado y consolado y había caminado a su lado. Ahora ellos iban a tener otro Consolador —uno exactamente como Jesús— para ministrarles como él lo había hecho.

El Espíritu Santo no es un poder místico o una fuerza etérea; es una persona así como Jesús lo es. El Espíritu Santo no es una neblina flotante o una especie de emanación fantasmal. Por generaciones la gente ha tenido la idea errónea de que el Espíritu Santo es algo así como el personaje de las tiras cómicas de Gasparín, el fantasma amistoso. Él no es, sin embargo, un fantasma, sino una persona.

Todos los creyentes tienen dos Paracletos: el Espíritu de Dios dentro de nosotros, y Cristo a la diestra del Padre en el cielo. 1 Juan 2:1 dice: “Hijitos míos, estas cosas les escribo para que no pequen. Y si alguno peca, abogado tenemos delante del Padre, a Jesucristo el justo”. La palabra traducida como “abogado” en ese versículo es *parakletos*.

Te puedes imaginar que los discípulos debieron haber estado sumamente animados y consolados al escuchar a Jesús decir que enviaría a otro consolador como él para ministrarles en su lugar después de que ascendiera. Como uno que posee exactamente la misma esencia divina que Cristo, el Espíritu Santo sería un perfecto sustituto de la presencia familiar de Jesús.

Pero la promesa de nuestro Señor iba mucho más allá. La última frase de Juan 14:16 extiende hermosamente la promesa de consuelo sobre el horizonte del tiempo y hasta la eternidad: “Y les dará otro Consolador para que esté con

ustedes para siempre". No solo vendría el Espíritu Santo a morar con ellos sino que él nunca los iba a dejar. Una vez que el Espíritu de Dios reside dentro de una persona, él se queda allí para siempre.

En Lucas 11:13, Jesús dijo a sus discípulos que el Padre les iba a dar el Espíritu Santo si lo pedían. Sin embargo aquí, antes de que puedan ellos pedir siquiera, él lo hace por ellos. Esa es una buena ilustración sobre cómo funcionan nuestras oraciones. El Señor sabe lo que necesitamos antes de que pidamos. Hablando proféticamente en Isaías 65:24, el Señor dice: "Y sucederá que antes que llamen, yo responderé; y mientras estén hablando, yo los escucharé". Estoy seguro de que, a menudo, antes de que organicemos nuestras oraciones, Cristo ya ha presentado esas necesidades al Padre. Eso es parte de su ministerio de representación e intercesión.

PERCEPCIÓN ESPIRITUAL

Fíjate que el Espíritu se llama "el Espíritu de verdad" (Juan 14:17). Él es la esencia viva de la verdad (porque él es Dios) y el que nos guía hacia toda verdad. De hecho, los no creyentes no pueden reconocerlo a él ni a su obra, tal como Jesús dijo que iba a ser: "Este es el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir porque no lo ve ni lo conoce" (Juan 14:17). El mundo no reconoció al primer Consolador, Jesús. Mucho menos podían aquellos que son espiritualmente ciegos reconocer al segundo, cuyo carácter y esencia son exactamente los mismos del primero, pero a quien no puede ver con ojos de carne.

La gente no regenerada no tiene la facultad de la percepción espiritual. No tienen forma de ver la obra del poder del Espíritu Santo. Cuando las mentes de los estudiosos de la época de Jesús llegaron a una conclusión acerca de su persona, su razonamiento teológico, tan astuto y razonado, fue que él era del diablo (Mateo 12:24); y eso llegó después de un largo tiempo estudiando su ministerio, lo cual muestra gráficamente la capacidad espiritual de los no regenerados. Después de tomar en cuenta todos los datos, los no creyentes invariablemente llegarán a conclusiones erróneas. El apóstol Pablo escribe:

> "Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente. De estas cosas estamos hablando, no con las palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, interpretando lo espiritual por medios espirituales. Pero el hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente" (1 Corintios 2:12-14).

En otras palabras, la única manera en que una persona puede entender las cosas de Dios es teniendo a su Espíritu. El hombre natural no puede entender la obra del Espíritu Santo, “Pues la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede. Así que los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:7, 8).

Por eso Jesús acusó a los líderes judíos de aferrarse a un entendimiento natural de los asuntos espirituales:

> “Ustedes son de su padre el diablo, y quieren satisfacer los deseos de su padre. Él era homicida desde el principio y no se basaba en la verdad porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo propio habla porque es mentiroso y padre de mentira. Pero a mí, porque les digo la verdad, no me creen... ¿por qué ustedes no me creen? El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Por esta razón ustedes no las escuchan, porque no son de Dios” (Juan 8:44, 45, 47),

Como hombres no regenerados, ellos no tenían la capacidad de comprender la verdad de Dios.

De modo que Jesús les dijo a sus discípulos que cuando el Espíritu Santo viniera, la gente del mundo no iba a entender el mensaje. Él tenía razón, por supuesto. En Hechos 2, cuando el Espíritu Santo descendió en el día de Pentecostés, los no creyentes que fueron testigos de la manifestación pensaban que los discípulos estaban borrachos. El Espíritu Santo era tan ajeno al terco mundo que lo rechazó como lo fue Jesús.

Cuando estudié por primera vez Juan 14, me intrigaba que en ese contexto Jesús les dijera a los discípulos que el mundo no respondería al Espíritu Santo. Luego fue evidente que con todas las promesas que Jesús les estaba dando, ellos podrían haber sucumbido a un exceso de confianza. Jesús les había dicho que iban a hacer cosas incluso mayores de las que él había hecho (v. 12), además de prometer contestar cada oración que hicieran (v. 14). Si el Señor no hubiera dado a los discípulos una perspectiva clara y completa de antemano, ellos podrían haberse deprimido totalmente ante el primer rechazo. Jesús estaba simplemente tratando de darles una respuesta sobria y equilibrada.

LA UNIÓN ETERNA CON DIOS

Al final de Juan 14:17, nuestro Señor reafirma una clásica verdad bíblica: “Ustedes lo conocen, porque permanece con ustedes y está en ustedes”. Ellos conocían el ministerio del Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento: a veces venía sobre gente especialmente ungida a fin de darles poder para alguna obra

singular, y después de cumplirse la tarea, generalmente se iba. El Espíritu Santo vino sobre Saúl, Azarías e Isaías, por ejemplo. En el caso de Sansón, la Escritura dice repetidas veces: “Y el Espíritu del SEÑOR *descendió con poder* sobre él” permitiéndole exhibir fuerza sobrenatural (Jueces 14:6, 19; 15:14, énfasis añadido). Pero cuando Sansón rompió un voto de toda una vida permitiendo que se le cortara el cabello, la Escritura dice: “el SEÑOR ya se había apartado de él”, lo que quiere decir que el Espíritu retiró su unción espiritual, su fuerza sobrenatural y su presencia de Sansón (Jueces 16:20).

Eso es emblemático del ministerio del Espíritu en el plan del Antiguo Testamento. Él a menudo daba poder a la gente para algún servicio especial, revelaba la verdad a los profetas y estaba activo de muchas maneras desde la creación (Génesis 1:2) hasta el bautismo de Cristo, cuando el Espíritu descendió sobre Jesús como una paloma (Lucas 3:22). Así pues, los discípulos no eran ignorantes en cuanto al ministerio del Espíritu. Sin embargo, no hay sugerencia alguna en la Escritura de que el Espíritu Santo hubiera morado permanentemente en alguien. Estuvo constantemente presente y activo en el pueblo de Dios, pero no en unión espiritual permanente con cada creyente. Este aspecto de su ministerio entre los cristianos parece ser algo nuevo y singular en la era del Nuevo Testamento.

Fíjate en las palabras de Jesús: “Permanece *con* ustedes y está *en* ustedes” (v. 17, énfasis añadido). El Espíritu Santo ya no iba a estar simplemente presente en medio de ellos sino que ahora estaría espiritualmente unido con ellos: y el tiempo gramatical del verbo en griego indica que esta sería una permanencia interior fija e ininterrumpida.

Esa clase de relación nunca se menciona en el Antiguo Testamento, excepto en las profecías acerca del nuevo pacto. Es el cumplimiento de la promesa que se dio en Ezequiel 37:14, “Pondré mi Espíritu en ustedes, y vivirán” y que es una de las características clave que distingue al antiguo del nuevo pacto.

Aunque el papel del Espíritu cambió algo del antiguo al nuevo pacto, su persona y carácter esencial permanecen igual: es el mismo Espíritu. La diferencia es que en el Nuevo Testamento el misterio en cuanto a quién es y cómo obra se ha eliminado y cada creyente ahora está unido a él íntimamente, permanentemente[1].

¡Qué privilegio es, en la gracia de Dios, que él fuera a plantar su propia

esencia en nosotros! Tenemos un Consolador sobrenatural, no solo “con” nosotros, sino en nosotros. Cada momento de nuestra existencia a través de toda la eternidad, tenemos la presencia permanente del Espíritu Santo dentro de nosotros (cf. Juan 7:37-39; Hechos 1:8; 2:1-4; 19:1-7; 1 Corintios 12:11-13).

LA PRESENCIA DE CRISTO

Nuestro Señor expande la promesa en Juan 14:18-19: “No los dejaré huérfanos; volveré a ustedes. Todavía un poquito y el mundo no me verá más; pero ustedes me verán”. Su Maestro y mentor estaba muriéndose; literalmente estaría muerto antes de que hubiese pasado otro día entero, y lo sabía. Quería reafirmar a los discípulos que ellos sin embargo podrían contar con su presencia después de eso.

Hay por lo menos dos elementos implícitos en esta promesa. Para empezar, Cristo estaba garantizando a sus seguidores que iba a resucitar. Su muerte en la cruz no sería el fin de su existencia. Pero más allá de eso, les prometió: “Volveré a ustedes”. Algunos dicen que esta es una promesa del retorno de Cristo por su pueblo, pero si este versículo se refiriera a eso, diría: “Volveré *por* ustedes”. Otros dicen que es solo una promesa de que los discípulos iban a verlo después de la resurrección. Yo no creo que esta sea la mejor interpretación tampoco, porque él estuvo en la tierra solo cuarenta días después de haber resucitado. Un tiempo tan corto parece ser solo una medida pequeña de consuelo.

Yo creo que Jesús está aquí hablando de su presencia espiritual en cada creyente por medio del Espíritu Santo. Él está diciendo: “Cuando el Espíritu de Dios venga a morar en ustedes, yo también estaré allí”. En Mateo 28:20, él promete: “He aquí, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo”.

Este es el misterio de la Trinidad: el Espíritu Santo permanece en nosotros (Juan 14:17); Cristo en nosotros (Colosenses 1:27) y Dios en nosotros (1 Juan 4:12). Estamos totalmente unidos espiritualmente con cada persona de la Trinidad, y esa es la fuente de vida eterna. Jesús dice a continuación: “Porque yo vivo, también ustedes vivirán” (Juan 14:19).

¿Cómo es que una persona puede sentir la presencia de Dios en su interior? ¿Cómo puede saber que el Espíritu Santo está ahí? ¿Cómo puede saber que el

Hijo de Dios vive en él? Debe estar vivo espiritualmente para tener percepción espiritual. El individuo espiritualmente muerto no entiende nada acerca de Dios; no puede responder a él.

Pero la persona que está espiritualmente viva habita en otra dimensión. Está vivo a la esfera espiritual y la fuente y base de su vida es la resurrección de Jesucristo: “Porque yo vivo, también ustedes vivirán”. Cuando la Escritura habla de la “vida eterna”, no está simplemente hablando de la cantidad o duración de la vida redimida. Es una referencia a la clase de vida que hace que una persona sea sensible y consciente de esa esfera de gloria donde el propio Dios permanece. He aquí la esencia de la vida espiritual: estar vivo espiritualmente, caminando con Dios, sintiendo el Espíritu Santo, teniendo comunión con Cristo y moviéndose y participando en la esfera espiritual. El mundo no es capaz de saber nada de eso.

PLENO ENTENDIMIENTO

Jesús mismo describe para nosotros lo que significa que el Espíritu Santo, Cristo y el Padre *moren* en nosotros. Es, como lo hemos estado diciendo, una *unión espiritual* con cada miembro de la Trinidad. Jesús lo compara con su relación con el Padre: “En aquel día ustedes conocerán que yo soy en mi Padre, y ustedes en mí, y yo en ustedes” (Juan 14:20). Somos espiritualmente uno con Dios y Cristo, templos vivos para el Espíritu Santo. Por eso el pecado está tan fuera de lugar en la vida de un creyente: “¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que mora en ustedes, el cual tienen de Dios, y que no son de ustedes? Pues han sido comprados por precio. Por tanto, glorifiquen a Dios en su cuerpo” (1 Corintios 6:19, 20).

Es confuso tratar de entender cómo podemos estar al mismo tiempo en Cristo y él en nosotros. A simple vista eso no parece lógico. Piensa en ello como si fuera una infusión de líquidos. Pon jarabe de chocolate en un vaso de leche, y tendrás leche en tu chocolate y chocolate en tu leche. Es una unión completa y perfecta de dos sustancias distintas. Nosotros estamos tan unidos espiritualmente con nuestro Señor que él está en nosotros y nosotros en él.

Esa noche en el aposento alto, los discípulos aún parecían estar mayormente desconcertados por la relación del Hijo con el Padre. La unión con la deidad era un concepto tan extraño para ellos que sus mentes no lo podían concebir. De modo que Jesús les dijo: “En aquel día ustedes conocerán que yo soy en mi Padre, y ustedes en mí, y yo en ustedes”. Parece evidente que él se estaba

refiriendo al día de Pentecostés, en el que el Espíritu Santo descendió sobre ellos permanentemente. Antes de que el Espíritu viniera a morar en ellos y les enseñase la verdad, los discípulos no tenían forma de entender la relación de Cristo con su Padre, nada con qué compararla y ninguna idea de cómo correspondía a la relación de ellos con la Trinidad.

Pero cuando recibieron al Espíritu Santo, según se relata en Hechos 2, entonces empezaron a entender. Pedro probablemente es la mejor evidencia de ello. Él, torpe y titubeante, que rara vez parecía entender algo claramente, se puso de pie el mismo día en que el Espíritu de Dios vino a morar dentro de él y predicó uno de los sermones más poderosos que jamás haya salido de los labios de un pecador redimido. Describió clara y exactamente quién es Jesucristo, por qué resucitó de entre los muertos, cuál es la voluntad del Padre y qué significaba todo ello en referencia a Israel y las Escrituras del Antiguo Testamento.

Pedro no había adquirido secretamente una educación en el seminario ni leído los mejores libros de teología (esos materiales ni siquiera estaban disponibles). El Espíritu de Dios había desenredado sobrenaturalmente la confusión anterior de Pedro y todo de pronto cobró sentido para él.

LA MANIFESTACIÓN DEL PADRE

En un hermoso resumen, aplastando la plena floración de la redención hasta convertirla en un pequeño hilo de fragancia, Jesús repasa cómo identificar a la persona que ha llegado a tener esa unión sobrenatural con él: “El que tiene mis mandamientos y los guarda, él es quien me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él” (Juan 14:21). Él ha dado una vuelta en círculo hasta llegar al punto en el cual empezó en el versículo 15.

El Padre quiere glorificar al Hijo, y lo hace continuamente a través del Espíritu, quien derrama el amor de Dios en el corazón de su pueblo (Romanos 5:5). La mejor manera de discernir sobre quién Dios ha puesto su amor redentor es discerniendo quién realmente ama al Hijo. Aquellos que aman a Cristo son amados por el Padre. Eso no es difícil de entender desde una perspectiva humana. Yo quiero que a la gente le gusten mis hijos. ¿Cuánto más debe eso ser cierto con Dios, cuyo amor es perfecto?

Pero entiende esto: el amor de Dios por su pueblo no es una recompensa

otorgada porque ellos amaban a Cristo. Lo opuesto es cierto: “Nosotros amamos porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Aquellos que aman a Cristo son amados por él también, porque Jesús ama lo que su Padre ama y promete manifestarse a ellos. De vez en cuando escucharás a algunos cristianos bien intencionados sugerir que el cristianismo no es una religión sino una relación. En realidad, ser un discípulo devoto de Cristo implica *tanto* “la religión pura e incontaminada delante de Dios” (Santiago 1:27) *como* una relación íntima con Cristo. No obstante, el punto que está enfatizando Jesús aquí es, creo yo, la verdad que la gente parece titubear en expresar cuando menosprecia la religión a favor del lenguaje de las relaciones personales. La verdadera obediencia a Cristo se deriva de una relación amorosa con él (v. 15). La obediencia a la que nos llama Jesús no es un ritual mecánico religioso que simplemente cumple con las formalidades, tales como mantener las apariencias, ir a la iglesia, seguir rutinariamente el orden del servicio, recitar de memoria las lecturas congregacionales e ingeniárselas para ser visto por los demás al hacer todo esto. La verdadera obediencia a Cristo fluye de un amor sincero, profundo, sentido, comprometido que obedece. Esa es la persona a la que Cristo ama y a quien se le ha manifestado como Salvador.

Estoy seguro de que todos los discípulos estaban atónitos por este punto del discurso de Jesús. Judas —no el Iscariote, sino el hijo de Santiago (Lucas 6:16; Hechos 1:13), a quien por cierto también se llama Lebeo y Tadeo— declaró: “Señor, ¿cómo es que te has de manifestar a nosotros y no al mundo?” (Juan 14:22). Él pensaba que Jesús quería decir que se iba a manifestar físicamente a sí mismo y al Padre, quizás en una especie de exhibición cósmica y apocalíptica. ¿Cómo no podría ver eso el mundo entero? Los discípulos sin duda razonaron que si ellos podían ver a Jesús, todos los demás podrían verlo también. Además, Cristo iba a ser el Salvador del mundo. ¿Cómo no podría manifestarse a sí mismo ante el mundo?

“Respondió Jesús y le dijo: ‘Si alguno me ama, mi palabra guardará. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él. El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escuchan no es mía sino del Padre que me envió’ “ (vv. 23, 24). Tadeo tal vez no se quedara muy satisfecho con esa respuesta; suena mucho como una repetición de lo que dijo Jesús en el versículo 21, lo cual suena exactamente como el versículo 15. Todos estos pasajes dicen lo mismo: “Si me aman, guardarán mis

mandamientos, y yo me manifestaré a ustedes".

Empezamos a entender la idea de que esto es un concepto importante.

El punto que Cristo enfatizó a Tadeo —y es uno importante— era que él se manifestaría en el sentido *espiritual*. Se revelaría a sí mismo y al Padre en el corazón de uno, a sus sentidos espirituales, no físicamente, de una manera que no se puede ver con los ojos carnales. Tal como lo vimos, la gente no regenerada carece de la capacidad para percibir o apreciar las cosas espirituales. Así que el único que puede comprender la manifestación a la que se refería Cristo es aquel que lo ama con un amor que obedece.

En otras palabras, *la obediencia es una prueba legítima para saber si el amor de uno por Cristo y la fe en él son reales.*

No es una cuestión de perfección. Si decimos que no hemos pecado, estamos llamando a Dios mentiroso (1 Juan 1:10). Tampoco sugiere esto que es posible ganarse la salvación con la obediencia. La salvación es un don que viene por gracia por medio de la fe. La obediencia es el fruto de la redención, no al revés. El perdón de pecados no puede ganarse ni merecerse. Sin embargo, la fe que no produce obediencia no es una auténtica fe salvadora (ver Santiago 2:17).

Repito, la prueba de la autenticidad de la fe no es la *perfección*, sino la *dirección* de la vida de uno. Aquellos que verdaderamente aman a Cristo le obedecerán. Puesto que somos criaturas pecadoras con los vestigios de los deseos y hábitos carnales que aún disputan por nuestro afecto, no obedecemos perfectamente. En efecto, los creyentes pecan, a veces escandalosamente. Sin embargo, cada verdadero creyente en el fondo del corazón ama al Señor, quiere obedecer y va en pos de la santificación. Y en cuanto a eso, ellos son marcadamente diferentes al resto del mundo.

Jesús continúa en Juan 14:24: "El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escuchan no es mía sino del Padre que me envió". La gente mundana y desobediente no quiere a Cristo. Ellos rechazan sus palabras, y dado que estas venían del Padre, el mundo rechaza al Padre también. Entonces él no se manifestará a un mundo incrédulo, falto de amor, que odia a Dios.

No pases por alto el hecho de que Jesús declara que sus palabras son las del Padre. Esa es la más alta proclamación de autoridad que podía hacer. En esencia estaba diciendo: "Si ustedes rechazan mis palabras, están rechazando

a Dios". Lo que Jesús enseñó es la verdad del Padre. A lo largo de su ministerio terrenal, Cristo había entregado su propia voluntad —sus pensamientos, palabras, ideas, actitudes, acciones y enseñanza— al Padre. Él dijo: "Porque yo he descendido del cielo no para hacer la voluntad mía sino la voluntad del que me envió" (Juan 6:38); "Yo hago siempre lo que le agrada a él [al Padre]" (Juan 8:29); "Yo no puedo hacer nada de mí mismo. Como oigo, juzgo; y mi juicio es justo porque no busco la voluntad mía sino la voluntad del que me envió" (Juan 5:30).

Por supuesto, nunca hubo conflicto entre la voluntad del Padre y la voluntad de Cristo, pero él enfatizó repetidas veces que estaba actuando sobre la base de la autoridad del Padre y según la voluntad de este, no la suya, como testimonio de su absoluta devoción a él: "Pero para que el mundo conozca que yo amo al Padre y como el Padre me mandó, así hago" (Juan 14:31).

Fue una expresión de fidelidad, y que personifica el espíritu de la fe auténtica. Por eso Jesús enseñó a los discípulos que su obediencia era la prueba definitiva de su amor por él.

UN MAESTRO SOBRENATURAL

A lo largo de su ministerio terrenal, Jesús había hablado solo las palabras del Padre, pero sus discípulos frecuentemente habían tenido problemas para entenderlo. Por ejemplo, en Juan 2:22 leemos: "Por esto, cuando fue resucitado de entre los muertos sus discípulos se acordaron de que había dicho esto y creyeron la Escritura y las palabras que Jesús había dicho". Juan 12:16 dice: "Sus discípulos no entendieron estas cosas al principio. Pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y de que estas cosas le hicieron a él". En Juan 16:12, al final de esta larga noche de instrucciones, Jesús dice: "Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero ahora no las pueden sobrellevar". Era su última noche juntos en la tierra, y los discípulos no entendían mucho de lo que Jesús estaba diciéndoles, que en última instancia fue lo que puso fin a su enseñanza.

Cristo estaba entregando la continua instrucción de estos discípulos al Espíritu Santo, quien iba a morar en ellos. "Estas cosas les he hablado mientras todavía estoy con ustedes. Pero el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que yo les he dicho" (Juan 14:25, 26). Por tres años él les

había estado enseñando la verdad del Padre. No obstante, había mucho que todavía no entendían. Ahora los iba a entregar a un residente que moraría adentro, para enseñarles y recordarles continuamente lo que se les había enseñado.

El Espíritu Santo viene en el nombre de Cristo. Eso significa, por supuesto, que viene en lugar de Cristo, quien a su vez había venido en el nombre del Padre. Ni el Espíritu ni el Hijo llevan a cabo su propio ministerio independientemente. El ministerio del Espíritu Santo es permanecer en este mundo en lugar de Cristo, deseando a lo que Cristo desea, amando lo que Cristo ama, haciendo lo que Cristo haría, y por lo tanto trayendo gloria a Cristo, no a sí mismo.

El Padre dio su verdad a Cristo, quien la dio al Espíritu Santo, quien la reveló por medio de los apóstoles y la preservó en la Palabra de Dios (1 Pedro 1:21). Ahora el Espíritu ilumina la verdad para nosotros conforme estudiamos lo que se nos ha revelado. El Espíritu no recibe nada de sí mismo, no busca su propia gloria, y solo desea manifestar la gloria de Jesucristo.

Su papel es el de Maestro: “Él les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que yo les he dicho” (v. 26). Eso no quiere decir, por supuesto, que el Espíritu Santo nos imparte una especie de omnisciencia. “Todas las cosas” se usa aquí en un sentido relativo. Significa “todas las cosas pertenecientes a la madurez espiritual”.

La principal importancia de esta promesa es que el Espíritu Santo hace posible que los discípulos recuerden las palabras que Jesús les había dicho para que, cuando las registraran como Escritura, estas fueran perfectas y libres de error. Es una promesa de inspiración divina. ¿Puedes imaginarte a ellos intentando, sin ninguna ayuda sobrenatural, recopilar un registro de las palabras de Jesús? Debían tener un Maestro sobrenatural para registrar con precisión las palabras de Jesús. Además, el Espíritu revelaría la verdad nueva. Aquellos que Dios escogió la escribieron, trayendo como resultado su Palabra tal como la tenemos hoy. Cuestionar la precisión o la integridad de esta es negar este aspecto crucial del papel del Espíritu.

La inerrancia de la Biblia es un aspecto esencial de la autoridad de la Palabra de Dios. La doctrina de la inerrancia de la Biblia es por lo tanto un principio fundamental e indispensable de la auténtica fe cristiana. Aquellos que han perdido su fe en la inspiración de la Biblia han perdido la base del

cristianismo. La historia repetidas veces lo ha demostrado. Las iglesias, los seminarios y las denominaciones que han cedido terreno al tema de la inspiración han abierto las compuertas al racionalismo, al compromiso y en última instancia a la total apostasía. ¿Cómo se aplica hoy la promesa de que el Espíritu Santo nos instruirá y recordará todas las cosas? Él nos guía en nuestra búsqueda de la verdad a través de la Palabra de Dios; nos enseña trayendo convicción de pecado, afirmando la verdad en nuestro corazón y abriendo nuestro entendimiento a las profundidades de la verdad que Dios ha revelado; a menudo trae a nuestra memoria versículos y verdades apropiadas de la Escritura justo en el momento preciso.

Mateo 10:19-20 es una promesa para los apóstoles cuando Cristo los envió a una misión para predicar en las ciudades, pero muestra cómo el Espíritu de Dios obra, incluso hoy: “Pero cuando los entreguen, no se preocupen de cómo o qué hablarán, porque les será dado en aquella hora lo que han de decir. Pues no son ustedes los que hablan, sino el Espíritu de su Padre que hablará en ustedes”. Nada puede tomar el lugar de la obra del Espíritu Santo en la vida del creyente. A través de él somos “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Romanos 8:17), infinitamente más ricos que todos los millonarios del mundo juntos, porque lo que poseemos no es algo pasajero. Nuestra herencia es eterna.

Pablo, citando a Isaías, escribió: “Cosas que ojo no vio ni oído oyó, que ni han surgido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman. Pero a nosotros Dios nos las reveló por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las cosas profundas de Dios” (1 Corintios 2:9, 10). Los cristianos somos más ricos de lo que podamos imaginar. Y el tesoro más grande de todos —el Espíritu Santo— mora en nosotros y está con nosotros para siempre.

---

1 Para una discusión completa sobre la persona y la obra del Espíritu en el Antiguo Testamento, vea el capítulo 2 (“El Espíritu en el Antiguo Testamento”) del libro de John MacArthur, *El pastor silencioso* (Grand Rapids: Portavoz, 2015), 23-40.

Siete

EL DON DE PAZ

La Biblia hebrea a menudo usa una palabra conocida pero importante: *shalom*. En el sentido más puro, *shalom* significa “paz” con una connotación positiva. Cuando alguien dice “shalom” o “paz a vosotros”, no quiere decir: “Espero que no tengas ningún problema” sino “Espero que recibas todo el bienestar posible”.

La mayoría de las personas en nuestro mundo no entiende que la paz sea un concepto positivo. En general piensan que es la ausencia de adversidad. La definición de paz en muchos idiomas ilustra eso. Por ejemplo, entre los quechuas de la región central de los Andes, en Ecuador y Bolivia, la palabra que se usa para decir “*paz*” se traduce literalmente “sentarse en el corazón de uno”. Para ellos, la paz es lo opuesto a correr en círculos en medio de constantes ansiedades. El pueblo ch’ol de México define “paz” como “un corazón quieto”. Esas pueden ser bellas maneras para expresarlo, pero todavía parecen dejarnos solo con la idea negativa de que la paz es la ausencia de la preocupación o agitación. Más cerca del significado de la palabra hebrea *shalom* está la palabra que usa el pueblo q’eqchi de Guatemala, que define la paz como “bondad quieta”. El término que usan transmite la idea de algo que es activo y agresivo, no solo un descanso en el corazón, lejos de circunstancias problemáticas.

El concepto bíblico de paz no se enfoca en la ausencia de la adversidad o conflicto. La paz bíblica no está relacionada con las circunstancias; es una bondad de la vida que no llega a ser afectada por lo que sucede afuera. Puedes estar en medio de grandes pruebas, persecución, adversidad, sufrimiento u otras clases de aflicciones y seguir teniendo la paz bíblica.

El apóstol Pablo dijo que podía estar contento en cualquier circunstancia. Demostró que podía tener paz incluso en la cárcel de Filipos, porque cantaba y permanecía confiado en que Dios estaba siendo bueno con él, aun cuando estaba bajo arresto. Cuando surgió la oportunidad, Pablo comunicó la bondad de Dios al carcelero filipense y ocasionó que él y su familia recibieran la

salvación.

El currículo de Pablo incluía esta larga historia de tribulaciones que había sufrido:

> “Trabajos arduos... cárceles, más; en azotes, sin medida; en peligros de muerte, muchas veces. Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido flagelado con varas; una vez he sido apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado en lo profundo del mar. Muchas veces he estado en viajes a pie, en peligros de ríos, en peligros de asaltantes, en peligros de los de mi nación, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos; en trabajo arduo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez. Y encima de todo, lo que se agolpa sobre mí cada día: la preocupación por todas las iglesias” (2 Corintios 11:23-28).

Pablo incluso escribió: “Ahora me gozo en lo que padezco” (Colosenses 1:24) y “Lo he perdido todo y lo tengo por basura... Anhelo conocerlo a él [Cristo]... y participar en sus padecimientos” (Filipenses 3:8-10).

Mientras tanto, Pablo escribe constantemente acerca de la paz. Cada una de sus epístolas empieza con su habitual saludo de gracia y paz. Él les dice a los filipenses: “Por nada estén afanosos; más bien, presenten sus peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6, 7). Ese fue el contexto en el que escribió: “He aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé vivir en la pobreza, y sé vivir en la abundancia. En todo lugar y en todas las circunstancias he aprendido el secreto de hacer frente tanto a la hartura como al hambre, tanto a la abundancia como a la necesidad” (vv. 11, 12).

Asimismo, Santiago escribió: “Hermanos míos, tengan por sumo gozo cuando se encuentren en diversas pruebas” (Santiago 1:2).

¿Dónde encuentra una persona la clase de paz que no solamente es la ausencia de problemas sino aquella paz que no puede ser afectada ni por problemas, peligro o tristeza?

Parece increíble, pero sumamente importante, que el discurso más definitivo sobre la paz en todas las Escrituras venga del Señor Jesús en la noche antes de morir crucificado. Él sabía lo que estaba enfrentando, pero aun así sacó tiempo para consolar a sus discípulos con el mensaje de paz: “La paz les dejo, mi paz les doy. No como el mundo la da yo se la doy a ustedes. No se turbe su corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27).

La paz de la que está hablando Jesús capacita a los creyentes a permanecer calmados en las circunstancias más aterradoras: callar un grito, calmar un disturbio, regocijarse en el dolor y la prueba, o cantar en medio del sufrimiento. La paz nunca se ve afectada por las circunstancias pero en cambio afecta e incluso rechaza toda clase de adversidad. Prospera en medio de los problemas.

LA NATURALEZA DE LA PAZ

El Nuevo Testamento habla de dos clases de paz: la objetiva, que tiene que ver con la relación de uno con Dios, y la subjetiva, que tiene que ver con la experiencia de uno en la vida.

La persona que no ha nacido de nuevo carece de paz con Dios. Todos nosotros fuimos así una vez. Venimos al mundo luchando contra Dios, porque somos parte de la rebelión que empezó con Adán y Eva. Romanos 5:10 dice que nosotros éramos enemigos de Dios. Peleábamos con él y todo lo que hacíamos iba en contra de sus justos principios.

Pero cuando recibimos a Jesucristo, dejamos de ser enemigos de Dios. Entonces, él hace una tregua con nosotros. Nos pasamos a su bando y termina la hostilidad. Jesucristo escribió el tratado de paz con su sangre derramada en la cruz. Ese tratado, ese lazo, ese pacto, declara el hecho objetivo de que ahora nosotros estamos en paz con Dios.

Eso es lo que Pablo quiere decir en Efesios 6:15 cuando llama a las buenas nuevas de la salvación “la preparación para proclamar el evangelio de paz”. El evangelio es aquello que hace que una persona que está en guerra contra Dios pase a estar en paz con él. Esta paz es *objetiva*, es decir, no tiene que ver con la manera en que me sienta o piense. Es un hecho realizado.

Romanos 5:1 dice: “Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Nosotros, los que creemos en Cristo, estamos redimidos, totalmente perdonados y declarados justos por fe. Nuestros pecados han sido perdonados, la rebelión cesa, se ha acabado la guerra y tenemos paz con Dios. En vez de tener enemistad con él, todos los que creen reciben la posición de hijos adoptivos. Ese fue el maravilloso propósito de Dios en la salvación.

Colosenses 1:19-22 dice que en Cristo “por cuanto agradó al Padre que en él habitara toda plenitud y, por medio de él, reconciliar consigo mismo todas

las cosas, tanto sobre la tierra como en los cielos, habiendo hecho la paz mediante la sangre de su cruz. A ustedes también, aunque en otro tiempo estaban apartados y eran enemigos por tener la mente ocupada en las malas obras, ahora los ha reconciliado en su cuerpo físico por medio de la muerte para presentarlos santos, sin mancha e irreprensibles delante de él".

Un individuo pecador, vil y perverso no puede venir a la presencia de un Dios santo. Algo debe hacer que esa persona impía sea justa antes de que pueda estar en paz con él. Eso es exactamente lo que hizo Cristo cuando murió por nuestro pecado e imputó su perfecta justicia a todo el que creyera. "Al que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo [a Jesús] pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21). Esto es, en terminología paulina: "la palabra de la reconciliación" (v. 19). Nosotros estamos reconciliados. Estamos en paz con Dios.

Dios estaba en el lado de los justos. Nosotros estábamos en el lado opuesto. Cristo expió nuestro pecado, nos imputó la justicia perfecta que Dios requiere, y nos juntó con él, "habiendo hecho [de este modo] la paz mediante la sangre de su cruz" (Colosenses 1:20).

Si bien Dios y el hombre estaban separados, ahora han sido reconciliados. Ese es el centro del mensaje del evangelio. Como dice Pablo en 2 Corintios 5:18-19: "Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos ha dado el ministerio de la reconciliación: que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus transgresiones". Así es como Dios mismo, por medio de Cristo, abrió el camino hacia la paz; una *paz objetiva con Dios*, aunque una vez estuvimos contra él como enemigos implacables.

Pero en Juan 14:27, Jesús no está hablando de paz objetiva. La paz a la que se refiere es una paz subjetiva y por experiencia. Es la tranquilidad del alma, una paz estable y positiva que prospera independientemente de las circunstancias de la vida. Es una paz agresiva; en vez de ser victimizada por los eventos, los ataca y se los traga. Es un tranquilizante sobrenatural, permanente, positivo, divino y sin efectos secundarios. Esta paz es la calma del corazón antes de la tormenta del Calvario. Es la convicción firme de que "el que no eximió ni a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con él todas las cosas?" (Romanos 8:32).

Esta es la paz de Filipenses 4:7 (“Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento”). Repito, esta paz es inmune a la adversidad y el conflicto, completamente diferente de la noción que el mundo tiene de la paz. Así que la paz de Dios no tiene sentido necesariamente para la mente carnal. Pero eso es solo parte de a lo que Pablo se refiere cuando menciona “que sobrepasa todo entendimiento”. Él está diciendo que es una paz tan profunda y tan poderosa que sobrepasa la comprensión humana en todo sentido. Incluso los creyentes que la experimentan no pueden entenderla completamente. Es una paz sobrenatural que viene de Dios, no un estado mental que cualquiera puede crear por cuenta propia ni generar por la fuerza de la voluntad humana. Es el regalo de Dios para su pueblo.

Esta paz, dice Pablo: “guardará sus corazones y sus mentes en Cristo Jesús”. El término griego que se traduce “guardar” en este versículo no es una palabra que significa “cuidar” o “mantener encarcelado”. Es un término con connotaciones militares que significa “estar en un puesto y protegerse en contra de la agresión de un enemigo”. Cuando la paz está en guardia, el cristiano ha entrado en una inexpugnable fortaleza de la cual nada puede desplazarlo. El nombre de la fortaleza es Cristo, y el guardia es la paz. La paz de Dios está en guardia e impide que la preocupación se convierta en una carga para nuestros corazones. Detiene pensamientos indignos para que no entren en nuestras mentes.

Esa es la clase de paz que todos realmente queremos (y desesperadamente necesitamos). Es una paz que confronta el pasado, de manera que la conciencia está completamente limpia y el veneno corrosivo de los pecados pasados es lavado. Es una paz que gobierna el presente, sin deseos insatisfechos que atormenten nuestros corazones. Es una paz que tiene promesa para el futuro, donde no puede amenazar el augurio del temor de un oscuro y desconocido mañana.

Esa fue la paz que Jesús dejó a sus discípulos. La culpa del pasado había sido perdonada, sus presentes pruebas serían todas vencidas y su destino en el futuro estaba asegurado para toda la eternidad. Era un regalo rico y abundante.

LA FUENTE DE LA PAZ

Esta paz subjetiva y por experiencia (la paz *de* Dios) tiene como fundamento la paz objetiva y que se atiene a los hechos (paz *con* Dios). La paz *de* Dios no

la pueden obtener aquellos que no están en paz *con* Dios. Solo Dios puede dar paz. De hecho, en Romanos 15:33; 16:20; Filipenses 4:9; 1 Tesalonicenses 5:23; y nuevamente en Hebreos 13:20, se le llama "el Dios de paz".

Pero Jesucristo es el que hizo posible la paz y por medio de quien la paz de Dios se da: "La paz les dejo, mi paz les doy" (Juan 14:27). Fíjate que él dice "*mi* paz". Aquí está la clave de la naturaleza sobrenatural de esta: es la propia paz personal de Jesús. Es la misma paz profunda y rica que calmó su corazón en medio de burladores, de los que lo odiaban, de sus asesinos, traidores y de todo lo demás que enfrentó. Jesús tuvo una calma extraordinaria que no se parecía a ninguna reacción humana normal frente a la adversidad. En medio de la resistencia incomprensible y la persecución, él permaneció constantemente calmado y sin tambaleos. Fue la clásica demostración de paz que sobrepasa el entendimiento humano. Jesús era una roca.

Los que lo conocían tal vez se lo esperaban, pero imagínate cómo debió haber confundido a sus enemigos y a aquellos que no lo conocían; cómo habrá sido ver a alguien así calmado ante la oposición infernal. Cuando Jesús apareció delante de Pilato, estaba tan calmado, tan sereno, tan controlado y con tanta paz que este se perturbó grandemente. Estaba desconcertado por él y perplejo por la hostilidad irracional de una turba que lo quería linchar. Y la manera en que Jesús permanecía allí con una paz tan intrépida aumentó la desorientación total de Pilato. Ese funcionario romano estaba acostumbrado a tener el control de las cosas, sin embargo se agitó, se preocupó, se enojó, retorciéndose por el conflicto. No podía cubrir la inquietud de su propia alma. Casi frenéticamente, le dijo a Jesús: "¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y tengo autoridad para crucificarte?" (Juan 19:10).

Luego, con perfecta paz, respondió Jesús: "No tendrías ninguna autoridad contra mí si no te fuera dada de arriba" (v. 11). Esa es la clase de paz de la que Jesús está hablando en Juan 14:27. La paz mental es lo que les legó a sus discípulos. Es una intrepidez y confianza sin distracciones. Cristo es la única fuente de esa paz.

De hecho, Cristo es visto a lo largo del Nuevo Testamento como el único proveedor de paz. En Hechos 10:36, Pedro predica que "Dios ha enviado un mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo". Segunda Tesalonicenses 3:16 dice: "Y el mismo Señor de paz les

dé siempre paz en toda manera".

Este es un pensamiento abrumador: Jesús nos da su propia paz personal. Ha sido probada; fue el propio escudo de Cristo y el casco que le sirvió en la batalla espiritual. Él nos la dio cuando se fue. Debe darnos la misma serenidad en el peligro, la misma calma en los problemas y la misma libertad de la ansiedad.

EL DADOR DE PAZ

El Espíritu Santo es el agente por medio de quien el don de paz de Cristo se nos es dispensado. En Gálatas 5:22, un aspecto clave del fruto del Espíritu es la paz. Tú podrías preguntar: "Si fue la paz de Cristo, ¿por qué la da el Espíritu Santo?". La respuesta está en Juan 16:14, donde Cristo dice acerca del Espíritu Santo: "Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y les hará saber". El ministerio del Espíritu Santo es tomar las cosas de Cristo y darlas a su pueblo. Eso, a propósito, es una justa descripción de todo en lo que consiste el proceso de santificación. El Espíritu Santo nos está conformando a la imagen de Cristo. Como parte de ese proceso, nos hace partícipes de la misma paz que siempre protegió el corazón y la mente de Cristo.

Fíjate que cada promesa que hizo Jesús a sus atribulados discípulos en la noche antes de su muerte estaba arraigada en la venida del Espíritu Santo. Cristo prometió vida, unión con Dios, total entendimiento y paz para sus discípulos, pero siempre es el Espíritu de Dios quien toma las cosas de Cristo y nos las da.

EL CONTRASTE ENTRE LA PAZ DE JESÚS Y LA PAZ DEL MUNDO

En Juan 14:27, Jesús dice: "No como el mundo la da yo se la doy a ustedes". Él está recalcando enfáticamente el punto de que su paz no se parece en nada a la noción de paz de este mundo.

La paz del mundo no vale nada. Un estudio que se hizo en la primera década del nuevo milenio reveló que "las guerras están sucediendo con más frecuencia. Para ser más precisos, la frecuencia de los conflictos bilaterales militarizados entre las naciones independientes ha estado continuamente en aumento durante ciento treinta años"[1].

El Instituto Heidelberg para la Investigación de Conflictos Internacionales publicó cifras según las cuales el año 2011 vio más conflictos armados a

nivel mundial que en cualquier año desde la segunda Guerra Mundial[2]. A propósito, jamás ha habido una época en la historia humana registrada en que el mundo haya estado verdaderamente en paz. Una imagen instantánea del mundo en cualquier época revelaría que las "guerras y de rumores de guerras" (Marcos 13:7) son prácticas normales en este mundo anatema.

En el verano de 2013, por ejemplo, Egipto estaba en caos, los funcionarios de Siria estaban supuestamente haciendo la guerra a su propia gente con armas químicas y un conflicto de décadas todavía existía en Afganistán. Si bien esas guerras estaban ocupando los titulares de las noticias, un sinnúmero de otros conflictos acerca de los cuales rara vez oímos estaban simultáneamente haciendo que la paz fuera imposible. Un conteo dinámico en Wikipedia reveló que en ese entonces estaban activos en el mundo unos cuarenta y seis conflictos armados, de los cuales al menos diez habían resultado en más de mil muertos[3]. Un editorial que apareció en varios periódicos estadounidenses hace varios años resumió la situación muy bien: "Paz, la paz espléndida, es una fábula, un sueño, un delirio glorioso. Es, sin duda, el mito más grande de todos"[4].

La humanidad no conoce la paz. La gente ni siquiera está en paz en sus propios hogares. Los matrimonios están destrozados y rotos. No hay comunicación, ni amor, ni interés, ni preocupación. No hay paz en el corazón, ni en la familia, ni en nuestras escuelas, ni en el trabajo, ni en la nación y ciertamente tampoco en el mundo.

La única paz que este mundo puede conocer es superficial e insatisfactoria. La búsqueda de paz de la mayoría de la gente es solo un intento de alejarse de los problemas, por eso buscan la "paz" en el alcohol, las drogas u otras formas de escape. El hecho es que, separados de Dios, no hay verdadera paz en este mundo. La paz de taparse los ojos, ir a acostarse y olvidarse de todo es fugaz y no tiene valor. Y sin embargo la gente trata desesperadamente de aferrarse a esa clase de paz fingida.

Es una búsqueda inútil. Los que no tienen a Dios jamás podrán conocer la verdadera paz. Quizá puedan conocer una momentánea tranquilidad, un sentimiento superficial, posiblemente estimulado por circunstancias positivas mezcladas con mucha ignorancia. De hecho, si la gente que no es salva supiera el destino que les aguarda sin Dios, la ilusoria paz que surge de la ignorancia se evaporaría instantáneamente.

Las personas viven hoy en una especie de conmoción existencial. No entienden quiénes son, a dónde van ni qué van a hacer cuando lleguen allí, *si* es que llegan. Una vez vi un letrero en el escritorio de un hombre que decía: "Tengo tantos problemas que si me sucede algo más, pasarán dos semanas hasta que pueda preocuparme por ello".

Ese es un comentario de la situación difícil en que se encuentra el hombre moderno. Pero la verdad real es que la razón por la cual la gente hoy no puede encontrar la paz no tiene nada que ver con las emociones o el ambiente. Si careces de paz, no es por culpa de tu madre, tu padre, tus abuelos, la iglesia en la que te criaste o alguna mala experiencia que tuviste de niño. La Biblia nos dice por qué la gente no tiene paz: "Engañoso es el corazón, más que todas las cosas, y sin remedio" (Jeremías 17:9). Isaías 48:22 dice: "'¡No hay paz para los malos!', dice el SEÑOR". El corazón del ser humano en su estado natural y pecaminoso es desesperadamente perverso y por lo tanto la verdadera paz es imposible separada de Cristo.

En tiempos de Jeremías estaban surgiendo rápidamente problemas por toda la tierra de Judá. Un gran ejército se estaba acercando para destruir a Jerusalén y llevarse al pueblo en cautiverio, y la gente estaba asustada. Los enemigos de Dios estaban eliminando la paz de la tierra y se venía una destrucción como Judá jamás había experimentado.

El pueblo de Judá hizo un esfuerzo superficial para enmendar sus perversos caminos, pero fue una demostración débil y temporal de sumisión a los mandamientos de Dios. No obstante, falsos profetas entre ellos estaban asegurando a la nación que todo iba bien. Jeremías 6:14 dice: "Curan con superficialidad el quebranto de mi pueblo, diciendo: 'Paz, paz'. ¡Pero no hay paz!". Había mucha conversación acerca de la paz, así como hoy en día. Pero no había paz genuina a la vista. En Jeremías 8:15, el profeta declara: "Esperamos paz y no hay tal bien; tiempo de sanidad, y he aquí, terror".

Unos cuantos capítulos después, Jeremías repite la misma observación: "¿Has desechado del todo a Judá? ¿Acaso tu alma abomina a Sion? ¿Por qué nos has herido sin que haya para nosotros sanidad? Esperamos paz, y no hay tal bien; tiempo de sanidad, y he aquí, terror" (14:19). Más adelante, el profeta pone el dedo en la fuente del problema: "Así ha dicho el SEÑOR: 'No entres en la casa donde haya duelo ni acudas a lamentar ni les expreses tu condolencia; porque he quitado de este pueblo mi paz, y asimismo la compasión y la misericordia, dice el SEÑOR'" (16:5). Donde no había

arrepentimiento por el pecado, no podía haber verdadera paz.

No podemos esperar algo diferente en estos últimos días. Daniel 9:27 sugiere que cuando empiece la tribulación habrá un breve período de paz, pero después de tres años y medio, esta será quitada de toda la tierra (Apocalipsis 6:4). Lucas 21:26 dice que los hombres se desmayarán a causa del terror. En otras palabras, la gente caerá muerta de ataques al corazón causados por el temor.

La noción de paz que tiene el mundo es una falsa promesa, una mentira que no puede satisfacer. Ninguna persona sin Jesucristo podrá conocer la verdadera paz, y ningún mundo sin Dios jamás podrá vivir en paz. Si una persona parece tener un momento de paz diferente de la paz de Jesucristo, solo es un camuflaje cínico y satánico que empaña la severidad del juicio venidero.

EL RESULTADO DE LA PAZ

Jesús nos dice cuál es la respuesta apropiada a su promesa de paz: “No se turbe su corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). Nosotros los que conocemos a Cristo deberíamos ser capaces de aferrarnos a su paz. Está ahí, es nuestra, pero debemos recibirla por fe. Es interesante que él diga “Mi paz les doy”, y luego “No se turbe su corazón”. Su gracia soberana se revela en la promesa; nuestra responsabilidad se ve en el mandamiento posterior. La paz que él da tiene que ser recibida y aplicada a nuestras vidas. La promesa, sin embargo, es tan segura como Cristo mismo es fiel: si nos aferramos a la promesa de la genuina paz de Cristo, *tendremos* calma, corazones tranquilos, sin importar las circunstancias externas.

Si tienes un corazón atribulado, es porque no crees en Dios como deberías; porque no confías realmente en su promesa de paz. La ansiedad y la confusión rara vez se enfocan en las circunstancias presentes. Algunas personas se preocupan por cosas que podrían suceder. Las ansiedades de otros vienen de recordar el pasado. Pero tanto el futuro como el pasado están bajo el cuidado de Dios. Él promete suplir nuestra necesidad futura y ha perdonado nuestras pasadas transgresiones. No te preocupes ni por el mañana ni por el ayer: “Basta a cada día su propio mal” (Mateo 6:34). Pero “Por la bondad del SEÑOR es que no somos consumidos, porque nunca decaen sus misericordias. Nuevas son cada mañana” (Lamentaciones 3:22, 23). De modo que concéntrate en confiar en Dios para las necesidades de hoy.

La paz de Cristo es un gran recurso para ayudarnos a conocer la voluntad de Dios. Colosenses 3:15 dice: “Y la paz de Cristo gobierne en su corazón, pues a ella fueron llamados en un solo cuerpo, y sean agradecidos”. La palabra que se traduce “gobernar” es de la palabra griega *brabeuo*, que significa “arbitrar”. Pablo está instando a los colosenses a dejar que la paz de Cristo sea el árbitro de todos sus conflictos, decisiones y relaciones los unos con los otros. En otras palabras, “sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Romanos 14:19); “Si es posible, en cuanto dependa de ustedes, tengan paz con todos los hombres” (12:8); “Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y síguela” (Salmo 34:14; 1 Pedro 3:11); “Regocíjense. Sean maduros; sean confortados; sean de un mismo sentir. Vivan en paz, y el Dios de paz y de amor estará con ustedes” (2 Corintios 13:11); “Procuren la paz con todos, y la santidad sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

¿Tienes algún problema o decisión que tomar? Deja que la paz de Cristo tome esa decisión por ti. Si has examinado una acción a la luz de la Palabra de Dios y esta no te prohíbe que prosigas, si lo puedes hacer y retener la paz de Cristo en tu corazón, hazlo con la confianza de que es la voluntad de Dios. Pero si debes sacrificar el sentido de la paz de Cristo y la bendición de Dios para llevar a cabo tu plan, no lo hagas.

Si cierto curso de acción te robará el descanso y la paz de tu alma, no lo hagas; “Pues todo lo que no proviene de fe es pecado” (Romanos 14:23). Deja que la paz de Cristo sea el árbitro que determine las cosas.

Hay dos razones evidentes para no pecar. Una es que el pecado es una ofensa al Espíritu Santo que amamos. Él odia el pecado y nuestro amor por él debe hacernos más apasionados por agradarlo.

La otra razón es que el pecado destruye nuestra paz, porque provoca el desagrado de Dios y carga nuestra conciencia con culpa.

Considera Colosenses 3:15 una vez más. Nos dice que la paz es la primogenitura de todo cristiano. Pablo se refiere a ella como “la paz de Cristo... a ella fueron llamados en un solo cuerpo”. La paz es la característica esencial de la genuina unidad cristiana. Si ignoramos esa paz, si nos rehusamos a dejar que sea el árbitro de nuestra comunión los unos con los otros, no podremos tener unidad en el cuerpo de Cristo, ya que todos estarían haciendo lo suyo y el cuerpo estaría dividido.

La paz de Cristo es también una fuente interminable de fuerza en medio de

las dificultades. Es el poder silencioso que nos sostiene y capacita para soportar toda dificultad, persecución e incluso la muerte... con total serenidad. Cuando Esteban cayó sangrando y golpeado bajo las piedras de una turba maldiciente, ofreció una oración amorosa perdonando a sus asesinos: "¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!" (Hechos 7:60). Pablo fue expulsado de una ciudad, arrastrado casi sin vida de otra, desnudado por ladrones y traído a comparecer de gobernante a gobernante. Sin embargo, tuvo una asombrosa paz en todas sus aflicciones. Él escribió:

> "Estamos atribulados en todo pero no angustiados; perplejos pero no desesperados; perseguidos pero no desamparados; abatidos pero no destruidos. Siempre llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús por todas partes para que también en nuestro cuerpo se manifieste la vida de Jesús. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos expuestos a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Por tanto, no desmayamos; más bien, aunque se va desgastando nuestro hombre exterior, el interior, sin embargo, se va renovando de día en día. Porque nuestra momentánea y leve tribulación produce para nosotros un eterno peso de gloria más que incomparable; no fijando nosotros la vista en las cosas que se ven sino en las que no se ven; porque las que se ven son temporales, mientras que las que no se ven son eternas" (2 Corintios 4:8-11, 16-18).

En cierto momento durante el encarcelamiento de Pablo en Roma, tuvo incluso que soportar abusos de sus ministros compañeros del evangelio que por razones carnales y egoístas estaban en realidad contentos de verlo afligido, y predicaban solo para aumentar sus sufrimientos. Él escribe acerca de ellos:

> "Algunos, a la verdad, predican a Cristo por envidia y contienda, pero otros lo hacen de buena voluntad. Estos últimos lo hacen por amor, sabiendo que he sido puesto para la defensa del evangelio, mientras aquellos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones. ¿Qué, pues? Solamente que de todas maneras Cristo es anunciado, sea por pretexto o sea de verdad, y en esto me alegro. Pero me alegraré aún más, pues sé que mediante la oración de ustedes y el apoyo del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza: que en nada seré avergonzado sino que con toda confianza, tanto ahora como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, sea por la vida o por la muerte" (Filipenses 1:15-20).

Eso es un ejemplo de la paz de Cristo, esa misma clase de paz con la que él "sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Hebreos 12:2). Pablo no se enfocó en sus problemas, sino en las promesas de Dios para hallar sustento y, en última instancia, glorificarlo.

Los problemas van y vienen, pero la gloria es eterna. Pablo entendió eso, y por eso, en medio de sus pruebas, pudo escribir: "¡Regocíjense en el Señor siempre! Otra vez lo digo: ¡Regocíjense!" (Filipenses 4:4).

Tener esa paz sobrenatural a nuestra disposición nos pone bajo la obligación de apoyarnos en ella. Colosenses 3:15 no es un mandamiento de *buscar* la paz, sino una súplica para dejar que la paz del Señor obre en nosotros, dejar que gobierne en nuestros corazones. La paz de Cristo es suya. Ahora, deja que gobierne. La paz perfecta viene cuando nuestro enfoque está *fuera* del problema y de la dificultad, y constantemente en Cristo. Isaías 26:3 dice: "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti ha confiado".

En medio de una sociedad donde nos vemos constantemente bombardeados por anuncios publicitarios y otras presiones mundanas diseñadas para hacer que nos enfoquemos en nuestras necesidades y problemas, ¿cómo podemos mantener nuestras mentes enfocadas en Cristo? Estudiando la Palabra de Dios y dejando que el Espíritu Santo nos enseñe, permitiendo que él fije nuestros corazones en la persona de Jesucristo. Eso, después de todo, es la obra singular del Espíritu Santo. Como dijo Jesús: "Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y les hará saber".

---

1 Mark Harrison y Nicolaus Wolf, "The Frequency of Wars," University of Warwick, última modificación 10 de marzo de 2011, http://www2.warwick.ac.uk/fac/soc/economics/staff/academic/harrison/public

2 "german researchers count record num ber of wars in 2011," *Deutsche Welle*, 23 de febrero de 2012, http://www.dw.de/german-researchers-count-record-number-of-wars-in-2011/a-15765187.

3 "List of ongoing military conflicts," artículo de Wikipedia, consultado el 22 de agosto de 2013, http://en.wikipedia.org/wiki/List_of_ongoing_military_conflicts.

4 T. N. Alexakos, "Peace, Splendid Peace Is a Fable, a Dream," *Ogden Standard Examiner*, 24 de junio de 1967, 2.

Ocho

LO QUE LA MUERTE DE JESÚS SIGNIFICÓ PARA ÉL

Cuando nos fijamos en la cruz después de casi dos mil años, nos quedamos asombrados de todo lo que Dios, por medio de Jesucristo, logró allí por nosotros. En la cruz, el propio Hijo de Dios sufrió vergüenza y burlas a manos de hombres perversos y asesinos. Pero él lo hizo voluntariamente para dar perdón por nuestros pecados y acceso a Dios. La justicia de Dios fue perfectamente cumplida. El castigo que debíamos pagar nosotros fue pagado totalmente por Cristo. El juicio de Dios contra nosotros fue suspendido y la justicia de Cristo se convirtió en nuestra. El Padre nos libró para que tuviéramos comunión con él y nos convirtiéramos en sus hijos y objetos de su amor.

Cuando los discípulos anhelaban la cruz, solo se podían preguntar qué significaba. Habían estado con Jesús por tres benditos años durante los cuales su maestro los había amado y les había suplido todas sus necesidades. Cuando lo escucharon hablar de su muerte, les fue imposible entender. ¿Cómo podía morir Dios en la carne, y cómo sería la vida sin su querido Señor? Un temor paralizante debió haberse apoderado de ellos tan solo con pensarlo. Y luego, cuando se dieron cuenta de que el tiempo estaba cerca, la anticipación de la soledad empezó a entrar en ellos. Al mirar hacia adelante en esa horrible noche antes de que muriera, los discípulos no podían ver nada excepto el opresivo espectro de la tragedia.

El problema era su perspectiva defectuosa; ellos estaban viendo la muerte de Cristo según su propio punto de vista y pensaron muy poco en lo que significaba para Jesús. Su fe era débil pero, además de eso, tenían un problema mayor: su egoísmo. Querían que Jesús se quedara con ellos porque los amaba y los cuidaba. En cierto sentido, estaban pensando como las multitudes que siguieron a Jesús mientras él las alimentaba, pero no querían pagar el precio de seguirlo con todo el corazón. Estaban deprimidos,

pensando amargamente, sufriendo por su propio dilema, pensando solamente en cómo la muerte de Jesús afectaría *sus* problemas, *sus* expectativas, *sus* esperanzas, *sus* ambiciones y *sus* deseos. Su amor era demasiado superficial porque estaba basado en el deseo de su propio bien, no en deseo de la voluntad de aquel que amaban.

Nosotros tendemos a responder de la misma manera cuando nos toca la muerte. Sentimos gran tristeza, pero a menudo por los motivos equivocados. Tal vez nos preguntemos por qué Dios se lleva a un ser querido, como si por derecho tuviéramos una cantidad garantizada de tiempo en la tierra juntos. Cuando muere un cristiano, la tristeza es normal por un tiempo, y las lágrimas pueden ser saludables. Sufrimos, pero no como aquellos que no tienen esperanza (1 Tesalonicenses 4:13). Cuando continúa la tristeza sin menguar o abruma el corazón con desesperación, puede ser porque la persona afligida está viendo la pérdida desde una perspectiva egoísta y no desde el punto de vista del creyente que se marchó. Debemos ver la muerte de un cristiano desde la perspectiva correcta. Significa la salida final del cuerpo de pecado, significa permanente dicha, interminable gozo y una vista sin límites de la gloria de Dios.

La muerte de Jesús, por otro lado, no fue la salida de un cuerpo de pecado, sino prácticamente lo opuesto. Su cuerpo inmaculado fue asolado por la maldición del pecado. Estaba cargando un mundo de pecados por la culpa de todos nosotros y antes de poder entrar en el gozo interminable, iba a enfrentar el peso espantoso de la infinita ira de Dios en contra del pecado, que iba a ser derramada sobre su impecable cabeza en toda su plenitud como pago por expiar las transgresiones de todo su pueblo en todas las épocas. En esas misteriosas horas, él sufrió más agonía de la que tú y yo podríamos imaginar, y mucho menos soportar. Pero él salió triunfante y fue glorificado en el proceso.

Jesús lo anticipó todo con un corazón dispuesto, sabiendo que era la voluntad del Padre y con muchos deseos de obedecer. Mientras se acercaba la cruz, reveló a sus discípulos lo que significaba para él:

> “Oyeron que yo les dije: ‘Voy y vuelvo a ustedes’. Si me amaran se gozarían de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Ahora se lo he dicho antes que suceda para que, cuando suceda, crean. Ya no hablaré mucho con ustedes porque viene el príncipe de este mundo y él no tiene nada en mí. Pero para que el mundo conozca que yo amo al Padre y como el Padre me mandó, así hago.
>
> Levántense. ¡Vámonos de aquí!” (Juan 14:28-31).

Los discípulos naturalmente vieron la muerte de Jesús con tristeza, pero para él todo lo que venía significaba gozo. “Por el gozo que tenía delante de él sufrió la cruz” (Hebreos 12:2). La tristeza de los discípulos es por cierto normal y entendible. Parece un tanto impactante que Jesús diga: “Si me amaran, se hubieran regocijado”. Ninguna persona justa podría contemplar los sufrimientos de Jesús con alguna especie de deleite. Pero su punto es que si hubieran estado más atentos a él y menos obsesionados con su propia tristeza —si lo hubieran amado como debían— podrían haber aprendido las razones de su gozo y hallado una forma de regocijarse con él. Después de todo, cuatro maravillosos y eternos triunfos iban a obtenerse en la cruz[1].

LA PERSONA DE CRISTO SERÍA DIGNIFICADA

Ten en cuenta que antes de la encarnación, Jesús siempre había existido en la perfección total de la gloria eterna. Experimentó el amor infinito del Padre y la comunión con él con una perfección e intensidad que es imposible de comprender para nosotros. Pero Jesús dejó atrás su gloria cuando vino a la tierra. No vino como un rey a un palacio espléndido, sino como un niño nacido en un establo ordinario y humilde. Llevó una vida modesta; ya adulto no tuvo un lugar propio de residencia. Sufrió el odio, el abuso y la burla de hombres perversos. Fue rechazado por su propio pueblo y hecho villano por los líderes religiosos. “Fue despreciado y desechado por los hombres, varón de dolores y experimentado en el sufrimiento. Y como escondimos de él el rostro, lo menospreciamos y no lo estimamos” (Isaías 53:3).

Desde nuestra perspectiva humana, una de las verdades más incomprensibles acerca de Jesucristo es que él, el eterno Señor de la gloria, estuviera dispuesto a humillarse en forma tan completa por nosotros. Él descendió de una posición de igualdad con el Dios altísimo y se dignó a compartir sus riquezas con nosotros. En 2 Corintios 8:9 leemos: “Porque conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, por amor de ustedes se hizo pobre para que ustedes con su pobreza fueran enriquecidos”. Jesús tenía todas las riquezas del cielo, sin embargo las dejó por un tiempo para que las pudiéramos compartir con él para siempre. He aquí cómo la Escritura explica más la condescendencia de Jesús:

> “Sin embargo, vemos a Jesús, quien por poco tiempo fue hecho menor que los ángeles, coronado de gloria y honra por el padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos... Por tanto, era preciso que en todo fuese hecho semejante a sus hermanos a fin de ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en el servicio delante de Dios, para expiar los

pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:9, 17, 18).

Jesús se convirtió en uno de nosotros. Sufrió lo que nosotros sufrimos no solo para poder redimirnos sino también para poder comprendernos. La encarnación le permitió experimentar todas las tentaciones, dificultades, dolores y sufrimientos de su pueblo. Él puede sentir empatía por nosotros; sobre su propia experiencia comprende nuestras luchas. "Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, pues él fue tentado en todo igual que nosotros pero sin pecado" (Hebreos 4:15).

Filipenses 2:6-10 describe la encarnación como un acto de humildad desinteresada por parte de Jesús: "Existiendo en forma de Dios, él no consideró el ser igual a Dios como algo a que aferrarse" (v. 6). La igualdad con Dios era en verdad suya, a la cual se podía aferrar por derecho divino, pero él no codició los privilegios ni las prerrogativas de su propia deidad cuando estuvo en juego la redención de su pueblo. En cambio, "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!" (vv. 7, 8). Estaba dispuesto a descender a la tierra y convertirse en un siervo, aun sabiendo que eso significaba la muerte en la cruz.

Puesto que el Hijo obedeció humildemente, el Padre lo exaltó. Pablo continúa: "Por lo cual, también Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor" (vv. 9-11).

Siempre ha habido aquellos que se confunden con la humillación de Cristo. Piensan que porque se humilló a sí mismo y se convirtió en siervo, no deben adorarlo como Dios. En realidad, es todo lo contrario. Dado que Jesús se humilló a sí mismo, debe ser exaltado al máximo. Toda rodilla en última instancia se arrodillará ante él y confesará que Jesucristo es Señor.

Los arrianos, los gnósticos, los testigos de Jehová, los unitarios, los socinianos, los modernistas y otros que por motivos ocultos niegan la deidad de Cristo a menudo han retorcido el significado de Juan 14:28, tratando de convertirlo en prueba de que Jesús es inferior al Padre. Cuando él dijo: "El Padre es mayor que yo", no se refería a su ser en esencia, sino al papel como

siervo humilde. Mientras Jesús se humillaba, el Padre estaba en la gloria y por lo tanto en un lugar de mayor honra. Jesús se colocó debajo de la gloria del Padre y sometió su voluntad a la del Padre. En el huerto de Getsemaní, oró al Padre: "¡Aparta de mí esta copa! Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres" (Marcos 14:36). Jesús repetidas veces proclamó ser igual en deidad al Padre. Ya hemos visto un ejemplo importante de eso en Juan 14:9. Cuando Felipe pidió que se le mostrase al Padre, Jesús contestó: "El que me ha visto, ha visto al Padre". Él asumió un *papel* que estaba debajo del Padre, pero él no era inferior en naturaleza o esencia (cf. Tito 2:13).

Al final de su ministerio terrenal, cuando se acercó a la cruz, sabiendo lo que tenía por delante, Cristo se arrodilló antes de entrar al huerto de Getsemaní y oró al Padre: "Yo te he glorificado en la tierra, habiendo acabado la obra que me has dado que hiciera. Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tu misma presencia con la gloria que yo tenía en tu presencia antes que existiera el mundo" (Juan 17:4, 5).

Jesús estaba mirando con anticipación la expresión total de su gloria, la misma gloria inmaculada que conocía antes de la humillación de su encarnación. Nuestro Salvador halló gozo mientras se acercaba a la cruz porque sabía que al otro lado de sus sufrimientos iba a ser restaurado a la expresión completa de su deidad. Lo deseaba con muchas ganas y quería que sus amados amigos compartiesen su gozo. "Si me amaran se gozarían de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo" (Juan 14:28).

De vez en cuando, me encuentro con alguien que cree que la crucifixión fue una sorpresa y por lo menos una derrota temporal para Jesús, como si él no hubiera sabido con anterioridad cuánto iba a sufrir. Él sabía. Él conocía las profecías de Isaías 53 y Salmo 22, las cuales contenían relatos detallados de la crucifixión, escritas mucho antes de su nacimiento terrenal. Con toda seguridad, Jesús sabía para qué había venido. Mucho antes de ir a Jerusalén a morir, les dijo a los discípulos: "Tengo un bautismo con que ser bautizado, ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!" (Lucas 12:50). La crucifixión no fue una idea de último minuto sino un elemento crucial en el plan de Dios desde antes de la creación del mundo. Nuestro Señor sabía lo que iba a ocurrir, pero de todos modos fue a la cruz.

Fue una copa amarga, pero estuvo dispuesto a beberla.

LA VERDAD QUEDARÍA REGISTRADA

Jesús había hecho muchas afirmaciones acerca de sí mismo a los discípulos. Aunque ellos querían creerlas —y en gran parte lo hicieron— la duda a menudo se metía lentamente en sus corazones. Les parecía difícil de comprender gran parte de la enseñanza de Jesús acerca de quién era y para qué había venido, de modo que a veces tambaleaban entre la creencia y la incertidumbre.

Jesús usó un método simple para fortalecer su fe: la predicción de acontecimientos. Cuando sucediera lo que había dicho, los discípulos recordarían lo que había predicho. Una profecía tras otra se fue cumpliendo, y cada cumplimiento arraigaba su fe un poquito más. Cuando llegó el día de Pentecostés, la fe de ellos era tan fuerte que proclamaron intrépidamente el evangelio a miles de peregrinos reunidos en Jerusalén para el festival.

Jesús reconoció el uso de la predicción para fortalecer su fe: "Ahora se lo he dicho antes que suceda para que, cuando suceda, crean" (Juan 14:29). Él sabía que los once aún no creían del todo, pero su fe se volvía inquebrantable cuando sus palabras se cumplieran. La profecía cumplida es quizás la prueba más grande de que la Palabra de Dios es verdadera. Solo un inconverso decidido, alguien con motivos listos para rechazar la verdad a toda costa, puede descartar las profecías cumplidas del Salmo 22 e Isaías 53 como evidencia insignificante de la autoridad de la Biblia.

Una vez estuve hablando con un hombre que decía que Israel ya no tiene un lugar en el plan de Dios. Yo le señalé que la Escritura profetizaba que Israel iba a volver a reunirse en la tierra, tal como lo vemos suceder hoy. Entonces le pregunté: "¿Cómo trata tu teología eso?". Él contestó: "Le da muchas vueltas". La profecía cumplida tiene una manera devastadora de tratar con la duda del ser humano.

En Juan 13:19 Jesús usó el mismo método para fortalecer la fe de los discípulos: "Desde ahora les digo, antes de que suceda, para que cuando suceda crean que Yo Soy". Tal como lo notamos en un capítulo anterior, hay un profundo significado en sus palabras al final de este versículo. Al decir Jesús: "crean que Yo Soy", estaba usando el conocido nombre por el cual Dios se identifica a sí mismo ante Moisés en la zarza ardiente. Lo que quería validar y sellar era su fe en él *como Dios*.

Específicamente, ese versículo se está refiriendo a la predicción de Jesús de que Judas Iscariote lo iba a traicionar. "Para que se cumpla la Escritura: El

que come pan conmigo levantó contra mí su talón" (Juan 13:18). Te puedes imaginar lo que ellos pensaron posteriormente cuando vieron a Judas traicionando a Jesús en el huerto. Sus mentes debieron haber retrocedido rápidamente a lo que había dicho antes en el aposento alto. Jesús les había dado una cantidad de profecías y promesas que empezaron con la traición de Judas y terminaron con la promesa de un Consolador divino. Empezando con la traición en el huerto, todo lo que dijo Jesús se cumplió, punto por punto. La fe de los discípulos estaba completamente solidificada cuando llegó el tiempo del cumplimiento de la última promesa en el día de Pentecostés.

La promesa final de enviar un Consolador divino estaba ligada a la promesa de una paz sobrenatural. Cuando descendió el Espíritu Santo en el día de Pentecostés, una paz sobrenatural como ellos jamás habían conocido invadió sus corazones conforme el Espíritu de Dios entraba a morar en ellos. Después, cuando Pedro y Juan predicaron, las autoridades religiosas los confrontaron y les ordenaron que dejaran de hacerlo. Ellos respondieron con calma: "Juzguen ustedes si es justo delante de Dios obedecerles a ustedes antes que a Dios. Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hechos 4:19, 20).

Una por una, cada promesa que Jesús dio a los discípulos se cumplió. Con cada una de ellas, su fe se fortalecía progresivamente de modo que confiaban en él más y más. Las profecías cumplidas documentaron completamente la verdad de que él era Dios.

Tal vez te preguntes por qué si Jesús quería fortalecer a sus hombres simplemente no se quedó en la tierra y continuó enseñándoles. La razón es que él tenía otra obra más urgente que hacer. Era el momento de cumplir el propósito de Dios en la redención expiando el pecado, marcharse y dejar que el Espíritu Santo hiciera su obra y dar rienda suelta a los discípulos para que cumplieran su llamado.

Los acontecimientos que siguieron en verdad fortalecieron la fe de los discípulos. Cristo dijo que iba a morir en la cruz, y así fue. Dijo que iba a resucitar, y así fue. Dijo que ascendería al Padre, y ellos lo vieron ascender. Dijo que el Espíritu vendría, y sucedió.

Dijo que daría vida sobrenatural, y ellos la obtuvieron. Les prometió una unión sobrenatural con el Dios viviente, y ellos la experimentaron. Les prometió que un Maestro iba a morar en ellos, y recibieron el Espíritu de

Dios. Les prometió paz, y ellos fueron inundados con paz. Cada detalle de cada profecía se cumplió tal como lo dijo. A través de esos eventos, la fe de los discípulos se hizo sólida como la roca. Sus palabras fueron así documentadas y su fe cementada.

La partida del Señor fue realmente un acto de amor por los discípulos. Jesús sabía que la fe de estos tendría que ser fuerte si iban a llevar su mensaje a todo el mundo. Tendrían que pasar por toda la furia del fuego de Satanás, hasta el horno de la oposición del infierno. Ver el cumplimiento de sus profecías una tras otra era la mejor manera en que la fe de ese pequeño grupo permaneciera lo suficientemente fuerte para esa misión.

De hecho, Jesús dijo que si realmente lo amaban —si realmente querían que el mundo oyera el evangelio— se regocijarían de saber que se estaba yendo. En efecto, Jesús estaba diciendo: "Dejen de ver mi muerte desde su propia perspectiva y véanla desde la mía. Cuando me vaya, su fe se fortalecerá porque la verdad quedará registrada para ustedes en forma completa e irrefutable. Entonces ustedes llevarán mi mensaje a todo el mundo. Pero cuanto más tiempo me quede, más se postergará esa proclamación".

EL ARCHIENEMIGO DE JESÚS SERÍA DERROTADO

Cuando Jesús vino a la tierra, su propósito principal era redimir a todo aquel que pusiera su fe en él. La caída de Adán había arruinado la comunión de la humanidad con Dios. Debido a su pecado, todos sus hijos nacieron en un estado de pecado y rebelión; todo humano era culpable y estaba espiritualmente aislado, perdido, esclavo del pecado y condenado. Nadie tenía comunión con Dios ni capacidad de agradarle o merecer su favor (Romanos 8:8). Cristo estaba decidido (aun antes de la fundación del mundo) a venir a la tierra para traer a los pecadores de regreso a Dios (cf. Apocalipsis 13:8). Para tener éxito, el Señor tenía que derrotar a Satanás en forma contundente. En Juan 14:30, Jesús informa a los discípulos acerca del futuro enfrentamiento con su diabólico enemigo. "Ya no hablaré mucho con ustedes porque viene el príncipe de este mundo y él no tiene nada en mí". Fíjate que él llama al diablo "el príncipe de este mundo", porque este es el dominio de Satanás y el sistema del mal bajo en cual es oprimido es maquinación suya.

Satanás ya moraba en Judas, empujándolo hacia el huerto, donde iba a

traicionar a Jesús, quien sabía que este estaba viniendo en la persona de Judas para llevárselo y que estaba a punto de entrar en la temible batalla mortal con su enemigo.

Jesús había resistido y vencido a Satanás durante toda su vida terrenal. El diablo había tratado de matarlo cuando era un bebé: había ocasionado que todos los bebés varones fueran muertos por toda la región donde Jesús había nacido (Mateo 2:16). Aunque la Biblia mayormente guarda silencio con respecto a los primeros treinta años de la vida de Jesús, él sin duda enfrentó la oposición satánica en todo momento. Luego, cuando empezó su ministerio, Satanás inmediatamente se encontró con él en el desierto para tentarlo; incluso trató de hacer que Jesús se inclinara y lo adorara. Durante el ministerio de Jesús, Satanás trató de todo. Enfrentó al Señor con gente que lo odiaba y trataba de matarlo, y con demonios que se le oponían e intentaban detener su obra.

Desde la noche de su nacimiento hasta la de su muerte, Satanás luchó contra Jesús. Al final, su muerte resolvería el conflicto de siglos que había causado estragos desde la caída de Lucifer del cielo (cf. Isaías 14:12-15 y Ezequiel 28:12-19). El resultado se decidiría en el Calvario. Jesús estaba a punto de ganar la victoria final.

Jesús siempre estuvo deseoso de obtener la victoria sobre Satanás. Anteriormente, Jesús había declarado: “Ahora es el juicio de este mundo. Ahora será echado fuera el príncipe de este mundo. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo” (Juan 12:31, 32). El apóstol Juan agrega esta nota editorial: “Esto decía dando a entender de qué muerte había de morir” (v. 33). En otras palabras, nuestro Señor estaba diciendo que la derrota final de Satanás se lograría cuando él fuera “levantado” en la cruz. Él fue a la cruz sabiendo que era el golpe final que eliminaría el poder de Satanás.

Cuando Jesús estaba en el huerto, llegaron los soldados. Él les preguntó: “¿Como contra un asaltante han salido con espadas y palos? Habiendo estado con ustedes cada día en el templo, no extendieron la mano contra mí. Pero esta es la hora de ustedes y la del poder de las tinieblas” (Lucas 22:52, 53). La frase “del poder de las tinieblas” es una referencia a Satanás. Jesús estaba diciendo: “Esta es la hora de mi juicio sobre ustedes y el diablo que los ha motivado”. Él consideraba su terrible experiencia en la cruz como un conflicto con Satanás. Este golpearía a Jesús en el talón, pero Jesús aplastaría

su cabeza (cf. Génesis 3:15). Cristo se convirtió en hombre con el explícito propósito de destruir al diablo. Hebreos 2:14 dice: “Por tanto, puesto que los hijos [aquellos por los cuales Jesús vino a salvar] han participado de carne y sangre, de igual manera él participó también de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio sobre la muerte (este es el diablo)”. En 1 Juan 3:8 leemos: “Para esto fue manifestado el Hijo de Dios: para deshacer las obras del diablo”. Jesús vio a la cruz como un conflicto con el diablo, y él sabía que saldría victorioso.

Desde que ocurrió el sacrificio en la cruz, el poder de Satanás se ha roto. Él todavía está activo, pero la muerte y resurrección de Cristo lo han debilitado eficazmente. Puesto que ya ha sido roto su principal fortaleza, el diablo no tiene poder en su vida a menos que tú cedas a él. Ahora él es el prisionero de Cristo y un día será echado al lago de fuego.

Así que en efecto, Jesús estaba diciendo a sus discípulos: “Vean la cruz desde mi perspectiva. Yo acabé con este interminable conflicto con Satanás; ya me cansé de su oposición. Cuando vaya a la cruz, voy a destruir al diablo. No se apenen, sino estén gozosos. Voy a derrotar al archienemigo que nos ha causado problemas durante siglos”. Resultó que todas las maquinaciones de Satanás para lograr que Jesús fuera a la cruz eran solo parte del plan de Dios para destruir a su enemigo.

Satanás trató desesperadamente, aunque en vano, de encontrar un lado donde Jesús fuera vulnerable. Él mismo dice en Juan 14:30: “El príncipe de este mundo... no tiene nada en mí”. Satanás había buscado alguna debilidad pecaminosa en él, pero no la pudo encontrar porque no tenía ninguna.

Si Satanás hubiera podido encontrar algún pecado en Cristo, nuestro Señor hubiera sido digno de muerte. Como dice Romanos 6:23: “Porque la paga del pecado es muerte”. Pero Jesús “no cometió pecado, ni fue hallado engaño en su boca” (1 Pedro 2:22). Él es “santo, inocente, puro, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos” (Hebreos 7:26). Él no pecó; no pudo pecar.

Satanás había entrado en conflicto con aquel que no era vulnerable. y él sería quien iba a ser destruido.

EL AMOR SERÍA DEMOSTRADO

Si Jesús no hizo nada que mereciera la muerte, nos quedamos

preguntándonos por qué se le permitió morir. La respuesta es que Jesús quería demostrar su amor por el Padre. Iba a la cruz voluntariamente "para que el mundo conozca que yo amo al Padre" (Juan 14:31). Como Hijo, era obediente a su Padre. Si bien también es cierto que murió para demostrar su amor por su pueblo, aquí enfatiza su amor por *el Padre*. Fue un acto supremo de amor por él morir de acuerdo a la voluntad de su Padre.

Es interesante que a pesar de que Jesús a menudo habló de su *obediencia* al Padre, esta es la única vez en el Nuevo Testamento en la que él específicamente afirma su *amor* por él. Pero recuerda el punto que Jesús mismo enfatizó en Juan 14:15: la obediencia es el fruto del amor auténtico, de modo que cada mención de su obediencia al Padre implica amor también.

Los líderes religiosos de la época de Jesús declararon amar a Dios, pero este amor era una imitación superficial, y no podía pasar la prueba de la obediencia. Este es un punto importante a lo largo del discurso de Jesús, quien había dicho tres veces enfáticamente que la prueba del verdadero amor es la obediencia (Juan 14:15, 21, 23). Ahora iba a dar a los discípulos una viva prueba de su amor por Dios; iba a morir porque ese era el plan del Padre. Iba a morir porque amaba al Padre; no porque mereciera la muerte, sino porque Dios lo había designado para la redención de los pecadores. Jesús quería mostrar al mundo su amor por el Padre, y se regocijó en esta oportunidad, porque el amor se demuestra mejor en el servicio desinteresado y sacrificado por el ser amado.

Quizá pienses que conforme sus discípulos escuchaban y aprendían lo que le significaba a Jesús su muerte, con seguridad estarían saliendo muy rápido de su egoísta aletargamiento. Tenían por delante días difíciles y su dolor podría haberse aliviado gran-demente con tan solo haber empezado a ver a través de los ojos de Jesús, quien con seguridad quería que entendieran la grandiosidad del plan de salvación que se estaba desenvolviendo a su alrededor. Sin duda les estaba comunicando este mensaje con suficiente volumen y claridad. Si tan solo hubieran escuchado, habrían podido percibir más allá de su egoísta sensación de tristeza y soledad, pero eso no sucedió hasta después de la resurrección.

No critiquemos mucho a los discípulos, porque nosotros somos como ellos: estamos demasiado preocupados por nuestros propios problemas y necesidades como para escuchar a Cristo. Muchas veces nuestras oraciones están llenas de peticiones pero escasas de agradecimiento. Rogamos pero no

alabamos. En vez de ver las cosas egoístamente —tratando de ver cómo nos afecta— deberíamos fijarnos en la forma en que las cosas afectan la causa de Cristo. Debemos orar para que Dios nos cure de nosotros mismos de modo que podamos ser totalmente obedientes a él.

---

1 Para un estudio extenso sobre drama y la importancia de la muerte de Cristo, vea John MacArthur, *El asesinato de Jesús* (Grand Rapids: Portavoz, 2004).

Nueve

LA VID Y LAS RAMAS

En momentos claves de su ministerio, Cristo enfatizó su igualdad con Dios usando la terminología más clara posible. Nosotros ya nos hemos fijado en una de ellas, en Juan 13:19 (“Desde ahora les digo, antes de que suceda, para que cuando suceda crean que Yo Soy”). Muchas de las afirmaciones más fuertes de su deidad usaron el mismo nombre utilizado por Dios cuando por primera vez se reveló a Moisés diciéndole “Yo soy” (Éxodo 3:14).

Antes del discurso del aposento alto, Jesús ya había enseñado a los discípulos: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35); “Yo soy la luz del mundo” (8:12); “Yo soy la puerta” (10:9); “Yo soy el buen pastor” (vv. 11, 14) y “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (14:6). Todas ellas fueron claras declaraciones de deidad, cada una de las cuales se refería a un atributo importante de Dios (p. ej. Luz, verdad) o una imagen de él del Antiguo Testamento (el buen pastor y el pan que viene del cielo). No se podía malentender su intención. Jesús estaba declarando que él es Dios.

Ahora dice: “Yo soy la vid verdadera” (15:1). Como todos los otros pasajes grandiosos de “Yo soy” registrados en el Evangelio de Juan, esta figura retórica señala su deidad. Cada una de ellas es una metáfora que eleva a Cristo al nivel de Creador, Sustentador, Salvador o Señor, títulos que pueden legítimamente ser declarados solo por Dios.

> “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Toda rama que en mí no está llevando fruto, la quita; y toda rama que está llevando fruto, la limpia para que lleve más fruto. Ya ustedes están limpios por la palabra que les he hablado. Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Como la rama no puede llevar fruto por sí sola si no permanece en la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes las ramas. El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto. Pero separados de mí nada pueden hacer. Si alguien no permanece en mí, es echado fuera como rama y se seca. Y las recogen y las echan en el fuego, y son quemadas. Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y les será hecho. En esto es glorificado mi Padre: en que lleven mucho fruto y sean mis discípulos” (Juan 15:1-8).

La metáfora en este pasaje representa una vid con muchas ramas. La vid es la fuente y sustento de vida para las ramas, y estas deben permanecer en ella

para vivir y llevar fruto. Jesús, por supuesto, es la vid, y las ramas son los discípulos. Si bien es obvio que las ramas que llevan fruto representan a los verdaderos creyentes, la identidad de los que no llevan fruto es cuestionable. Algunos comentaristas dicen que las ramas estériles son gente redimida, es decir, cristianos estériles o carnales. Otros creen que las ramas sin fruto representan a los no creyentes. Como siempre, debemos ver el contexto para hallar la respuesta.

El verdadero significado de la metáfora se aclara cuando consideramos los personajes en el drama de esa noche. Los discípulos estaban con Jesús, quien los había amado hasta lo sumo; los había consolado con las palabras registradas en Juan 14. El Padre era lo primero en su mente, porque Jesús estaba pensando en los eventos concernientes a su muerte, que iba a suceder al día siguiente. Pero el Maestro también era consciente de la traición que iba a sufrir y del traidor que la llevaría a cabo. Poco antes, Cristo había sacado a Judas Iscariote del grupo porque había rechazado su apelación final de amor.

Todos los personajes del drama estaban, así pues, en la mente de Jesús. Él estaba ocupado en esta sesión didáctica con *los once*, a quienes amaba profunda y apasionadamente. Jesús iba camino al huerto para orar *al Padre*, con quien tenía constante comunión y compartía un amor infinito. Sin embargo, aún estaba sufriendo por *Judas*, quien acababa de apartarse de Jesús y los otros discípulos, decidido ya a traicionarlo por un sucio puñado de dinero.

Cada uno de esos personajes desempeñó un papel en la metáfora de Jesús. La vid es Cristo; el labrador es el Padre. Las ramas que llevan fruto representan a los once y todos los verdaderos discípulos de la era de la iglesia. Las ramas sin fruto representan a Judas y a todos aquellos que nunca fueron verdaderos discípulos.

Jesús había sido consciente por mucho tiempo de la diferencia entre Judas y los once. Recuerda que él dijo después de lavar los pies de los discípulos: “Ya ustedes están limpios, aunque no todos” (Juan 13:10). El apóstol añade: “Porque sabía quién lo entregaba por eso dijo: ‘No todos están limpios’ “ (v. 11). Judas fue la excepción. Él nunca había sido “lavado” o “purificado en el lavamiento del agua con la palabra” (Efesios 5:26). Nunca se había sometido al “lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo” (Tito 3:5). Judas no era un hombre regenerado, y Jesús lo sabía.

Como vimos en el capítulo 2 de nuestro estudio, para el observador casual —incluso para los discípulos del círculo íntimo— Judas parecía ser como los otros. Estuvo con Jesús la misma cantidad de tiempo. Era de tanta confianza que hasta le habían delegado la responsabilidad de cuidar el dinero del grupo. Todo el mundo lo veía como una verdadera rama de la vid. Solo había una diferencia entre Judas y los demás discípulos: él nunca llevaría ningún fruto espiritual verdadero. De modo que Dios quitó la rama de Judas de la vid, y fue quemada.

Algunos dirían que Judas fue un creyente que se apartó y perdió su salvación. Según ellos, lo mismo podría suceder a cualquier creyente que se volviera estéril sin fruto. Pero Jesús hizo una pro-mesa a sus redimidos: "Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:28). Jesús garantizó la absoluta seguridad de todo verdadero hijo de Dios: "Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene jamás lo echaré fuera" (Juan 6:37). Un creyente genuino no puede perder la salvación y ser condenado al infierno. Eso invalidaría la promesa de Cristo y sería una violación de su fidelidad.

Una rama que verdadera e íntimamente está conectada con la vid es fructífera y segura, y jamás será quitada. Pero aquellos que solo tienen un apego superficial —ramas que no están verdaderamente conectadas haciendo uso del sistema vascular de la vid— serán quitadas. La mayoría de estas son retoños adheridos a otras ramas, extrayendo fuerza de ellas en vez de tomarla de la propia vid, pero su energía no está invertida en la producción de fruto. En cambio, establecen sus propias raíces. Los horticultores llaman a estos retoños "chupones". Son parásitos que extraen la vitalidad de las verdaderas ramas. Yo me refiero a ellas como "las ramas Judas". Son una excelente metáfora del peligro del cual nos está advirtiendo Jesús.

Hay gente que, como Judas, parece —según la percepción humana— estar unida a Cristo, pero son apóstatas condenados al infierno. Pueden asistir a la iglesia, saber todas las respuestas correctas, hablar la jerga con fluidez y cumplir con todas las formalidades religiosas normales, pero Dios los quitará y ellos serán quemados.

Otros, como los once, están conectados a la vid de cerca y en forma fructífera. Estos llevan fruto genuino.

Esos son los principios básicos de esta metáfora. Consideremos los aspectos

particulares.

CRISTO ES LA VERDADERA VID

Jesús no estaba introduciendo una nueva idea al usar la metáfora de la vid y sus ramas. En el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel era representado como la vid del Señor. Dios usó a su pueblo para alcanzar sus propósitos en el mundo y bendijo a aquellos que estaban conectados con Israel. Él era el labrador; él cuidaba de la vid, la podaba y cortaba las ramas que no llevaban fruto. Pero la vid de Dios degeneró y no llevaba fruto. El labrador estaba profundamente dolido por la tragedia de la ausencia de fruto en Israel:

> "Cantaré a mi amigo la canción de mi amado acerca de su viña: Mi amigo tenía una viña en una fértil ladera. La había desherbado y despedregado. Luego había plantado en ella vides escogidas. Había edificado en ella una torre y también había labrado un lagar. Esperaba que diera uvas buenas, pero dio uvas silvestres.
>
> 'Ahora pues, oh habitantes de Jerusalén y hombres de Judá, juzguen entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía haber hecho por mi viña que yo no haya hecho en ella? ¿Por qué, pues, esperando yo que diera uvas buenas, ha dado uvas silvestres? Ahora pues, les daré a conocer lo que yo haré a mi viña: Quitaré su cerco, y será consumida; romperé su vallado, y será pisoteada. La convertiré en una desolación; no será podada ni cultivada. Crecerán espinos y cardos, y mandaré a las nubes que no derramen lluvia sobre ella'.
>
> Ciertamente la viña del SEÑOR de los Ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su placentero vergel"
>
> (Isaías 5:1-7).

Dios había hecho todo para crear un ambiente que produjera fruto, sin embargo Israel estaba espiritualmente estéril. Así que Dios quitó sus muros y lo dejó sin protección.

Entonces las naciones extranjeras lo pisotearon y lo desolaron. Israel ya no era la vid de Dios; había abandonado su privilegio. Ahora hay una nueva vid. La bendición ya no viene por medio de una relación de pacto con Israel. El fruto y la bendición vienen por medio de una conexión espiritual con Jesucristo.

Jesús es la verdadera vid en la Escritura. La palabra *verdadero* a menudo es usada por los autores del Nuevo Testamento para describir lo que es eterno, celestial y divino. Israel era imperfecto, pero Cristo era perfecto; Israel era el tipo, pero Cristo es la realidad. Él también es llamado el verdadero tabernáculo ("verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre"), en oposición al tabernáculo original y terrenal (Hebreos 8:2). Él es la luz

verdadera (Juan 1:9). Dios había revelado mucha verdad en el Antiguo Testamento, pero Cristo es la viva personificación de la verdad y la plena revelación de Dios a la humanidad: “La luz verdadera que alumbra a todo hombre”. Él también es el verdadero pan (Juan 6:32). Dios había sustentado a los hombres por medio del maná del cielo, pero Cristo es el verdadero sustentador de la vida; el maná en el desierto era simplemente un símbolo de él.

Jesús escogió la imagen de una vid por varias razones. La sencillez de la vid demuestra su humildad. La imagen también representa una unión cercana, permanente y vital entre Cristo y sus seguidores. Simboliza pertenencia, porque las ramas pertenecen completamente a la vid. Si las ramas van a vivir y llevar fruto, deben depender completamente de la vid para su alimentación, soporte, fortaleza y vitalidad.

No obstante, muchos que se hacen llamar cristianos no dependen de Cristo. En vez de estar apegados a la verdadera vid, están ligados a una cuenta bancaria. Otros están ligados a su educación. Algunos obtienen su energía y motivación de la popularidad, fama, habilidades personales, posesiones, relaciones o deseos carnales. Algunos creen que la iglesia terrenal es su vid y tratan de apegarse a un sistema religioso. Pero ninguna de esas cosas puede sustentar a ninguna persona por la eternidad y producir fruto espiritual. La única vid verdadera es Cristo.

EL PADRE ES EL LABRADOR

En la metáfora, Cristo es una planta, pero el Padre es una persona. Ciertos falsos maestros han dicho que esto demuestra que Cristo no es divino sino menor en carácter y esencia que el Padre. Dicen que si él es Dios, la parte suya y la del Padre en la metáfora deben ser iguales. Él debe ser la vid, y el Padre debe ser la raíz de la vid. Pero hacer tal declaración es perderse precisamente el mensaje de la metáfora de Jesús y la razón por la cual el apóstol Juan la incluyó en su evangelio.

Aunque el texto está afirmando su igualdad en esencia con el Padre —al declarar ser la fuente y el sustentador de la vida— Jesús también está enfatizando la diferencia fundamental entre su papel y el del Padre. El punto es que el Padre cuida del Hijo y de aquellos unidos a este por fe.

Los discípulos estaban familiarizados con el papel del labrador. Después de

plantar una vid, el labrador tiene dos responsabilidades. Primero, corta las ramas sin fruto, las cuales extraen la savia de las ramas que llevan fruto. Si se desperdicia la savia, la planta llevará menos fruto. Luego poda constantemente los retoños de las ramas que llevan fruto para que toda la savia se concentre en llevar fruto. Jesús aplica esas actividades a la esfera espiritual: “Toda rama que en mí no está llevando fruto, la quita; y toda rama que está llevando fruto, la limpia para que lleve más fruto” (Juan 15:2).

Las ramas sin fruto que son cortadas son inútiles. Puesto que no se queman bien, no pueden usarse ni siquiera para calentar una casa. Son echadas en montículos y quemadas como la basura. Como dice el versículo 2, Dios “quita” esas ramas. No las repara; las quita.

Aquellos que son quitados para empezar nunca tuvieron una conexión vital con la vid. Como Judas, realmente no permanecen en la vid. La única conexión fue superficial. Nunca tuvieron una conexión verdadera, vivificadora y productora de fruto con Cristo y por lo tanto nunca fueron realmente salvos. En cierto momento, el Padre los quita para conservar la vida y la fructificación de las otras ramas.

El Padre poda las ramas que llevan fruto para que lleven más.

Sabemos que estas ramas representan a los cristianos, porque solamente ellos pueden llevar fruto. No solo se poda una vez; es un proceso constante. Después de la poda continua, una rama lleva mucho fruto: “En esto es glorificado mi Padre: en que lleven mucho fruto y sean mis discípulos” (Juan 15:8).

EL PADRE QUITA LAS RAMAS QUE NO LLEVAN FRUTO

Las ramas que llevan y no llevan fruto crecen rápidamente, y el labrador debe podar cuidadosamente las primeras y quitar las últimas. Él debe conocer la diferencia. Si va a haber una gran cantidad de fruto, cada retoño que crece en las ramas que llevan fruto debe ser cortado para que no agote la savia, la luz solar y el alimento de todo este proceso.

En el Medio Oriente del siglo I, era común evitar que una vid llevase fruto por tres años después de haber sido plantada. Todos los recursos para el crecimiento se dedicaban al desarrollo de la propia vid. Cuando llegaba el cuarto año, estaba lo suficientemente fuerte para llevar abundante fruto. La poda cuidadosa en realidad aumentaba la capacidad de fructificación. Las

ramas maduras, que ya habían pasado por este proceso de cuatro años, eran podadas anualmente entre diciembre y enero.

Jesús dijo que sus seguidores eran como ramas maduras que llevaban fruto pero necesitaban ser podadas. El cristiano sin fruto no existe, cada uno de ellos lleva algo de fruto. En algunas ocasiones, quizá tengas que buscar con dificultad para encontrar siquiera una pequeña uva, pero si buscas lo suficiente, hallarás algo, si en verdad estás tratando con una verdadera rama.

Llevar fruto es la esencia de la vida cristiana. Efesios 2:10 dice: “Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. El inevitable fruto de la gracia de Dios obrando en una vida es una abundancia de buenas obras. Santiago 2:17 explica la relación cercana entre la fe y las obras: “La fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma”. Si alguien está conectado con Cristo a través de una legítima fe salvadora, esa fe *producirá* fruto. Si la confesión de fe de una persona es una farsa o su interés en Cristo es meramente superficial (a diferencia de un compromiso total de amor y confianza), esa persona no llevará fruto perdurable, sino que al final se apartará y abandonará su confesión.

Eso no significa que las obras salven a una persona, pero sí son evidencia de que la fe es genuina. Jesús mismo dice en Juan 15:8 que llevar fruto es la prueba necesaria del discipulado genuino.

Jesús también dijo en otra parte que un creyente genuino puede ser probado por su fruto. “Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así también, todo árbol sano da buenos frutos, pero el árbol podrido da malos frutos. El árbol sano no puede dar malos frutos, ni tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conocerán” (Mateo 7:16-20). La ilustración de Jesús no tendría sentido en absoluto si cada cristiano no llevase por lo menos algo de fruto.

Juan el Bautista reconoció la conexión entre la salvación y el llevar fruto. Cuando vio a los fariseos y saduceos llegando para ser bautizados, les dijo: “¡Generación de víboras! ¿Quién les enseñó a huir de la ira venidera? Produzcan, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Mateo 3:7, 8). Una carencia total de fruto genuino mostraba que su arrepentimiento no lo era.

Puesto que todos los cristianos llevan fruto, es evidente que las ramas sin

fruto en Juan 15 no pueden referirse a ellos. De hecho, estas tenían que ser eliminadas y lanzadas al fuego. No obstante, en el versículo 2, Jesús se refiere a las ramas sin fruto como aquellas que están "en mí". Si están "en él", ¿no son creyentes genuinos?

No necesariamente. Otros pasajes en las Escrituras muestran que es posible ser un parásito espiritual que tiene la apariencia de vida espiritual sin ser realmente un verdadero creyente. Por ejemplo, Romanos 9:6 dice: "No todos los nacidos de Israel son de Israel". Una persona puede ser parte de la nación de Israel pero no ser un verdadero israelita. Asimismo, uno puede estar en la vid sin tener una conexión vital y permanente. En una metáfora similar, Romanos 11:17-24 representa a Israel como un olivo al cual Dios ha quitado ramas, las cuales fueron cortadas a causa de la incredulidad (v. 20).

Lucas 8:18 es una de muchas advertencias en las Escrituras que se enfocan en aquellos que cultivan la apariencia de ser piadosos sin una conexión vital con la vida de Dios: "Miren, pues, cómo oyen; porque a cualquiera que tenga le será dado, y a cualquiera que no tenga, aun lo que piense tener le será quitado". Dios quitará las "ramas Judas". Toda conexión superficial con Cristo será cortada, de una forma u otra. Eso es lo que 1 Juan 2:19 describe: "Salieron de entre nosotros pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros habrían permanecido con nosotros. Pero salieron para que fuera evidente que no todos eran de nosotros".

Muchísima gente religiosa solo tiene una relación superficial con Cristo. Algunos de ellos son hipócritas deliberados y conscientes, y muchos otros se han engañado a sí mismos. Pero Jesús mismo dijo que hay *muchos* que en el día del juicio le dirán: "¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?" (Mateo 7:22). Él les declarará: "Nunca les he conocido. ¡Apártense de mí, obradores de maldad!" (v. 23). Así que asegúrate de que tu conexión con Cristo sea real y permanente. El apóstol Pablo nos amonesta: "Examínense a ustedes mismos para ver si están firmes en la fe; pruébense a ustedes mismos. ¿O no conocen en cuanto a ustedes mismos que Jesucristo está en ustedes, a menos que ya estén reprobados?" (2 Corintios 13:5). Por lo tanto tenemos una severa advertencia de la Escritura de revisar nuestras propias vidas y asegurarnos de que nuestra salvación sea real. Esto es serio; una rama que no lleva fruto es quitada y quemada.

Aquellos que dicen que las ramas descartadas son cristianos tienen un

problema: las ramas son quemadas. Si esas ramas fueran cristianos, significaría que estos han perdido la salvación para siempre. Pero esas ramas sin fruto son ramas Judas, falsas ramas, gente que se asocia con Jesús y su cuerpo y tiene una apariencia de fe en él, pero solo son apariencias. El labrador celestial las quitará.

EL PADRE LIMPIA LAS RAMAS QUE LLEVAN FRUTO

Aunque las ramas sin fruto sean quitadas de la vid y sean quemadas, el Padre tiernamente cuida de las ramas que llevan fruto. Jesús dijo a sus discípulos: "Toda rama que en mí no está llevando fruto, la quita; y toda rama que está llevando fruto, la limpia para que lleve más fruto" (Juan 15:2). El labrador poda *todas* las ramas que llevan fruto para que lleven mucho fruto.

Kathairo es la palabra original griega que se traduce como "podar". Es un término con un rango de significados, pero la idea fundamental es la de limpieza. En agricultura, se refería a quitar las cáscaras de los granos, o retirar las hierbas malas y las piedras de la tierra antes de plantar las cosechas. En la metáfora de la vid, se refiere a purgar las ramas fructíferas de los retoños.

En la Palestina del siglo I, los labradores quitaban los retoños de varias maneras. A veces se apretaba la punta para detener su crecimiento. Las ramas más grandes eran recortadas para prevenir que se volviesen demasiado largas y débiles. Los grupos de flores o uvas no deseados eran disminuidos.

Podar también es necesario en nuestras vidas espirituales. El Padre quita los pecados y las cosas superfluas que limitan nuestra capacidad de dar fruto. Una de las mejores maneras de hacerlo es dejar que el sufrimiento y los problemas vengan a nuestras vidas. Los labradores a menudo usan un cuchillo, lo cual encaja con la metáfora. A veces, cuando el labrador celestial nos pone en el proceso de poda, duele; y nos podemos preguntar si él sabe lo que está haciendo. Sí lo sabe. Podría parecerte que eres la única rama que está siendo podada aunque otras lo necesiten más. Pero el labrador sabe exactamente lo que está haciendo, y ejecuta su obra con impecable destreza.

Los sufrimientos y las pruebas pueden tomar muchas formas: enfermedad, penurias, pérdida de posesiones materiales, persecución o calumnia por parte de no creyentes. Para algunos es la pérdida de un ser querido o sufrimiento en una relación. Sea cual fuere el proceso, la poda espiritual reduce nuestro

enfoque y fortalece la calidad de nuestro fruto.

Durante cualquier momento de la poda, podemos estar seguros de que Dios cuida de nosotros y quiere que llevemos mucho fruto. Él quiere librarnos de los retoños que agotan nuestra vida y energía y continúa su cuidado a lo largo de nuestras vidas para mantenernos espiritualmente saludables y productivos.

Saber del amor y cuidado del Padre debe cambiar la manera en que vemos las pruebas. Él no permite que experimentemos los problemas y las luchas sin ningún propósito. Los problemas que Dios permite están diseñados para desarrollarnos a fin de que podamos llevar más fruto: “Porque el Señor disciplina al que ama y castiga a todo el que recibe como hijo... Él nos disciplina para bien a fin de que participemos de su santidad” (Hebreos 12:6, 10).

¿Ves las pruebas y los problemas como poda hecha por un amoroso labrador? ¿O caes en la autocompasión, el temor, las quejas y la amargura? Quizás te parece que Dios tiene buenas intenciones pero no está podando correctamente. Tal vez preguntes: “Dios, ¿por qué yo? ¿Por qué he de tener problemas cuando parece que nadie más los tiene?”.

Si recordamos que Dios está tratando de hacernos más fructíferos, podremos hacer a un lado el proceso de podar y enfocarnos en la meta. Es emocionante reconocer que Dios quiere que nuestras vidas lleven mucho fruto. Podar puede ser doloroso, pero su fruto —la santidad— bien vale la pena.

El cuchillo de podar del labrador es la Palabra de Dios. Jesús dijo a sus discípulos: “Ya ustedes están limpios por la palabra que les he hablado” (Juan 15:3). La palabra que aquí se traduce “limpio” es la forma adjetiva del verbo que se usó en el versículo 2 para describir el proceso de podar. La Palabra de Dios es la herramienta que usa el labrador para podar el pecado de nuestras vidas y estimular la presencia de fruto.

Él también usa la aflicción para hacernos más sensibles a la Palabra. Casi todos nos volvemos más sensibles a la verdad de la Escritura cuando pasamos por dificultades. Cuando tenemos un problema en particular, un versículo de la Escritura a veces parece saltar de la página. En la adversidad, la Palabra de Dios cobra vida. Charles Spurgeon dijo:

> “La Palabra es a menudo el cuchillo con el que el gran agricultor poda la vid; y, hermanos y hermanas, si estuviéramos más dispuestos a sentir el filo de la Palabra y dejar que corte incluso

> algo que es muy querido para nosotros, no deberíamos necesitar tanta poda por medio de la aflicción. Como ese primer cuchillo no siempre produce el resultado deseado se usa otra herramienta afilada con la cual somos podados eficazmente”[1].

El proceso de poda definitivamente nos ayuda a llevar más fruto. Si no hay fruto en tu vida —si no hay conexión genuina con Jesucristo— estás en peligro de ser quitado y echado en el fuego del infierno. Pero si lo hay, puedes regocijarte cuando Dios aplica el cuchillo de podar para hacerte más efectivo, y estar contento, aun en la aflicción, sabiendo que la meta final del labrador es que lleves mucho fruto.

---

1 Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Londres: Passmore & Alabaster, 1899), 45:503.

Diez

PERMANECIENDO EN CRISTO

Las Escrituras usan un cierto número de metáforas para describir nuestra relación con Cristo: él es el rey y nosotros somos sus súbditos; él es el amo y nosotros somos sus esclavos; él es el pastor y nosotros somos sus ovejas; él es la cabeza y nosotros somos su cuerpo. Una de las mejores metáforas es la que usó Cristo mismo en Juan 15, donde él es la vid y nosotros las ramas.

Tal como vimos en el capítulo anterior, la metáfora de la vid y las ramas es una ilustración ideal de la vida cristiana. Una rama crece a través de su conexión con la vid, y nosotros asimismo crecemos espiritualmente solo a través de nuestra relación con Cristo. Él es la fuente de nuestra vida y vitalidad, así como la vid es la fuente de alimentación e hidratación que da vida a la rama. Una rama no es nada separada de la vid, y nosotros no podemos hacer nada separados de Cristo. Una rama extrae fuerza de la vid, y nosotros nos fortalecemos a través de nuestra conexión con Cristo.

Como hemos visto, en la metáfora de Juan 15, Cristo es la vid y el Padre es el labrador que poda las ramas que llevan fruto para hacer que produzcan más. Él quita las ramas que no llevan fruto y estas son quemadas. Por medio de la constante poda, aumenta la capacidad de la vid de llevar fruto. Las ramas que permanecen en la vid —aquellas que tienen una conexión espiritual vital con Cristo— son bendecidas; crecen y llevan fruto, y el Padre amorosamente las cuida.

Conforme Jesús continúa su enseñanza, pinta un hermoso cuadro de la vida cristiana y nos ayuda a entender y apreciar las bendiciones asociadas con permanecer en Cristo:

> “Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y les será hecho. En esto es glorificado mi Padre: en que lleven mucho fruto y sean mis discípulos. Como el Padre me amó, también yo los he amado; permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos permanecerán en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Estas cosas les he hablado para que mi gozo esté en ustedes y su gozo sea completo” (Juan 15:7-11).

Este pasaje pinta un hermoso cuadro de la vida cristiana. Amplifica seis maravillosas bendiciones asociadas con permanecer en Cristo: salvación, fructificación, oraciones contestadas, vida abundante, gozo completo y seguridad. Esos son algunos de los beneficios importantes de la vida de un creyente en Cristo, y vale la pena fijarse con más detalle en cada uno de ellos.

SALVACIÓN

Tal como lo notamos en el capítulo anterior, las ramas que permanecen en la vid verdadera representan a los creyentes auténticos. Ellos están conectados a la vid de manera apropiada y permanente, extrayendo vida y sustento del tronco principal. Cuando Jesús dice en Juan 15:4: "Permanezcan en mí", tiene por intención ser de aliento para que los discípulos perseveren. También es una súplica para cualquier desganado y no comprometido lector de la Escritura, exhortándolo a que se arrepienta de su vacilación y acoja a Cristo con una fe segura y fija. Tiene el mismo espíritu que los pasajes de advertencia esparcidos a lo largo del libro de Hebreos, exhortando a los lectores a que no se alejen de Cristo antes de haber entrado en su reposo. Necesitan permanecer en él de una manera profunda y permanente, no simplemente como parásitos aferrados superficialmente a las otras ramas.

Si la relación de una persona con Cristo es genuina, la persona permanece. La Palabra de Dios penetra en su vida y se queda en él o ella, cumpliendo su obra salvadora en su corazón. Primera de Juan 2:24-25 dice: "Permanezca en ustedes lo que han oído desde el principio. Si permanece en ustedes lo que han oído desde el principio, también ustedes permanecerán en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos ha hecho: la vida eterna".

Esto no quiere decir que sea posible merecer la salvación solo con estar firme, sino todo lo contrario; la obra salvadora de Dios es lo que nos hace verdaderamente firmes. *Él* "es poderoso para guardarlos sin caída y para presentarlos irreprensibles delante de su gloria con grande alegría" (Judas v. 24). Nosotros somos "guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo final" (1 Pedro 1:5). Sin embargo, esa firmeza es la evidencia necesaria de la salvación auténtica: "Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás para perdición sino de los que tienen fe para la preservación del alma" (Hebreos 10:39).

Pablo habló de esta perseverancia divinamente activada como evidencia de la verdadera salvación en Colosenses 1:22-23: "En su cuerpo físico por

medio de la muerte para presentarlos santos, sin mancha e irreprensibles delante de él; por cuanto permanecen fundados y firmes en la fe, sin ser removidos de la esperanza del evangelio que han oído".

Hebreos 3:6 asimismo dice: "Cristo es fiel como Hijo sobre su casa. Esta casa suya somos nosotros, si de veras retenemos la confianza y el gloriarnos de la esperanza". Al continuar en Cristo damos evidencia de que somos realmente parte de su casa. Después, el mismo capítulo afirma: "Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si de veras retenemos el principio de nuestra confianza hasta el fin" (v. 14). Un verdadero creyente tiene una relación viva y vital con Jesucristo que no puede ceder a la incredulidad o la apostasía.

Solo la persona que de este modo permanece en la verdadera vid puede proclamar la constante presencia de Dios. Jesús dijo: "Permanezcan en mí, y yo en ustedes" (Juan 15:4). Tal como vimos en un capítulo anterior, esa morada mutua habla de una unión perfecta, que garantiza la presencia permanente de Cristo.

Mucha gente viene a la iglesia creyendo que Dios está con ellos solo porque se sientan en una banca. Pero estar en una iglesia no significa que el Señor esté contigo. Él no vive dentro de un edificio sino en sus discípulos. Una persona que esté entre los verdaderos discípulos podría estar tan lejos de Cristo como aquella que está en una parte aislada del mundo que jamás haya escuchado el evangelio, si no permanece en la vid verdadera.

Jesús dice en el versículo 9: "Como el Padre me amó, también yo los he amado; permanezcan en mi amor". Un verdadero discípulo no viene a Cristo, recibe su amor y luego se va nuevamente, sino que permanece. Eso es lo que está diciendo Jesús, ya sea que diga "permanezcan", "lleven mucho fruto" o "permanezcan en mi amor". Todo ello significa: "Asegúrate de ser un verdadero creyente".

Un cristiano puede permanecer solo estando firmemente arraigado en Jesús. Si una rama va a permanecer, no puede estar a un centímetro de distancia: debe estar completamente conectada. Aquellos que son salvos son los que están permaneciendo y los que no lo hagan no lo serán.

FRUCTIFICACIÓN

Aquellos que verdaderamente permanecen llevarán fruto. Y nadie puede

producir fruto independientemente de la vid. Ese es el punto de Jesús en el versículo 4: “Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Como la rama no puede llevar fruto por sí sola si no permanece en la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en mí”. La persona que permanece descubre que su alma es alimentada por las verdades de Dios cuando mantiene una relación cercana, viva y activa con Jesucristo. El resultado natural de ello es el fruto espiritual.

A veces pensamos que podemos fabricar nuestro propio fruto. Nos independizamos porque creemos que somos fuertes o inteligentes. O a veces vemos el fruto que dimos en el pasado y creemos que lo podemos hacer solos; nos olvidamos de que Dios obró a través de nosotros para producir el fruto. Pero una rama no puede llevar fruto separada de la vid. Aun las fuertes no pueden funcionar independientemente. Las ramas más fuertes, cortadas de la vid, se vuelven tan impotentes como las débiles; las más hermosas son tan impotentes como las más feas, y la mejor es tan inútil como la peor.

Llevar fruto no es cuestión de ser fuerte o débil, bueno o malo, valiente o cobarde, astuto o tonto, experimentado o inexperimentado. Sean cuales sean tus dones, logros o virtudes, no pueden producir fruto si estás separado de Jesucristo.

Los cristianos que piensan que están llevando fruto separados de la vid solo están cargando fruto artificial. Se pasan el tiempo gruñendo y gimiendo para producir fruto pero no logran nada porque este se produce no por medio de sus intentos sino de su permanencia. Para llevar fruto genuino, debes tomar tu lugar en la vid y acercarte a Jesús todo lo que puedas. Quita todas las cosas del mundo. Pon a un lado los pecados que te distraen y te quitan la energía, todo lo que te dificulte tener una relación profunda, personal y amorosa con Jesús. Apártate del pecado y permanece en la Palabra de Dios.

Después de haber hecho todo eso, no te preocupes por llevar fruto. No te concierne. La vid simplemente te usará para hacerlo.

Acércate a Jesucristo y su energía en ti llevará fruto.

A algunas personas les parece que leer la Biblia es insípido y aburrido; piensan que compartir su fe también lo es. A otros les parece que esas cosas son emocionantes. Invariablemente, la diferencia es que unos están funcionando a través de obras, y otros se están concentrando en su relación con Jesucristo. No te enfoques en las obras; enfócate en tu caminar con Cristo y el fruto crecerá naturalmente como resultado de su relación.

El fruto es una frecuente metáfora en la Escritura. La palabra principal que se utiliza con este significado se usa aproximadamente cien veces en el Antiguo Testamento y setenta en el Nuevo Testamento, en veinticuatro de sus veintisiete libros. Se menciona a menudo, sin embargo también se malentiende a menudo.

El fruto no es un éxito externo. Muchos piensan que si un ministerio es grande y participa en él mucha gente, es fructífero. Pero una iglesia o grupo de estudio bíblico no es exitoso solo porque tenga mucha gente. El esfuerzo carnal puede producir grandes cantidades de seguidores. Algunos misioneros pueden ministrar a unas cuantas personas y llevar mucho fruto.

Llevar fruto no es sinónimo de sensacionalismo. Una persona no lleva mucho fruto porque sea entusiasta o pueda hacer que otros se entusiasmen por un programa de la iglesia. Dios produce verdadero fruto en nuestras vidas cuando permanecemos.

El fruto del Espíritu es común para todos nosotros, sin embargo este usa a cada persona de manera distinta. El fruto no puede ser producido estimulando el fruto genuino que otra persona haya llevado. Es tentador ver el fruto que otra persona ha producido y tratar de copiarlo. En vez de permanecer, tratamos de fabricar el fruto que hemos visto en otros y terminamos con fruto artificial. Dios no nos diseñó para fabricar fruto artificial. Nuestro fruto ha sido arreglado, ordenado y diseñado de manera singular por Dios, a quien le encanta la variedad.

El verdadero fruto es, primeramente, un *carácter que refleje a Cristo*. Un creyente que es como Cristo será por definición fructífero. Eso es a lo que Pablo se refería en Gálatas 5:22, 23: “El fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio”. Todas estas son características de Cristo.

Un carácter que refleje a Cristo no es producido por esfuerzo propio. Crece naturalmente como resultado de una relación con él. Nosotros no tratamos de ser primeramente amorosos y cuando lo logramos, tratamos de ser gozosos, y así sucesivamente, sino que esas cualidades se hacen parte de nuestras vidas conforme permanecemos en Cristo al quedarnos cerca de él.

Segundo, la *alabanza de agradecimiento* a Dios es fruto. Hebreos 13:15 dice: “Ofrezcamos siempre a Dios sacrificio de alabanza; es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”. Cuando alabas a Dios y le agradeces por lo

que es y por lo que ha hecho, le estás ofreciendo fruto.

Ayuda a los necesitados es una tercera clase de fruto a Dios. La iglesia filipense dio a Pablo un regalo; en Filipenses 4:17 él les dijo que estaba contento de que ellos hubieran suplido su necesidad: “No es que busque donativo sino que busco fruto que abunde en la cuenta de ustedes”. Él vio el regalo como un ejemplo de fruto en sus vidas. En el proceso de entregar un donativo de Macedonia y Acaya para los necesitados de Jerusalén, él dijo a la iglesia en Roma: “Así que, cuando haya concluido esto y les haya entregado oficialmente este fruto, pasaré por ustedes a España” (Romanos 15:28). Nuevamente se refirió a una contribución económica para los santos necesitados como un “fruto”. En ambos casos, sus ofrendas revelaron su amor, de modo que Pablo habló de ello como fruto espiritual. Un regalo a alguien en necesidad es fruto si es ofrecido con un corazón amoroso, con la divina energía del Cristo que mora en uno.

La pureza de conducta es otra clase de fruto espiritual. Pablo quería que los cristianos fueran santos en su conducta. Él escribió en Colosenses 1:10: “Para que anden como es digno del Señor a fin de agradarle en todo; de manera que produzcan fruto en toda buena obra y que crezcan en el conocimiento de Dios”.

Las conversiones son otro tipo de fruto. Muchos pasajes del Nuevo Testamento se refieren a ellas como fruto espiritual. En 1 Corintios 16:15, por ejemplo, Pablo llamó a los primeros conversos en Acaya las “primicias de Acaya”. Conforme te acerques y te parezcas más a él, descubrirás que compartir tu fe es un producto natural de esa permanencia. Tal vez no siempre veas fruto inmediatamente, pero este no obstante se producirá.

Cuando Jesús estaba viajando a Samaria, se encontró con una mujer que estaba sacando agua. Ella le dijo a la gente de su pueblo acerca de Jesús. Cuando estos salieron a encontrarlo, él dijo a los discípulos:

> “¿No dicen ustedes: ‘Todavía faltan cuatro meses para que llegue la siega’? He aquí les digo: ¡Alcen sus ojos y miren los campos que ya están blancos para la siega! El que siega recibe salario y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra y el que siega se gocen juntos. Porque en esto es verdadero el dicho: ‘Uno es el que siembra y otro es el que siega’. Yo los he enviado a segar lo que ustedes no han labrado. Otros han labrado, y ustedes han entrado en sus labores” (Juan 4:35-38).

Los discípulos estaban cosechando los resultados de la labor de otra gente, que no vio todo el resultado de su trabajo, pero cuyos esfuerzos llevaron

fruto.

William Carey pasó siete años en la India antes de ver una conversión. Algunas personas pensaban que esos años fueron desperdiciados. Pero casi todos los conversos en la India hasta hoy en día son fruto de su rama, porque él tradujo todo el Nuevo Testamento a muchos dialectos distintos de la India. Aunque no cosechó directamente lo que había sembrado, el legado de su vida llevó mucho fruto.

Una de las experiencias que dan más satisfacción en la vida es llevar fruto para Dios. Si no te está sucediendo a ti, la razón es simple: no estás permaneciendo en la vid.

ORACIONES CONTESTADAS

Dios da una promesa increíble a aquellos que permanecen: “Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y les será hecho” (Juan 15:7). Fíjate que hay dos condiciones en esa promesa. Primero, nosotros debemos permanecer, que, como hemos visto, se refiere a una conexión permanente y segura con Cristo, a la salvación. Esta promesa solo es para verdaderos creyentes.

Por supuesto, en su soberana sabiduría, Dios a veces contesta las oraciones de alguien que no es cristiano, pero no está obligado a hacerlo. Si así fuera, es su decisión soberana y por su propósito; pero no tiene por qué. La promesa de la oración contestada está reservada solo para aquellos que permanecen en la verdadera vid.

No obstante, muchos que son verdaderas ramas no siempre reciben la contestación que están buscando cuando oran. Puede ser que no estén cumpliendo con la segunda condición de Jesús, que es: “Si... mis palabras permanecen en ustedes”. Esto no se refiere solo a las palabras que Cristo mismo dijo. Algunas personas usan erróneamente Biblias con letras rojas porque consideran que las palabras de Jesús son más inspiradas o importantes que las de otros autores de las Escrituras. Pero las palabras de Pablo, Pedro, Juan y Judas son igual de importantes. El Señor Jesucristo ha hablado a través de toda la Escritura; *todo* es su mensaje para nosotros. Por lo tanto, cuando él dice: “Si... mis palabras permanecen en ustedes”, quiere decir que debemos tener tan buen concepto de toda la Escritura que dejamos que permanezca en nosotros, que la escondemos en nuestros corazones y que nos

comprometemos a conocerla y obedecerla.

Para cumplir la primera condición, una persona debe ser cristiana. Para cumplir la segunda, dicha persona debe estudiar la Escritura a fin de regir su vida por medio de lo que Cristo ha revelado.

El mismo principio está implicado en Juan 14:14: “Si me piden alguna cosa en mi nombre, yo la haré”. Cuando estudiamos ese texto en el capítulo 5, enfatizamos que orar en el nombre de Jesús no es simplemente añadir palabras mágicas al final de una oración. Significa orar por aquello que está de acuerdo con sus palabras y su voluntad. El cristiano que está permaneciendo en Cristo y está siendo controlado por su Palabra no va a pedir algo en contra de la voluntad de Dios, porque quiere lo que él quiere. Esa persona tiene garantizada una respuesta a su oración.

Nuestras oraciones a menudo no son contestadas porque oramos egoístamente. Santiago 4:3 dice: “Piden y no reciben; porque piden mal, para gastarlo en sus placeres”.

Nuestras oraciones serán contestadas si seguimos el ejemplo de Pablo en 2 Corintios 10:5: “Destruimos los argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios; llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo”. Debemos eliminar de nuestra mente todo lo que contradice la verdad de Dios o viola su voluntad. Cuando *pensamos* según la voluntad de Dios, *oramos* en consecuencia, y tales oraciones son siempre contestadas.

Hay tan poco poder en las oraciones de la iglesia actual porque no estamos permaneciendo y buscando completamente su mente. En lugar de traer nuestras mentes a la obediencia de Cristo y pedir de acuerdo a su voluntad, pedimos egoístamente, de modo que nuestras oraciones no son contestadas. Si cultiváramos una relación íntima de amor con Cristo, desearíamos lo que él desea, así que pediríamos y recibiríamos.

El salmista dijo: “Deléitate en el SEÑOR y él te concederá los anhelos de tu corazón” (Salmo 37:4). Eso significa que cuando te deleitas completamente en el Señor, él inculca los deseos correctos en tu corazón, y luego los cumple. Sus deseos se convierten en los tuyos. ¡Qué bendición es saber que Dios contestará cada oración que le traemos!

Permanecer en Cristo es la fuente de la vida abundante de la que habló Jesús en Juan 10:10. Aquellos que permanecen cumplen con el espléndido propósito de la vida, el cual es darle a Dios la gloria que se merece. Jesús dijo en Juan 15:8: “En esto es glorificado mi Padre: en que lleven mucho fruto y sean mis discípulos”. Cuando un cristiano permanece, Dios puede obrar por medio de él para producir mucho fruto. Puesto que Dios es quien produce el fruto, es él quien se glorifica.

Pablo reconoció la fuente de fruto en su vida. Él dijo en Romanos 15:18: “Porque no me atrevería a hablar de nada que Cristo no haya hecho por medio de mí”. El apóstol no le dijo a la gente lo bueno que era para predicar o evangelizar, sino que reconocía que todo lo que valía la pena en su vida venía de Dios.

En Gálatas 2:20, Pablo dice: “Con Cristo he sido juntamente crucificado; y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios quien me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Él sabía que Dios era la fuente de todo lo que era digno de elogio en él, así que solo él merecía toda la gloria.

Pedro tuvo la misma idea en mente cuando dijo en 1 Pedro 2:12: “Tengan una conducta ejemplar entre los gentiles, para que en lo que ellos los calumnian como a malhechores, al ver las buenas obras de ustedes, glorifiquen a Dios en el día de la visitación”.

De modo que esta es la progresión lógica: el que permanece lleva fruto; Dios es glorificado en el fruto porque él es quien se merece el crédito por ello; se cumple el propósito de la vida porque Dios es glorificado; y así el que permanece en él y le glorifica experimenta vida abundante.

GOZO COMPLETO

Uno de los principales elementos de la vida abundante es el pleno gozo, el cual es un producto de permanecer en la verdadera vid. Jesús dice en Juan 15:11: “Estas cosas les he hablado para que mi gozo esté en ustedes y su gozo sea completo”.

Dios quiere que estemos consumidos de gozo, pero pocos cristianos lo están. Las iglesias tienen mucha gente que está amargada, descontenta y quejándose. Algunas personas creen que la vida cristiana es una privación y pesadez monástica; una pastilla religiosa amarga. Pero Dios la ha diseñado

para nuestro gozo. Cuando violamos sus designios es cuando perdemos nuestro gozo. Si permanecemos completamente, tendremos gozo completo.

Cuando David pecó, ya no sentía la presencia de Dios. Él clamó en Salmo 51:12: “Devuélveme el gozo de tu salvación”. David había permitido que el pecado perturbara la relación permanente pura que tenía. No perdió su salvación, pero sí el *gozo* de la misma.

Ese gozo regresó cuando confesó su pecado y aceptó sus consecuencias. Su culpa fue eliminada; regresó a una relación permanente, pura y libre de obstáculos; y su gozo fue completo otra vez.

Para enfatizar un punto que es muy parecido a lo que aprendimos en el capítulo 7, el gozo de permanecer en la vid verdadera no se ve afectado por las circunstancias externas, la persecución, o las desilusiones de la vida. Nosotros podemos experimentar el mismo gozo que tenía Jesús, el cual fluye a través de aquellos que permanecen en él.

SEGURIDAD

Permanecer en la verdadera vid trae la clase más profunda de seguridad. Romanos 8:1 dice: “Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. Los que están en él no pueden ser quitados, no pueden ser cortados y no necesitan temer el juicio. No hay ninguna sugerencia aquí de que aquellos que ahora permanecen podrían dejar de permanecer posteriormente. Su posición está segura.

Por otro lado, aquellos que no permanecen serán juzgados. Jesús dice en Juan 15:6: “Si alguien no permanece en mí, es echado fuera como rama y se seca. Y las recogen y las echan en el fuego, y son quemadas”. Repito: esas son las “ramas Judas”, los falsos discípulos. Puesto que no tienen una conexión viva con Jesucristo, son echados fuera.

El verdadero creyente jamás podrá ser echado fuera. Jesús promete en Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene jamás lo echaré fuera”. Si una persona es echada fuera, es porque nunca fue un verdadero discípulo.

Las ramas que son echadas fuera son recogidas y quemadas. Queman para siempre en llamas que jamás podrán ser apagadas. Es una imagen trágica y viva del juicio de Dios. La parábola del trigo y la cizaña nos dice que los ángeles de Dios recogerán a aquellos destinados para el juicio. Jesús dice en

Mateo 13:41-42: “El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que causan tropiezos y a los que hacen maldad, y los echarán en el horno de fuego. Allí habrá llanto y crujir de dientes”.

Habrá un día en el que Dios enviará a sus ángeles para recoger de todo el mundo todas las “ramas Judas” que no tiene conexión con Cristo y las echará al infierno eterno. Es trágico cuando una persona parece ser una rama genuina pero termina ahí.

William Pope fue miembro de la Iglesia Metodista de Inglaterra la mayor parte de su vida. Fingió conocer a Cristo y sirvió en diversos cargos. Su esposa murió siendo una creyente genuina.

Al poco tiempo, sin embargo, comenzó a alejarse de Cristo. Tenía compañeros que creían en la redención de los demonios. Pope empezó a ir con ellos a los prostíbulos. Con el tiempo, se convirtió en un borracho. Admiraba a Thomas Paine y se juntaba con sus amigos los domingos, compartiendo entre todos su infidelidad. Se divertían tirando la Biblia al piso y pateándola.

Después contrajo tuberculosis. Alguien lo visitó y le contó acerca del gran redentor. Le dijo a Pope que podía salvarse del castigo por sus pecados.

Pero Pope respondió: “No tengo contrición; no me puedo arrepentir. ¡Dios me condenará! Sé que he perdido el día de la gracia. Dios ha dicho a los que son como yo: ‘Me reiré en tu calamidad, y me burlaré cuando venga tu temor’. Yo lo he negado; mi corazón está endurecido”.

Luego clamó: “¡Ah, el infierno, el dolor que siento! He escogido mi camino. He cometido la horrible obra condenable. He crucificado al Hijo de Dios de nuevo; ¡he considerado a la sangre del pacto como una cosa impura! Ay, esa cosa tan perversa y horrible de blasfemar en contra del Espíritu Santo que yo sé que he cometido; ¡solo quiero el infierno! ¡Ven, oh diablo, y tómame!”[1].

Pope había pasado la mayor parte de su vida en la iglesia, pero su fin fue infinitamente peor que su comienzo. Cada hombre tiene la misma opción. Tú puedes permanecer en la vid y recibir todas las bendiciones de Dios, o puedes terminar quemado.

No parece una decisión difícil, ¿verdad? No obstante, millones de personas resisten el don de salvación de Dios, prefiriendo una relación superficial

como rama falsa. Quizás conozcas a personas así o quizás tú seas una de ellas. De ser así, la súplica de Jesús para ti es una amorosa invitación: “Permanece en mí y yo en ti”.

---

1 John Myers, *Voices from the Edge of Eternity* (Old Tappan, NJ: Spire, 1972), 147-49.

Once

LOS AMIGOS DE JESÚS

Los antiguos reyes del Oriente a menudo confiaban en un selecto grupo de consejeros, amigos especiales del monarca, que funcionaban como el gabinete de un presidente moderno. Pero ellos eran mucho más que simples asesores políticos: eran sus amigos íntimos. Lo protegían y cuidaban, y tenían acceso inmediato a él, podían incluso entrar a su recámara. El rey valoraba su consejo más que el de los generales, estadistas o gobernantes de otras naciones. Nadie estaba más cerca a él que estos.

El rol de los consejeros reales trascendía la relación entre un rey y su súbdito, o entre maestro y discípulo. Era una posición de amistad íntima, un lazo de amor y confianza que reemplazaba la formalidad, el protocolo o cualquier amenaza externa.

Jesús cultivó esa clase de relación con sus discípulos y, en sus últimas palabras para ellos en la noche antes de su muerte, repetidas veces afirmó que valoraba la intimidad que compartían. Había llegado la hora en que debía dejarlos, pero quería que estuvieran seguros de ese estatus como amigos suyos.

> "Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo más siervos porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero los he llamado amigos porque les he dado a conocer todas las cosas que oí de mi Padre. Ustedes no me eligieron a mí; más bien, yo los elegí a ustedes y les he puesto para que vayan y lleven fruto, y para que su fruto permanezca a fin de que todo lo que pidan al Padre en mi nombre él se lo dé" (Juan 15:12-16).

La palabra griega para "esclavo" o "siervo" es *doulos*. Obviamente, ser un esclavo en cualquier contexto no es una posición de alto rango. Pero en la cultura judía la idea de ser un siervo *de Dios* no suponía estigma ni vergüenza ninguna. Cuatro versículos en el Antiguo Testamento (1 Crónicas 6:49; 2 Crónicas 24:9; Nehemías 10:29; Daniel 9:11) se refieren a "Moisés, siervo de Dios". Dios mismo frecuentemente se refería a él como "mi siervo". Si Moisés llevaba ese título, no era un rango de desgracia.

Ser conocido como el *amigo* de Dios, sin embargo, era un alto honor inimaginable. Abraham es el único en el Antiguo Testamento a quien Dios le confirió ese título. Todos los que conocían las Escrituras judías se hubieran dado cuenta de la singularidad del lugar de Abraham como amigo de Dios. Así que las palabras de Jesús a los once discípulos restantes debió haberlos dejado sin aliento.

Debido a su amor y devoción a Cristo, los discípulos sin duda hubieran estado muy felices de ser conocidos como los siervos de Jesús. Como vimos en el capítulo 1, a ellos les encantaba el estatus y frecuentemente argumentaban sobre quién era el más grande. No siempre les gustaba servirse el uno al otro, pero con mucho gusto servían a *Cristo*. En efecto, cuando decidieron seguirlo y convertirse en discípulos, asumieron el rol de siervos suyos. No había deshonra o desgracia en absoluto a causa de su posición.

Todos ellos habían anhelado tener una relación cercana de profundo afecto con él, y esa fue sin duda una de las razones por las que contendían entre ellos por decidir quién se iba a sentar más cerca de él en el reino (con toda seguridad, esa competencia para ganar la posición no estaba motivada solo por una preocupación por el estatus personal). Ahora Jesús les reafirma a todos ellos que él también deseaba esa misma clase de intimidad con ellos, y enumeró una cantidad de características esenciales para tener una relación íntima con él.

OBEDIENCIA

La primera característica es la obediencia, la cual resume la esencia de la amistad con Cristo. En realidad, dado que él es justamente el Señor de todo, la obediencia es una condición absoluta para tener una relación amistosa con Jesús. En el versículo 10, él dice: “Si guardan mis mandamientos permanecerán en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor”. Luego en el versículo 14 añade: “Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando”. Eso no quiere decir que la amistad con él se gane u obtenga por medio de algún esfuerzo humano, sino que la obediencia es una marca identificadora de todos los verdaderos amigos de Jesús. De hecho, aquellos que obedecen a Dios comparten la intimidad con Jesús como miembros de la misma familia. Jesús había explicado antes que la obediencia es una característica de todos aquellos que están en su familia espiritual:

> “Entonces fueron su madre y sus hermanos, y quedándose fuera enviaron a llamarle. Mucha gente estaba sentada alrededor de él, y le dijeron:
>
> —Mira, tu madre, tus hermanos y tus hermanas te buscan afuera.
>
> Él, respondiendo, les dijo: —¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: —¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque cualquiera que hace la voluntad de Dios, este es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Marcos 3:31-35).

La Escritura también habla de la relación de los creyentes con Jesús como la de las ovejas que siguen a su pastor. Jesús dice en Juan 10:27: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”. Nuevamente, la intimidad depende de estar dispuesto a obedecer. En cada metáfora usada por Jesús para describir la relación con sus discípulos, la obediencia era una condición esencial. En Juan 8:31 él dice: “Si ustedes permanecen en mi palabra serán verdaderamente mis discípulos”. La intimidad con Jesucristo siempre está establecida sobre un fundamento de obediencia, ya sea la intimidad de una oveja y un pastor, un maestro y un discípulo, familiares, o simplemente amigos.

Primera de Juan 3:9-10 se refiere a esa marca identificadora de la familia de Dios: “Todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado porque la simiente de Dios permanece en él, y no puede seguir pecando porque ha nacido de Dios. En esto se revelan los hijos de Dios y los hijos del diablo: Todo aquel que no practica justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano”.

De nuevo, una persona no se *convierte* en un hijo de Dios por medio de la obediencia. Eso haría que la salvación dependiese de las buenas obras. En cambio, la obediencia es prueba de que una persona está íntimamente conectada con Jesucristo por medio de la fe. No califica a alguien para que sea un hijo de Dios. Solo demuestra que lo es.

AMOR LOS UNOS POR LOS OTROS

Una segunda característica de la amistad con Jesús es el amor por otros creyentes: “Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:12, 13). Los amigos de Jesús tienen un amor profundo, sincero y permanente.

El amor es una gran fuente de satisfacción personal, y el mundo lo desea con hambre. Pero los amigos de Jesús son los únicos que pueden

verdaderamente experimentar el amor que el mundo está buscando. Los no creyentes no saben nada del amor que los creyentes pueden compartir, porque viene de una fuente que no pueden conocer: “Nosotros amamos porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19). El amor es un fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Romanos 5:5 dice: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. El cristiano sobre-abunda con el amor de Dios: vive en este y este vive en él.

No puedes ser un verdadero creyente sin tener amor por otros creyentes: “El que dice que está en la luz y odia a su hermano, está en tinieblas todavía. El que ama a su hermano permanece en la luz y en él no hay tropiezo. Pero el que odia a su hermano está en tinieblas y anda en tinieblas; y no sabe a dónde va porque las tinieblas le han cegado los ojos” (1 Juan 2:9-11). Juan explica además: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios, y todo aquel que ama al que engendró ama también al que es nacido de él” (5:1).

Eso no significa que si alguna vez dejamos de amar a otro cristiano al máximo, eso pruebe que no somos verdaderos cristianos. Un cristiano puede a veces dejar de amar a un hermano o hermana en Cristo como se debe. Pero Juan no está explicando excepciones a la regla: está describiendo el patrón general que siguen los creyentes.

Es natural que un verdadero amigo de Jesús ame a otros que son suyos. Pablo escribe: “Pero con respecto al amor fraternal, no tienen necesidad de que les escriba, porque ustedes mismos han sido enseñados de Dios que se amen los unos a los otros” (1 Tesalonicenses 4:9). Para no tener amor hacia otro semejante, un cristiano tiene que transgredir su nueva naturaleza en Cristo, resistir el amor que es normal a la misma y en su lugar elegir el pecado.

Jesús quiere que amemos así como él ama. Él mostró su profundo deseo cuando dijo: “Este es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros *como yo los he amado*. Nadie tiene mayor amor que este: que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:12, 13, énfasis añadido). Por supuesto, nuestro amor no puede estar al mismo nivel que el suyo porque él murió por los pecados del mundo, pero podemos amar de la manera en que él ama. Podemos ser sacrificados y desinteresados, ir más allá de un amor externo y amar con un amor que es total y abnegado.

Ningún otro creyente es un simple conocido. Independiente-mente de quién sea esa persona, comparte contigo una herencia espiritual común. Debemos verlos como Cristo los ve. El amor debe movernos a dar nuestras riquezas, llevar cargas, sentir lo que el otro siente y sufrir donde el otro sufre. Debemos estar dispuestos a consolar, sacrificar, instruir y apoyar, así como lo haría Jesús.

La calidad de nuestro amor es nuestro testimonio para Cristo. Puesto que solo los cristianos tienen el amor de Dios en sus vidas, el mundo debe ver el amor más grande en ellos. Jesús dice en Juan 13:35: “En esto conocerán todos que son mis discípulos: si tienen amor los unos por los otros”. La profundidad del sacrificio que uno está dispuesto a hacer revela la intensidad del amor. Dar la vida de uno siempre ha sido reconocido como la expresión suprema de amor. Jesús estaba a punto de demostrar que tenía esa clase de amor por sus discípulos. Él les dijo: “Nadie tiene mayor amor que este” (Juan 15:13).

Demasiadas personas que dicen conocer a Cristo están lejos de sacrificar sus propias vidas. No dan ni siquiera unos cuantos minutos de su tiempo. El dinero es necesario para los ministerios alrededor del mundo, pero las necesidades no son suplidas porque demasiados cristianos no dan de lo suyo con sacrificio. Muchos que dicen amar al Señor ni siquiera hablan a otros acerca de él, ni usan sus dones espirituales para ayudar a que otro creyente crezca.

Los cristianos se quedan cortos en cuanto a morir por los demás. Algunos ni siquiera han aprendido a *vivir* por otras personas. El verdadero amor requiere sacrificio total. Cuando amemos como Cristo, el mundo oirá nuestro mensaje. No tiene sentido pedir a los inconversos que confíen en Cristo cuando ellos no pueden ver su amor obrando en nosotros.

Jesús se sacrificó hasta lo sumo, aun por los que no merecían ser amados. Pablo dice en Romanos 5:7-8: “Difícilmente muere alguno por un justo. Con todo, podría ser que alguno osara morir por el bueno. Pero Dios demuestra su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

¿Cómo sabes que Cristo te ama? Porque él dio su vida. 1 Juan 3:16 dice esto: “En esto hemos conocido el amor: en que él puso su vida por nosotros. También nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos”.

Cuando mi hijo mayor Matt era pequeño, a menudo me decía:

—Te amo, papá.

Yo le preguntaba:

—¿Cuánto me amas?

Él contestaba:

—Te amo muy grande.

Yo le preguntaba:

—¿Cuánto es muy grande?

Él se sentaba en mis piernas, ponía sus brazos alrededor de mi cuello, lo apretaba lo más que podía y decía: —Así de muy grande. Si le pudiéramos preguntar a Dios: —¿Cuánto me amas?

Yo creo que él contestaría señalando una colina rocosa en las afueras de Jerusalén y diría:

—¿Ves la cruz en medio? Mi Hijo está allí. Así es cuánto te amo.

¿Estás listo para poner tu vida por otros? ¿Amas con sentido sacrificial? ¿Estás cuidando de las necesidades de otros? Las necesidades te rodean por todos lados. Algunas personas necesitan que se les enseñe; algunos necesitan reprensión; otros necesitan restauración. Hay necesidades físicas, y mucha gente necesita oración.

Decimos que amamos a la gente, ¿pero suplimos sus necesidades?

El amor siempre es práctico. El apóstol Juan escribió: “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve que su hermano padece necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo morará el amor de Dios en él?” (1 Juan 3:17). Juan luego anima a los hijos de Dios a demostrar su amor de una manera activa: “Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad” (v. 18). El verdadero amigo de Jesús suple las necesidades de otros.

CONOCIMIENTO DE LA VERDAD DIVINA

En la época de Jesús, los esclavos y sus amos rara vez eran amigos. No eran necesariamente enemigos, simplemente no cultivaban la clase de relación que tenían los amigos. A un esclavo solo se le decía lo que tenía que hacer, nunca el porqué. Nunca sabía los planes, las metas ni los sentimientos de su amo. Era simplemente un funcionario que hacía lo que se le decía, una herramienta viva rara vez incluida cuando se compartían las recompensas. Fue diferente con Jesús y sus discípulos. Él les dijo: “Ya no los llamo más siervos porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero los he llamado amigos porque les

he dado a conocer todas las cosas que oí de mi Padre" (Juan 15:15).

La entrega total a Jesucristo nunca es una obediencia ciega. Él comparte con sus amigos todo lo que ha recibido del Padre. Ellos comparten el amor por su obra porque conocen todo el plan de principio a fin. Es la clase de amistad más sincera que hay. Si somos sus amigos, queremos lo que él quiere, y hacemos su voluntad porque es el deseo de nuestro corazón.

Jesús prometió a los discípulos una revelación perspicaz: "Si ustedes permanecen en mi palabra serán verdaderamente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres" (Juan 8:31, 32). Todo lo que el Padre le dijo, él lo pasó a ellos. Considera su oración al Padre: "He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste. Tuyos eran, y me los diste; y han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo lo que me has dado procede de ti porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las recibieron y conocieron verdaderamente que provengo de ti, y creyeron que tú me enviaste" (Juan 17:6-8).

Por medio de sus parábolas, Jesús enseñó a sus discípulos los misterios del plan de Dios. Mateo escribe: "Entonces se acercaron los discípulos y le dijeron: '¿Por qué les hablas por parábolas?'. Y él, respondiendo, les dijo: 'Porque a ustedes se les ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha concedido' " (Mateo 13:10, 11).

Por consiguiente, los discípulos tenían un conocimiento especial que otros buscaron pero nunca encontraron. Jesús les dijo: "Bienaventurados los ojos que ven lo que ustedes ven. Porque les digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que ustedes ven, y no lo vieron; y oír lo que oyen, y no lo oyeron" (Lucas 10:23, 24).

Así que el conocimiento espiritual pasó del Padre a través de Jesús a los apóstoles, quienes nos lo pasaron a nosotros por medio de las Escrituras. Pablo escribe en Romanos 16:25-26 del "misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos pero que ha sido manifestado ahora y que, por medio de las Escrituras proféticas y según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las naciones para la obediencia de la fe".

El entendimiento espiritual separa a los cristianos. Las cosas de Dios se disciernen espiritualmente, y la mente no redimida no puede entenderlas (1 Corintios 2:12-16). Un filósofo o científico que busca la verdad espiritual separado de la Palabra de Dios y de su Espíritu sabe muy poco comparado

con el cristiano más sencillo.

Jesús no esperaba que sus discípulos lo siguieran sin saber a dónde los estaba llevando; no estaban siendo esclavizados a una clase de obediencia mecánica. Eran sus amigos, y él les reveló la verdad que no podía compartir con aquellos que no tenían intimidad con él.

DESIGNACIÓN DIVINA

Otra característica de los amigos de Jesús es que fueron elegidos por Dios y designados para una posición de servicio. Las amistades generalmente se forman cuando dos personas eligen hacerse amigos. Pero una amistad con Jesucristo se forma por iniciativa suya. Jesús eligió a doce hombres para que fuesen sus discípulos. Ellos no se ofrecieron como voluntarios. Lucas 6:13 registra: "Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y de ellos escogió a doce a quienes también llamó apóstoles".

Jesús les recordó: "Ustedes no me eligieron a mí; más bien, yo los elegí a ustedes y les he puesto" (Juan 15:16). Les dijo además: "Yo los elegí del mundo" (v. 19). La palabra griega para "poner" es *tithemi*, un término con un rango de significados, entre los que se incluye "ordenar", "arrodillarse" y "postrarse". Se refiere a una designación majestuosa, una ordenación formal.

Pablo usa la misma palabra en 1 Corintios 12:28, donde dice: "A unos *puso* Dios en la iglesia, primero apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar maestros..." (énfasis añadido) y de nuevo en 2 Timoteo 1:11, donde se refiere al evangelio como el mensaje "del cual he sido *puesto* como predicador, apóstol y maestro" (énfasis añadido).

En ambos textos, Pablo se está refiriendo a ser elegido para un servicio específico. De hecho, a lo largo de las Escrituras, dondequiera que se habla de la doctrina de la soberana elección de

Dios, el contexto siempre va más allá de la salvación. Eso es porque cuando Dios elige a alguien para la salvación, también lo ordena para un servicio especial. Por lo tanto, los amigos de Jesús no fueron elegidos solo para la salvación; fueron elegidos para hacer algo: "Yo los elegí a ustedes y les he puesto para que vayan y lleven fruto, y para que su fruto permanezca" (Juan 15:16). No hemos sido elegidos para quedarnos parados y ver pasar al mundo.

Una vez estaba hablando en una conferencia para universitarios y me

encontré con un joven que había dejado de estudiar en el seminario. Cuando le pregunté qué estaba haciendo en el servicio del Señor, me respondió que participaba en un grupo de estudio bíblico el cual esperaba que creciera hasta convertirse en iglesia.

—Solo tenemos un poco de compañerismo y alabamos al Señor juntos —dijo enfáticamente.

Yo le pregunté quién les enseñaba. Él contestó:

—Nadie nos enseña; solo compartimos. Nadie enseña.

Yo luego pregunté:

—¿Cuál sientes que es tu propósito?

—Bueno —dijo él—, solo alabamos mucho al Señor.

Yo le pregunté si estaban evangelizando.

—No —respondió—. Hemos estado reuniéndonos dos años y medio, y nunca hemos hecho ningún tipo de obra ni publicidad para alcanzar a los inconversos. No sentimos que ese sea nuestro llamado. Todavía somos una iglesia muy joven con unos cuantos cristianos jóvenes. Así que el evangelismo todavía no es realmente una prioridad.

El joven parecía tener la idea de que habían sido llamados para sentarse juntos y cantar. Es bueno alabar a Dios y tener comunión, pero también hemos sido llamados a *ir*. La Biblia no manda a aquellos que están en el mundo que vengan a la iglesia. Manda a los que están en la iglesia que "[vayan] por los caminos y por los callejones, y [les exijan] que entren" (Lucas 14:23). La última comisión de Jesús para sus seguidores fue: "Vayan por todo el mundo y prediquen el evangelio a toda criatura" (Marcos 16:15). Él prometió a los discípulos: "Recibirán poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre ustedes, y me serán testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Jesús eligió un grupo de hombres del mundo de las tinieblas. Los salvó, los amó y los capacitó. Los llamó sus amigos. Luego los envió de regreso al mundo para que hablaran a todos acerca de él.

Es nuestro sumo llamado y privilegio el glorificar el nombre de Cristo en el mundo. Hemos sido llamados y ordenados para dejar que Dios obre su perfecta voluntad por medio de nosotros. De este modo, la vida tiene propósito para el cristiano. Cuando comunicamos el evangelio y una persona responde recibiendo a Cristo, hemos sido testigos de una transformación activada por el Espíritu que durará toda la eternidad. Es muy diferente del

incrédulo, cuya vida se va reduciendo sin significado, día tras día sin resultados eternos. La vida del cristiano tiene un impacto por toda la eternidad, porque nuestro fruto permanece. Apocalipsis 14:13 habla de los muertos en Cristo: “Para que descansen de sus arduos trabajos; pues sus obras les seguirán”.

Juan 15:16 concluye con una promesa de parte de Jesús: “Todo lo que pidan al Padre en mi nombre él se lo dé”. Como hemos visto antes, eso significa que debemos pedir al Padre las cosas que Jesús querría. No podemos usar la oración como una forma de satisfacer nuestras lujurias. Debemos de ser desinteresados si vamos a pedir en su nombre, lo cual significa orar de acuerdo con su voluntad. Si hacemos eso, la respuesta está garantizada.

Nosotros, los que hemos confiado en su nombre, somos los amigos de Jesucristo. No somos como unos súbditos que llenan las calles, esperando lograr ver brevemente al rey pasando por ahí. Tenemos derecho de entrar en su presencia en cualquier momento. Nosotros somos las personas más cercanas a nuestro Rey. Es emocionante saber que somos los amigos personales del Creador y Rey del universo.

Todas las personas o son amigas de Jesucristo o amigas del mundo. La amistad con el mundo es hostilidad hacia Dios. La amistad con Jesucristo es intimidad con Dios. Es comunión con la Trinidad. Es gozo inefable y lleno de gloria. Tales bendiciones, si todavía no son tuyas, pueden pertenecerte hoy, si te arrepientes de tus pecados, renuncias al mundo y respondes al llamado de Cristo para que sea tu Señor y Salvador... y tu amigo.

Doce

ABORRECIDO SIN CAUSA

En 1971, cuando llevaba en el ministerio pastoral menos de tres años, un joven del departamento universitario de nuestra iglesia fue atacado físicamente mientras estaba repartiendo tratados en un parque del sur de California. Él era un alma gentil, que jamás tenía algo malo que decir de alguien y no era pleitista en lo más mínimo, pero le encantaba compartir las buenas nuevas de Jesucristo, aun con gente desconocida de la calle. Alguien evidentemente se había enojado tan solo por su presencia y lo golpeó hasta que quedó inconsciente. Fue una paliza brutal, pero se recuperó, y al poco tiempo estaba nuevamente en la calle, hablando con la gente acerca de Cristo. No había perdido nada de su celo por el Señor.

Unas cuantas semanas después, este mismo joven estaba testificando de Cristo en la intersección de la avenida Siete y Broadway, en el centro de la ciudad de Los Ángeles. Eran cerca de las cinco de la tarde, la hora pico y el fin de un día de trabajo. Estaba hablando con los transeúntes y repartiendo tratados cuando lo volvieron a atacar, esta vez con un duro golpe a la cabeza desde atrás. La parte trasera de su cráneo se fracturó en cuatro lugares. En el hospital, los doctores hicieron tres agujeros en su cráneo para aliviar la presión, pero no tuvieron éxito. Tres días después murió. Él se había comprometido a proclamar a Jesucristo ante un mundo que odiaba a Cristo, y pagó con su vida.

Ese incidente me ayudó a cambiar mi perspectiva sobre el costo de servir a Cristo en un mundo hostil. Es demasiado fácil tener una actitud casual hacia la persecución cuando leemos cómo ha afectado a los creyentes en tiempos antiguos o en otras partes del mundo. Pero cuando esa hostilidad asesina golpea tan cerca de uno, es una experiencia mucho más aleccionadora.

Cuando Lucas registró la comisión de Jesús en Hechos 1:8 que sus discípulos iban a ser sus “testigos”, usó la palabra griega *martus*, de donde obtenemos la palabra *mártir*. Aunque al principio significaba “testigo”, hubo tantos en la iglesia primitiva que testificaban de Cristo y eran asesinados, que

la palabra llegó a referirse principalmente a una persona que moría por su testimonio de Cristo.

Jesús quería que los discípulos supieran que ellos iban a encontrar hostilidad cuando testificaran de él. Pero en la noche antes de su muerte, su propósito era principalmente consolarlos y reafirmarlos. La mayor parte de su discurso esa noche consistió en palabras de consuelo y aliento. Jesús dejó para el final lo referente a las persecuciones que iban a enfrentar después de que él se fuera.

Jesús habló a los discípulos acerca de su amor (Juan 13) y les dio tremendas promesas (Juan 14). Prometió que iba a preparar un lugar para ellos y que regresaría para llevarlos allí (vv. 2, 3). Les dijo que iban a hacer mayores obras que las que él hizo (v. 12) y que podían pedir cualquier cosa en su nombre y él lo haría (v. 13). Prometió que el Espíritu Santo iba a vivir en ellos y ser su Consolador (v. 16). Les reafirmó que iban a ser amados intensamente por él y por el Padre (v. 23). Dijo a los discípulos que iban a poseer vida y conocimiento divinos (v. 26) y prometió darles su paz (v. 27).

Después, Jesús dijo a los discípulos que ellos iban a llevar fruto para Dios (Juan 15:5). Les prometió que iban a permanecer y estar conectados con él muy de cerca (v. 10); que iban a tener su gozo (v. 11); y que su vida fluiría a través de ellos. Por último, los llamó *amigos* (v. 14).

Pero además de todas esas promesas, Cristo necesitaba advertir a sus amigos más cercanos. Ellos necesitaban saber que, a pesar de las maravillosas promesas que se cumplirían en su experiencia, la vida no sería completamente dichosa. El ministerio no iba a ser fácil en un mundo rebelde que odiaba a Cristo y que iba a tratarlos de la misma manera que lo trató a él. Iban a ser despreciados y perseguidos, e incluso asesinados.

El versículo 17 es la transición entre la descripción de su amor por los discípulos a la descripción del odio del mundo: “Esto les mando: que se amen unos a otros”. El verbo griego indica una acción continua: “Sigan amándose unos a otros”. Él está diciendo: “Dedíquense los unos a los otros y sacrifíquense los unos por los otros. Ámense de la manera en que yo los amé”. Ese es un resumen simple de todo lo que había estado diciendo toda la noche. Ahora cambia de tono y de tema:

> “Si el mundo los aborrece, sepan que a mí me ha aborrecido antes que a ustedes. Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero ya no son del mundo sino que yo los elegí del mundo; por eso el mundo los aborrece. Acuérdense de la palabra que yo les he dicho: ‘El siervo no es mayor

que su señor’. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán. Si han guardado mi palabra, también guardarán la de ustedes. Pero todo esto les harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió. Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece, también aborrece a mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras como ningún otro ha hecho, no tendrían pecado. Y ahora las han visto, y también han aborrecido tanto a mí como a mi Padre. Pero esto sucedió para cumplir la palabra que está escrita en la ley de ellos: Sin causa me aborrecieron” (Juan 15:17-25).

Una razón por la cual su amor mutuo era tan importante era que el mundo iba a sentir solamente odio hacia ellos. El amor de unos a otros era el único amor que el mundo iba a ver. En un mundo hostil, necesitaban amarse mutuamente.

La historia muestra que los apóstoles en verdad fueron odiados. Tal como lo predijo Jesús, prácticamente todos ellos pagaron con sus vidas por su testimonio acerca de él. De los doce, Santiago fue martirizado primero. Andrés persistió en predicar y fue atado a una cruz y crucificado. Pedro también fue crucificado, y la historia que nos llega de la iglesia primitiva cuenta que fue crucificado de cabeza porque no se consideró digno de sufrir la misma muerte que su Salvador. De acuerdo con la tradición cristiana, todos ellos fueron martirizados excepto Juan, quien fue exiliado a Patmos[1].

Todos los seguidores de Cristo en los primeros tres siglos vivieron bajo la amenaza de persecución. El gobierno romano atacó a la iglesia en varias oleadas. El emperador Nerón decapitó a Pablo. Los oficiales romanos tendían a considerar a los cristianos como ciudadanos desleales y una amenaza a la unidad del imperio por su confesión de que Jesús es el Señor de todo. Roma estaba preocupada por su unidad, ya que el imperio abarcaba dese el río Éufrates hasta Inglaterra y desde Alemania hasta el norte de África e incluía una amplia variedad de pueblos y culturas. Un imperio multicultural tan grande podía fácilmente dividirse. Desde la época de César Augusto en adelante, Roma veía la adoración al emperador como una manera de enlazar a los diferentes pueblos del vasto imperio. A todos los ciudadanos romanos, por lo tanto, se les requería que adoraran. Una vez al año tenían que demostrar su lealtad quemando una pizca de incienso para reconocer la deidad de César. Luego se les requería que gritaran: “¡César es Señor!”. Mientras adoraran al emperador, los ciudadanos también podían adorar a cualquier otro dios que quisiesen.

Pero los cristianos no llamarían Señor a ningún hombre. El gobierno por lo

tanto los consideraba desleales y el resto de la sociedad los marginaba también. A veces se referían a ellos desdeñosamente como “ateos” por rehusarse a reconocer al dios oficial de Roma. Los insultos, la difamación deliberada y las acusaciones derivadas de la ignorancia se añadieron a las aflicciones de los creyentes. Fueron acusados de canibalismo porque hablaban de comer la carne y beber la sangre de Cristo en los servicios de la Santa Cena. Algunos acusaban a los cristianos de inmoralidad, pensando que la “fiesta de amor” cristiano era una especie de orgía. Como los cristianos esperaban la segunda venida de su Rey, algunos creían que estaban planificando una rebelión. Se los acusaba de causar incendios porque decían que Dios iba a mandar fuego en el día del juicio, (de hecho se les culpó de quemar Roma en el siglo I).

Aunque el tipo y la intensidad de la persecución del mundo puedan variar de generación en generación, la hostilidad hacia el cristianismo ha sido una constante a lo largo de la historia de la iglesia. En verdad, la persecución anticristiana es un problema sorprendentemente generalizado —y creciente— en el mundo actual, no solo en partes del mundo que están dominadas por otras religiones, sino también en países donde antes se celebraba la libertad religiosa. En los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, los secularistas han llevado a cabo una aterradora campaña por casi cinco décadas para sacar a la iglesia de los lugares públicos. Los valores cristianos y las convicciones bíblicas están siendo atacados cada vez más por el gobierno, los medios de comunicación y la industria del entretenimiento. La mayoría de las persecuciones en nuestra cultura actual consiste principalmente en escarnecimiento, insultos y amenazas legales. Pero con el cambio de opinión del público en la actualidad, tal vez no pase mucho tiempo para que la iglesia en Occidente empiece a enfrentar la persecución a una escala comparable a lo sufrido por la iglesia primitiva.

La hostilidad del mundo no es algo que podemos evitar sin compromisos. Jesús da tres razones principales por las que el sufrimiento y la persecución son inevitables para los discípulos fieles.

LOS SEGUIDORES DE CRISTO NO SON DEL MUNDO

Primeramente, los discípulos de Jesús son rechazados por el mundo porque ya no son parte del sistema mundial. Jesús dijo a los apóstoles: “Si fueran del

mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero ya no son del mundo sino que yo los elegí del mundo; por eso el mundo los aborrece" (Juan 15:19). Los auténticos creyentes de Cristo simplemente no pueden encajar en ese sistema. Se supone que somos diferentes. Tenemos valores diferentes, un Señor diferente y una motivación completamente diferente.

"Mundo" es la traducción de *kosmos*, una palabra común en griego. Aparece a menudo en los escritos de Juan y su significado siempre lo determina el contexto. Aquí se refiere a un sistema perverso que consiste de valores retorcidos, ambiciones injustas y poderes hostiles que dominan esta esfera terrenal bajo la influencia del diablo. Incluye gente, instituciones, leyes, costumbres, estructuras de poder e incluso el entorno cultural, cualquier lugar donde se adopten valores profanos o materialistas.

En pocas palabras, el *kosmos* es una expresión de perversidad satánica y depravación humana. Está establecido en contra de Cristo, su pueblo y su reino. Satanás y sus malvados secuaces lo tienen bajo su control.

Este perverso sistema mundial no es capaz de amar en forma auténtica y piadosa. Cuando Jesús dijo que el mundo amaría lo suyo, su punto no era que los mundanos se amaban genuinamente. "Lo suyo" no es plural masculino, lo que indicaría un amor dirigido hacia otros individuos. La palabra en el texto griego es plural neutro, y significa que la gente que está metida en las cosas del mundo ama sus propias cosas. Un individuo mundano se ama a sí mismo y a sus propias cosas. Ama a otros solo si le resultan útiles. El amor del mundo siempre es egoísta, superficial e interesado principalmente en lo que pueda serle de beneficio. Por eso la gente habla de enamorarse y desenamorarse. Sus afectos los determina cualquier cosa que le ofrezca algún tipo de placer o ventaja en el momento.

El *kosmos* está absolutamente en contra de aquellos que aman y siguen a Jesús, de los que declaran su fe en él y lo demuestran por medio de sus palabras y obras. El mundo no persigue a aquellos que son parte de su propio sistema. Jesús dijo a sus hermanos terrenales, que no le siguieron sino hasta después de la resurrección: "El mundo no puede aborrecerlos a ustedes pero a mí me aborrece porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas" (Juan 7:7).

La gente del mundo que no conoce a Jesucristo es parte de un sistema contrario a Dios, anticristo y satánico. Ese sistema está en contra de él y de

sus principios y se opone a todo lo que es bueno, piadoso y que refleje a Cristo. Siempre me asombra la forma en que algunos cristianos parecen creer que el mundo puede ser persuadido fácilmente para que admire a Jesús si tratamos de mostrarlo como una superestrella elegante que debe ser idolatrada. Esa estrategia fallida (y que sigue fracasando) es una de las principales razones por las que está aumentando la persecución. En cualquier concurso por ganarse el afecto del mundo, la verdad siempre será marginada: "Y esta es la condenación: que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas" (Juan 3:19). Ningún creyente acogerá verdaderamente a Cristo separado de la convicción del Espíritu Santo y su obra regeneradora. El deber de la iglesia es predicar la Palabra de Dios y proclamar el evangelio aun ante la hostilidad del mundo.

Es cierto que gran parte del mundo es religioso, pero religión no es lo mismo que justicia. Algunas religiones falsas exhiben una tolerancia superficial hacia las cosas de Dios pero son herramientas de Satanás en su guerra contra la verdad. Se disfrazan con la apariencia de piedad, pero niegan el verdadero poder de Dios (2 Timoteo 3:5). Revelan su verdadera naturaleza reprimiendo la verdad. A lo largo de la historia, la falsa religión ha sido el opositor más agresivo de la verdadera iglesia.

En última instancia, la persecución es inevitable para los justos que viven en el mundo. Pablo advirtió a Timoteo: "También todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos" (2 Timoteo 3:12, 13). El abuso del mundo es un hecho ineludible si se vive conforme a Dios.

La gente que confiesa ser cristiana pero nunca experimenta personalmente ningún antagonismo del mundo necesita autoexaminarse. Quizás no han declarado fielmente su fe, de modo que no es obvio para sus vecinos no cristianos lo que ellos creen. Tal vez no son cristianos genuinos en absoluto. Un verdadero creyente debe resaltar ante los ojos del mundo porque ha sido hecho santo mediante su identificación con Jesucristo. Vive bajo valores marcadamente diferentes. Sigue la justicia y no deriva su identidad del sistema del mundo. No ama las mismas cosas que la gente mundana. Un cristiano genuino representa a Dios y a Cristo, y por eso Satanás usa el sistema del mundo para atacarlo. Esa es la razón por la cual Jesús oró para que la protección del Padre estuviera sobre sus seguidores: "No ruego que los quites del mundo sino que los guardes del maligno" (Juan 17:15).

Nuestras vidas deben ser una reprensión para el mundo pecaminoso. Efesios

5:11 dice: “No tengan ninguna participación en las infructuosas obras de las tinieblas sino, más bien, denúncienlas”. Una de las razones por las que no sentimos tanto odio de parte del mundo como decía Jesús es que nuestras vidas no son realmente una reprensión a la conciencia del mundo. Para vivir para Cristo en un mundo hostil y perverso, debemos estar sin mancha. Pablo, escribiendo a la iglesia filipense, les advirtió que evitaran el pecado: “Para que sean irreprensibles y sencillos hijos de Dios sin mancha en medio de una generación torcida y perversa, en la cual ustedes resplandecen como luminares en el mundo” (Filipenses 2:15).

Romanos 1:32 señala que la gente en el sistema inmoral del mundo “no solo las hacen [obras perversas] sino que también se complacen en los que las practican”. Algunas personas tienen afinidad por la gente que es más perversa que ellas porque se sienten justos en comparación. Cuando la vida o enseñanza de un cristiano reprende la pecaminosidad de otro, se vuelven hostiles. Pero Jesús nos ha llamado precisamente a esa clase de confrontación. No podemos ocultar al mundo lo que la Escritura dice y esperar que los no creyentes se sientan acusados. No se supone que debamos retirarnos a nuestras iglesias y proclamar el evangelio allí sin llevar el mensaje al mundo. No debería ser necesario que la gente viniera a nuestra iglesia para escuchar la verdad de la Palabra de Dios, estar expuesta al evangelio o incluso descubrir que somos seguidores de Cristo. Nuestras *vidas en el mundo* deberían demostrarlo. Jesús dice en Mateo 5:14 que debemos ser como una ciudad que puede verse desde lejos porque está asentada sobre un monte. En el siguiente versículo dice que los creyentes somos como una lámpara que no debe ponerse debajo de un cajón sino sobre un candelero para que pueda alumbrar toda la casa. Nuestra fe debe ser visible al mundo, no estar oculta en un aula de una Escuela Dominical, solo para sacarla durante una o dos horas los domingos.

Nosotros resaltamos en el mundo porque Jesús nos ha elegido. En Juan 15:19 él dice a sus discípulos: “Yo los elegí del mundo”. El verbo en esa declaración está en la voz media del griego, lo cual le da un significado reflexivo. Jesús está diciendo literalmente: “Yo los elegí para mí mismo”. Nos ha elegido para que seamos *diferentes*. Hemos sido llamados no solo para aprender la Palabra de Dios y esconderla en nuestros corazones, sino también para proclamarla hasta los confines de la tierra, para vivirla ante un mundo que nos está observando, y así ser una reprensión viva para aquellos

que están enamorados del pecado. Eso siempre es costoso.

A Satanás no le gusta *perder* a nadie, y por lo tanto se mueve para atacar al hijo de Dios que es fiel a su llamado. Pedro advierte a los cristianos: “Su adversario, el diablo, como león rugiente anda alrededor buscando a quién devorar” (1 Pedro 5:8). Satanás persigue a los cristianos y pone en marcha a todo el mundo en contra de ellos. Odia a los creyentes tanto como odia a Dios, porque ellos aman la justicia que el diablo odia.

Una vez participé en una campaña intensiva de evangelización en una universidad local. Compartimos el evangelio con varios miles de estudiantes. Al día siguiente el periódico de la universidad dijo que a menos que el grupo estudiantil que auspiciaba el esfuerzo evangelístico cumpliera con la política de la universidad cesando en su obra evangelística, se tomaría “acción directa” en contra de los estudiantes implicados. El decano había recibido quejas de estudiantes no creyentes a quienes se había entregado tratados evangelísticos y desafiado su fe (o la falta de ella) por parte de alumnos cristianos. El decano citó la norma universitaria que prohibía “el uso de instalaciones universitarias para la conversión religiosa”. Esas eran las palabras exactas de la política de la universidad en cuanto a la religión en sus instalaciones. En otras palabras, iba en contra de las reglas universitarias formal y oficialmente que los estudiantes se convirtieran al cristianismo (mucho menos proclamar el evangelio) en ese campus.

Ninguna cantidad de discusiones con los funcionarios de esa universidad pudo hacerles ver la injusticia de sus reglas.

Eso es un ejemplo bastante común de la manera en que el sistema del mundo resiste a la gente que quiere decir la verdad acerca del pecado. Cualquiera estaba libre de ir a la misma universidad y convertir a la gente al comunismo, defender los derechos de los homosexuales, promover el aborto, vender artículos pornográficos o hacer la perversidad o tontería que estuviese radicalmente de moda en ese entonces. Cualquier persona que quisiera estaba libre de organizar y reclutar estudiantes para cualquier causa extraña que se pudiera imaginar, y nadie se opondría (si alguien *sí* se quejaba, la administración automáticamente defendía la libertad de expresión radical basándose en la libertad académica). Pero cuando los estudiantes cristianos querían hablar a la gente acerca de Jesucristo, *eso* rompía las reglas. El mundo no quiere ser confrontado con la verdad bíblica.

EL MUNDO ABORRECIÓ A NUESTRO SEÑOR

Una segunda razón por la que la persecución es inevitable para los cristianos es que el mundo odia desesperadamente al Señor Jesús. Cristo dijo a los once: “Acuérdense de la palabra que yo les he dicho: ‘El siervo no es mayor que su señor’. Si a mí me han perseguido, también a ustedes los perseguirán. Si han guardado mi palabra, también guardarán la de ustedes” (Juan 15:20). Dado que el mundo lo aborrece, odia también a aquellos que lo nombramos como Señor. No todos rechazan a Cristo, y no todos nos rechazarán. Unos cuantos escucharán y creerán.

Sin embargo gran parte de la aparente aceptación de Jesús por parte de nuestra cultura no es nada más que una fachada. La mayoría de las películas, canciones y libros acerca de Jesús escritos desde un punto de vista secular solo confunden y engañan a la gente para que crean que entienden la verdad acerca de él pero nadie puede realmente conocerlo a menos que sepa algo acerca del pecado y el arrepentimiento.

Hubo un tiempo en la historia en el que el cristianismo fue algo conveniente políticamente. La iglesia había sobrevivido unos dos siglos de intensa persecución, y luego el gobierno romano de pronto la declaró aceptable. El emperador romano a principios del siglo IV, Constantino el Grande, profesó su fe en Cristo. El cristianismo se convirtió en la religión dominante del Imperio romano, y de repente todos los que pretendían el favor de Constantino querían ser “cristianos”. La iglesia en realidad se debilitó y el cristianismo bíblico fue lastimado más por la popularidad superficial que resultó de esos desarrollos que por la persecución que había sufrido la causa de la verdad. Como todos de pronto se llamaban cristianos, nadie entendía cómo la vida de uno de ellos era distinta ni qué era lo que realmente defendía el cristianismo. Alrededor del mismo tiempo en que Constantino profesó su fe, Arrio el hereje, desató su famoso ataque a la deidad de Cristo, y en unas cuantas décadas la propia esencia del cristianismo se vio amenazada por obispos con intereses políticos y falsos maestros con doctrina deficiente. La iglesia visible se volvió una monstruosidad, una blasfemia institucionalizada. Pero si no hubiera sido por un hombre, Atanasio, toda la iglesia pudo haber seguido a Arrio en negar que Jesús es Dios. Satanás se deleita en esa clase de confusión tanto como se regocija persiguiendo a la iglesia.

Hay un gozo singular en estar tan identificado con Jesucristo que uno sufre

la reprensión, la burla y el odio que este mundo dirige a él. Demasiados cristianos hoy no saben nada de ese gozo. En Filipenses 3:10, Pablo lo llama "participar en sus padecimientos". 1 Pedro 2:21 dice: "Pues para esto fueron llamados, porque también Cristo sufrió por ustedes dejándoles ejemplo para que sigan sus pisadas". Pero cuando compartimos sus sufrimientos, también compartimos su gozo por aquellos que llegan a tener una fe salvadora. Y eso hace que todo sacrificio valga la pena.

EL MUNDO NO CONOCE A DIOS

Jesús dijo a los discípulos otra razón por la que debe venir la persecución: "Pero todo esto les harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió" (Juan 15:21). Los líderes religiosos judíos de la época de Jesús se sentían orgullosos por lo que ellos creían que era un profundo conocimiento de Dios. Cuando Jesús les dijo que no conocían a Dios, estos líderes religiosos se enfurecieron. Pero al rechazar a Cristo, demostraron que tenía razón. Decían conocer a Dios, pero odiaban a Cristo, quien era Dios en la carne. Su amor por Dios era fingido.

Lo que mucha gente no reconoce es que la religión misma es quizás el impedimento más grande para conocer al verdadero Dios. El método estándar con el que el mundo trata la religión es postular un dios y adorarlo, aunque este no exista fuera de la imaginación del hombre. Jesús expuso la falsa religión propuesta por los líderes judíos cuando dijo: "Ustedes son de su padre el diablo, y quieren satisfacer los deseos de su padre" (Juan 8:44).

El problema no es que los hombres y mujeres no creyentes no tengan acceso a la verdad acerca de Dios. Romanos 1:19 dice: "Porque lo que de Dios se conoce es evidente entre ellos pues Dios hizo que fuese evidente". Tanto por conocimiento innato como por las maravillas de la creación, Dios ha dado a todos el conocimiento básico e irrefutable de que él existe. La gente deliberadamente rechaza la verdad, no por ignorancia sino porque aman las tinieblas más que la luz.

Exponer a pecadores no regenerados a la verdad es como poner a un insecto bajo la luz: el insecto solo quiere arrastrarse de nuevo hacia la oscuridad.

Dios había dado al pueblo de Israel en la época de Jesús el Antiguo Testamento y el Mesías. Ellos escucharon lo que dijo Cristo y vieron lo que hizo, pero lo mataron y rechazaron todo lo que Dios pudo revelarles. Era el

único pecado que no podía tener remedio. Después de verle echar fuera demonios, un grupo de fariseos dijo: “Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebul, el príncipe de los demonios” (Mateo 12:24). Ellos sabían que no era así, pero estaban decididos a destruir a Cristo y disuadir a la gente para que no lo siguieran, sea como fuese (Juan 11:47, 48). Su rechazo fue completo e irreversible. Estaban repudiando a sabiendas la revelación más completa posible, con tal resolución y de modo tan tajante que se hacía imposible su arrepentimiento.

Jesús luego advirtió a los líderes judíos: “Por esto les digo que todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada” (v. 31). Él había hecho esos milagros por el poder del Espíritu Santo. Al rechazarlo y atribuir sus obras al poder de Satanás, estaban blasfemando en contra del Espíritu a propósito. No podían ser perdonados, porque a sabiendas habían rechazado la revelación total e irrefutable. No había nada más que ellos pudiesen ver u oír que pudiera cambiar su despiadado rechazo para recibir la verdad de Cristo.

En Juan 15:25, Jesús cita una frase que se repite en tres salmos del Antiguo Testamento (35:19, 69:4, y 109:3): “Los que me aborrecen sin causa”. No había motivo para que los escribas y los fariseos rechazaran a Cristo. Este rechazo era el cumplimiento de esos salmos proféticos, lo cual no significa que Dios deseaba que ellos aborrecieran a Jesús, sino que él usó el odio que le tenían a este para promover sus propios fines santos y sabios. En este caso, por ejemplo, el cumplimiento de estas profecías demostraba que los propósitos de Dios no podían ser descarrilados por la oposición más terca de hombres perversos. Su desprecio por Jesús carecía completamente de causa legítima. Él había sanado todo tipo de enfermedad, había alimentado a multitudes, había llevado una vida completamente libre de pecado. No había nada por lo que legítima-mente se le pudiera acusar, y con seguridad no había una buena razón para que alguien lo odiara.

Francamente, el mundo aborrecía a Jesús porque él expuso el pecado de ellos. Cuando su divina santidad resplandeció sobre este mundo en tinieblas, reveló el amor que la humanidad tenía por la oscuridad. En vez de acudir a él con fe y amor, y encontrar perdón y libertad de su pecado, se volvieron contra él con puro odio irracional. Al hacerlo, se condenaron a sí mismos.

El mundo no es diferente hoy. Todavía odia apasionadamente a Jesús, incluso a aquellos que verdadera y fielmente lo sirven. Si vas a seguirlo,

tendrás que sufrir el odio del mundo. Si no estás dispuesto, no puedes ser su discípulo. El precio puede parecer alto, pero las recompensas son mucho mayores.

Sufrir por Cristo es el llamado de todo creyente (2 Timoteo 3:12). Él no ha llamado a ninguno de nosotros a una vida sin sufrimiento o persecución. El sufrimiento es parte del costo con el que todos deben contar si quieren ser verdaderos discípulos.

No obstante, ser perseguido a causa de él es un singular privilegio. Es un gozo especial identificarse con Cristo en su sufrimiento (Filipenses 3:10). Y cuando sufrimos realmente por la justicia —cuando estamos dispuestos a ser odiados sin causa— entonces será cuando empecemos a entender la persecución no como algo que hay que resistir o evitar, sino como un aspecto maravilloso de nuestra comunión con Cristo.

EL LEGADO DE JESÚS

En resumidas cuentas, Jesús dejó a sus discípulos un gran legado. Nos dio el supremo ejemplo del amor humilde cuando lavó los pies de los discípulos. Y nos dejó toda una serie de promesas: la esperanza del cielo; la presencia permanente del Espíritu Santo en nuestro interior; verdad, paz, fructificación, gozo, poder espiritual; e incluso la garantía de estará con nosotros cuando seamos perseguidos.

Todas esas cosas pertenecen a cada discípulo de Cristo. Considera nuevamente las palabras gentiles de nuestro Señor: “No los dejaré huérfanos; volveré a ustedes. Todavía un poquito y el mundo no me verá más; pero ustedes me verán. Porque yo vivo, también ustedes vivirán. En aquel día ustedes conocerán que yo soy en mi Padre, y ustedes en mí, y yo en ustedes”.

---

1 Para más información acerca de los doce y lo que les pasó, vea John MacArthur, *Doce hombres comunes y corrientes* (Nashville: Caribe-Betania, 2004).